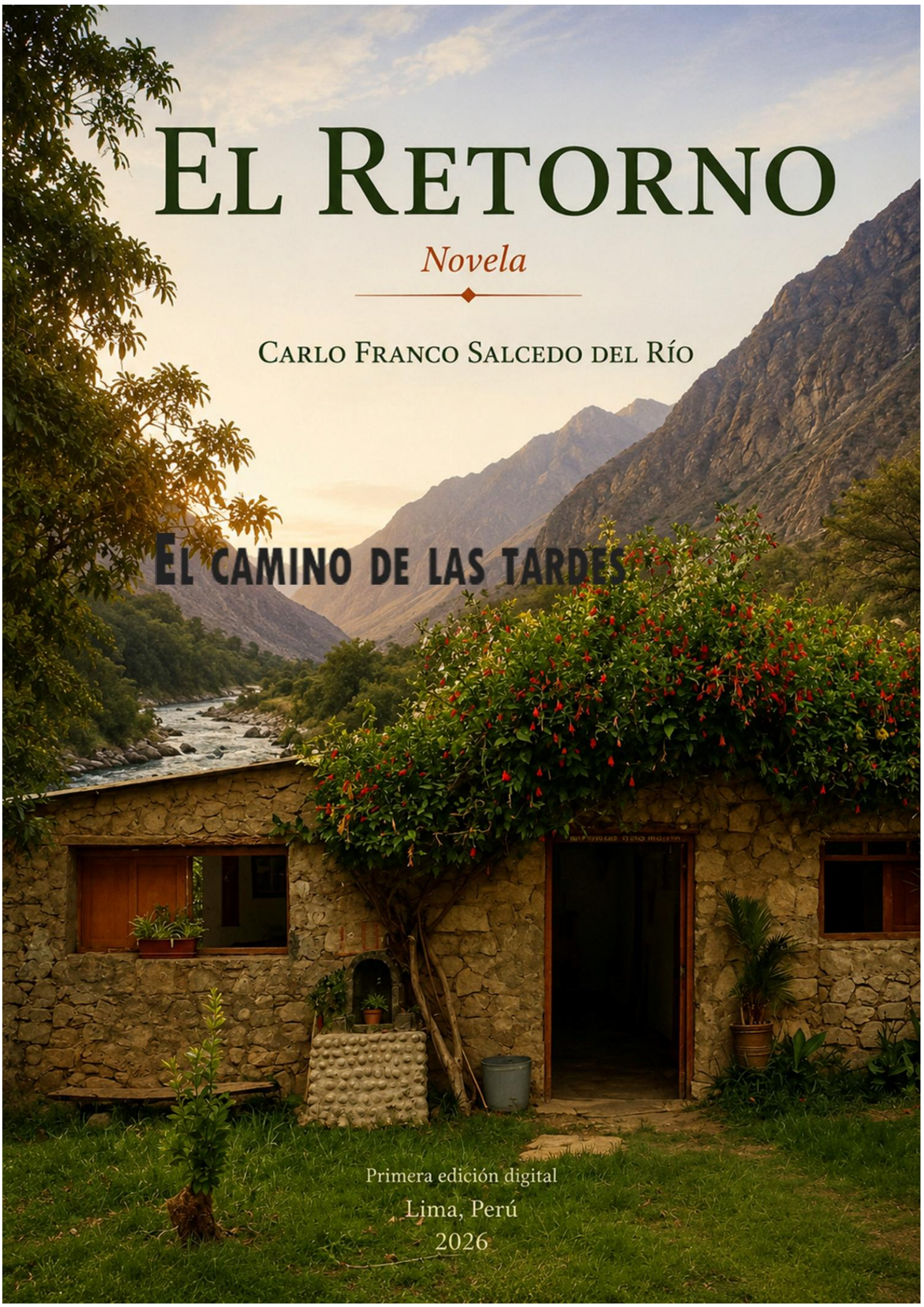
El Retorno

Novela

Carlo Franco Salcedo del Río



Primera edición digital
Lima, Perú
2026

El Retorno

Franco Salcedo

El camino de las tardes

EL RETORNO

Primera edición digital, junio de 2026

© Carlo Franco Salcedo del Río, 2026

Autor y editor:

Carlo Franco Salcedo del Río

Jr. Húsares de Junín 138-G

Lima, Perú

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2026-06700

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier medio o procedimiento, sin autorización previa y por escrito del autor, salvo las excepciones previstas por la legislación vigente.

Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay
quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos o por los poros, o por donde sea.

Eduardo Galeano

Las personas
mayores
¿a qué hora
volverán?
Da las seis el ciego
Santiago, y ya está
muy oscuro.
Madre dijo que no demoraría.
Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando
todavía, se han espantado tanto.

César Vallejo

1

Me miró a los ojos y pensó que ya no era un niño:

Ven, ayúdame, ¿quieres ver cómo se hace?

No era la primera vez que veía una ejecución, pero no tenía nada mejor que hacer esa mañana. Como la abuela quería que trajéramos agua del puquio, mis primos y yo andábamos escondiéndonos.

—A ver, llévalo por la bajada que da al río.

Tiré la cuerda y el carnero empezó a moverse. "Es una oveja —recordé—. Las ovejas obedecen".

Cerca del cauce escogimos una piedra grande y plana. Así sería más fácil degollarlo y después limpiar.

—Ahora hay que darle varias vueltas a las patas. —Sus manos ajustaban la soga con firmeza—. Eso es.

Le dio un tirón y el animal cayó sobre su costado. Valentín puso el pie sobre el cuello del animal. Me extendió el cuchillo.

—Toma —dijo, mirándome a los ojos—. Hazlo tú.

—No sé dónde cortar —respondí asustado—. No quiero hacerlo sufrir.

Valentín me miró con desconcierto.

—Bueno, lo haré yo.

En ese instante el sol traspasó la línea alta de la montaña y nos alumbró. Como si la escena necesitara más luz.

—El sol… Hay que mover el cuerpo. Siempre debe mirar al sol para que no sufra, para que muera rápido.
—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Es así, siempre se hace así, los animales también sienten. Mira cómo sabe que va a morir. ¡Fuera, perro! —Era Jango, uno de los perros de la casa, que había estado siguiéndonos. Él también sabía; esperaba la sangre. Le tiré una piedra y Jango se fue más allá, expectante.

—Yo tenía un perro como ese, muy inteligente, solo le faltaba hablar —afilaba el cuchillo contra el borde de la piedra—. Se llamaba Tarzán. Pobrecito, me seguía a todas partes, así, todo flaco, lleno de pulgas, pero era bravo, le sacaba la mierda a cualquiera.

—¿Sí? ¿Y qué le pasó a tu perro? —pregunté por decir algo.

—Tuve que matarlo. Pobre, me dolió más que a él. Se rompió una pata en el zanjo una noche, ya estaba viejo, agarré la carabina de tu abuelo y le disparé.

Espero que haya entendido.

—Los animales no comprenden —dije por joder. Me miró y empezó a silbar.

—Ya, hay que terminar con esto. Si no, la pachamanca nunca va a estar lista.

El carnero miraba en dirección al sol. Sus ojos brillaron por un segundo. El cuchillo entró en su cuerpo e hizo brotar una sangre lechosa que nos salpicó los brazos. Miré mis zapatos. También estaban rojos.

—No quiere morir —dijo Valentín y siguió aserrando. La sangre parecía inacabable. Pronto un charco se extendió a nuestros pies. Jango volvió tranquilamente, se puso a beber.

—Ahora lo más difícil: sacarle el pellejo, destriparlo. ¡Fuera, mierda! —le dio una patada al perro, que se fue aullando.

El sonido del río cercano me distrajo. Cuando volví en mí, las patas del carnero aún se movían un poco.

—Valentín, ¿lo extrañas a Tarzán?

—¿Extrañar? En el campo no se puede extrañar a los animales. Si no, nunca podríamos matarlos ni comerlos.

Lo miré con fijeza mientras él abría por la panza el cuero del carnero.

—Sí, lo extraño, pero qué se va hacer. Ya estoy viejo; cuando me muera seguro lo voy a encontrar.

—¿En el cielo, Valentín? —le pregunté con burla.

—No, qué cielo, dónde has visto que un perro va al cielo. Por estas chacras vagaremos en las madrugadas. En las noches sin luna, cuando ni estrellas hay, lo siento echado junto a mi cama, o caminando detrás de mí cuando voy a regar; lo oigo en el viento cuando ladra el aire. A veces, no más, no siempre.

—Bueno, Valentín, me tengo que ir a llevar agua para la cocina —mentí.

—Después me traes un baldecito para poner las tripas, riqsiykuptin kasukuy —respondió concentrado en su labor.

El sol empezaba lentamente a calentar la mañana. Mientras me alejaba pensé que Valentín no sabía nada de perros. Él también estaba viejo. Se iba a morir pronto.

2

La quebrada despierta con un murmullo distinto. La bandera, izada desde muy temprano, flamea —algo raída, pero orgullosa— entre los cerros que rodean el pequeño poblado de Camayoc. Desde temprano, los estudiantes desafinan y tocan huaynos para calentar los pulmones; las notas se mezclan con el olor del pasto húmedo y la tierra recién lavada por la llovizna.

Poco a poco, la plaza —que sirve también de campo de fútbol— se llena de pasos firmes y voces claras: la escolta del colegio marcha al compás de los tambores de redoble, desplegando banderines mientras el himno nacional vibra con el viento. Cada nota es un filo de aire frío que corta la mañana.

A un costado de la cancha, la tía Alicia, maestra unidocente del colegio rural 22036 y esposa del tío Jorge, revisa uniformes y escarapelas, observa a los alumnos con ternura y suspicacia. Su mirada abarca todo, desde los niños hasta la cancha, la curva que baja al río, el recodo por donde ya debe estar llegando la familia de Huancho; pide a los alumnos silencio, disciplina y orgullo por el país y sus fiestas patrias. Luego del desfile, el bullicio se traslada a la cancha: el clásico Camayoc vs. Huancho está por comenzar.

Alicia vivía en la habitación junto al colegio, instalada en el ambiente destinado a los docentes de turno, pero después de clases regresaba a Huancho en La Ladina, la mula que trotaba casi corriendo, desesperada por llegar al potrero del abuelo Justino.

Cada 28 de julio, día de la independencia, se jugaba el clásico Camayoc vs. Huancho. Los partidos se alternaban, un año de local, el otro de visitante; por eso nos pasábamos entrenando con semanas de anticipación, así los mayores iban viendo quiénes estaban mejor para

ir delineando el equipo. Mi hermano Enrique jugaba de volante con la diez; yo, en cambio, me resignaba a entrar los últimos minutos en la defensa.

Los primos ya calentaban, corrían dándose pases de balón al pie, dos toques, decía el tío Raúl imaginando jugadas que aún no existían. Yo esperaba al borde del campo, sintiendo cómo el viento traía los primeros gritos de los loros y tangaras, cómo la tierra vibraba bajo los pasos de la escolta, cómo los apus parecían inclinarse sobre nosotros.

El tío Jorge llegó con su andar firme, repartiendo camisetas y recordándonos que prefería expulsados que maricones en el equipo. —Aquí se pone la pierna fuerte, ¿entendieron? —ordenó, y sus palabras se mezclaron con los últimos acordes del himno que provenía del tocadiscos a pilas del colegio, conectado rudimentariamente a un viejo parlante. La caja de cerveza y las cebadas prometidas flotaban invisibles, palpable en la tensión que nos envolvía.

El campo estaba listo: troncos amarrados con alambre servían de arcos, piedras dispersas hacían del terreno un desafío constante, y la inclinación cercana al río exigía cuidado y resistencia. Los jugadores de Camayoc corren como caballos, acostumbrados al terreno alto, al aire más fino, a la quebrada que parecía engullirlos con cada zancada.

Segundo tiempo, marcador 1-1. Enrique empató de penal, pero en un tiro de esquina atropellan a nuestro arquero; cae y se disloca el codo. No había suplente.

—¿Quién sabe tapar? —preguntan el tío Raúl, el tío Jorge, el tío Daniel.

Nadie dice nada.

— Frank —dice mi padre, de pronto—, que Frank tape.

Me alzo de hombros, nervioso, pido la camiseta. Percy, de utilero, me lanza la polera roja con coderas y el escudo de Huancho bordado en el pecho. El juego se reanuda. —¡No se vayan todos! —¡Juanqui, quédate!

—¡Reyberl, hay dos por tu banda! —mis órdenes se pierden entre el murmullo del río y el canto silencioso de los cerros.

Cada paso es un martillazo en los tobillos, cada resbalón un susto; el barro se pega a los botines, el sudor arde los ojos. A lo lejos, los niños corren detrás de una pelota improvisada, gritando Ñawpaqman, ¡wayqekuna*!* La tía Alicia nos observa junto a la familia, tomada del brazo del tío Jorge que no está quieto, se levanta para lanzar imprecaciones contra el árbitro.

De pronto hay una confusión en el arco rival: uno de los nuestros logra cabecear y la pelota entra. ¡GOL!, ¡GOOOL! Nos abrazamos en el centro, el viento y el río parecen celebrarlo con nosotros.

Ida y vuelta. Sudor, gritos, barro, patadas y codazos. La campana de la iglesia anuncia el mediodía, pero el partido no ha terminado; el aroma de la pachamanca casi lista se mezcla con los cánticos de las barras, los tíos beben cerveza para apaciguar el calor, compartiendo un solo vaso y echando la espuma a la tierra. ¡Vamos, carajo!

Último minuto: un disparo sin peligro rebota contra una piedra y cambia hacia el otro palo, fuera de mi alcance. Ahora la alegría es de Camayoc. Nos miramos en silencio; el tío Jorge camina moviendo la cabeza.

—¡Mierda, mierda! —repite, alejándose de la tía Alicia.

Ya de regreso, el huayno se une al frío. La luna dibuja su aro azul en medio de la noche. Los hombres beben *calientito* alrededor de la fogata, hartos de la pachamanca y del vino traído de la ciudad. Desde la ventana de mi cuarto, escucho las risas, los carajos, los chistes entrecortados, la música del arpa y los violines que siguen sonando toda la madrugada. Permanezco en silencio, pensando en el partido y en la sensación de haber estado, aunque por poco tiempo, en el centro del mundo.

3

Cuando llamaron a cenar estábamos jugando casino. En el comedor, la sombra del abuelo Justino se proyectaba por la ventana abierta hacia el sendero iluminado por la luna llena, como si vigilara cada movimiento. Las velas parpadeaban con el viento, cada llama parecía titilar a su propio ritmo, ajena a nosotros.

Valentín hablaba de los venados: la temporada de lluvia había sido escasa, y el río de la quebrada languideciente, servía de abrevadero a un venado y sus crías, que por la madrugada bajaban desde la cordillera para saciar la sed. Lo contaba con la seguridad de quien ha pastado con ellos alguna vez.

—¿Estás seguro? ¿No sería que estabas borracho, como siempre? —dijo la tía Elsa, riendo con sorna.

—No, señora. Si no me cree, mañana tempranito vamos pa' que los vea.

Los primos nos miramos y asentimos en silencio; había algo en la voz de Valentín que no dejaba espacio para la duda.

—A ver si se levantan —dijo el abuelo, tomando la sopa de morón, con un gesto lento y pensativo.

Al día siguiente, muy temprano, salí del cuarto donde dormía con mis padres y mi hermano. Ellos ni se enteraron; solo mi madre murmuró entre sueños:

—Lleva tu casaca, que hace frío.

Le hice caso y salí a la sala, donde el tío Daniel ya estaba engrasando su escopeta. Sus manos, firmes por costumbre, temblaban apenas, pero en los ojos llevaba la misma intensidad que en sus partidas de póker. Me miró sin levantar la vista del arma y preguntó:

—¿Tienes buena puntería?

No le respondí porque, justo en ese instante, entraron la tía Elsa y el abuelo Justino.

—Vamos —dijo Valentín—. Tenemos que estar en La Culata a más tardar en treinta minutos.

Nos fuimos los cuatro en silencio. El camino de herradura se desplegaba ante nosotros como una cinta de sombra y piedra. Cada paso despertaba ecos leves, y el viento helado que bajaba desde la cordillera nos erizaba la piel. Daniel ajustaba su escopeta en cada curva, como midiendo la suerte que tendría más tarde.

Al poco tiempo llegamos al último cerco. Valentín hizo un gesto, y todos nos escondimos tras una pirca, expectantes. El río y la quebrada se abrían frente a nosotros, envueltos en la neblina matinal, mientras la luna, todavía visible, se mantenía alta, testigo silenciosa de lo que estaba por suceder.

El tío Daniel levantó la escopeta, midiendo la distancia con los ojos de un jugador calculando su última apuesta. Sus manos, firmes por costumbre, temblaban apenas.

—Ahí está —susurró Valentín, señalando un venado y sus crías que bebían junto a la orilla, ajenos a nuestra presencia.

El tío Daniel apuntó, contuvo la respiración, y el disparo resonó, seco, sacudiendo el aire frío. El venado cayó, las crías huyeron despavoridas, pero Valentín, rápido como un rayo, las alcanzó con la huaraca.

—Se hubieran muerto sin su madre —me dijo cuando le pregunté—.

Quedarán bien para hacer charqui.

Nos acercamos a ver el cuerpo del animal; el tío Daniel sacó unos fósforos y encendió un cigarrillo, lo hizo con una sola mano a pesar de

que el viento soplaba fuerte. En eso el venado dio un respingo, desesperado como si estuviera buscando a sus crías, verlas por última vez; pero el tío Daniel le dio un culatazo que lo dejó muerto en el acto.

Al regreso, el silencio parecía más pesado que la misma montaña. Todos hablaban con entusiasmo; yo guardaba silencio, observando las manchas de sangre que goteaban de los cuerpos y se extendían por el camino de herradura.

Esa tarde no tuve ganas de almorzar. Me uní a mis primos en el tiro al blanco, había que darle a una lata, desde lo más lejos posible, con un rifle de perdigones, pero no me divertía.

Más tarde, bajamos al cerco a jugar pelota, siguiendo el camino de las mulas por el lado del puquio. Jugábamos hasta que ya no se veía nada, riendo, bromeando con nuestras sombras; entonces volvíamos a la casa, de frente al pozo, a esa hora, tibio por el sol del día: el rio nos esperaba para reconfortar nuestro cansancio. Rápido nomás, avisó Abeliño, después se enferman y me van a echar la culpa. La noche desplegaba sus alas como el cóndor y las montañas se fundían entre las sombras. *Igual se habrían muerto*, pensé, mientras nos zambullíamos en el remanso que formaba el río bajo el puente de Huancho. La sangre en la tierra y la luna sobre nosotros, testigo silenciosa de todo.

4

El padre Julián llegó al pueblo de Villa de Arma después de días de viaje desde el seminario San Antonio de los Andes. La transición había sido lenta, meditada; el tiempo del viaje le había permitido ordenar pensamientos y confrontar recuerdos que preferiría olvidar. Aún sentía la incomodidad del polvo y la tierra reseca que se pegaba a sus botas, mientras el aire de la sierra comenzaba a humedecerse con la niebla temprana.

Al entrar en la sacristía, su mirada se detuvo primero en el crucifijo, cuyos brazos de madera tallada parecían tensarse bajo la luz que entraba por la ventana. Un gesto familiar, casi infantil, lo hizo estremecerse.

Fue entonces cuando sus dedos rozaron un estante donde descansaban libros y papeles amontonados. Un sobresalto lo hizo retroceder un paso: unos sobres cayeron suavemente al suelo, junto a varios libros, como si los hubieran estado esperando. Julián los recogió, revisando encuadernaciones, títulos notariales, fragmentos de cartas, notas dispersas. Entre ellos, un ejemplar de Teología de la liberación, con frases subrayadas que resonaron en su memoria.

Más abajo, entre papeles arrugados y textos en latín, apareció un libro de Pedro Salinas, subrayado en fragmentos que hablaban del amor y la distancia. Un estremecimiento lo recorrió. Por un instante recordó la visión junto al río: Yana Wayta lavando ropa en una batea, con su yaraví dulce adormeciendo el sonido del agua contra las piedras.

Entre los libros también halló un libro sobre las venas abiertas del continente, cuyo título le resultó conocido desde el seminario, donde un compañero se lo había mostrado a escondidas.

La sacristía olía a madera húmeda, a papel antiguo y a incienso. El padre Julián, a pesar de su juventud, sintió que cada objeto allí contenía la paciencia de los siglos y el murmullo de otras vidas que se habían cruzado con la suya. Tomó un sorbo de pisco de la garrafa, rápido, culposo por el gesto, y siguió revisando los libros y documentos.

Entre los papeles más viejos, un pliego de pergamino llamó su atención. La caligrafía era antigua, con giros que recordaban a los cronistas españoles que había estudiado en el seminario. Julián dejó los libros a un lado y desenrolló el pergamino, sintiendo la textura áspera bajo sus dedos. Allí comenzaba la crónica de un tal Diego del Río Dávila. Sus ojos recorrieron la primera línea y el tiempo pareció comprimirse: el relato se remontaba siglos atrás, a un mundo donde la memoria de los hombres y de los Apus se entrelazaba en la épica de Huancor.

Con un gesto cauteloso, Julián empezó a leer, dejando que las palabras del cronista lo envolvieran y lo transportaran más allá de la sacristía:

De la contienda de Wancor

Sepan quantos esto vieren y entendieren que yo, Diego del Río Dávila, he puesto por escrito lo que oí y recogí acerca de la gran contienda que acaesció en la tierra de Wancor, no por añadir parecer propio, sino para que quede memoria de lo sucedido, según lo dijeron los naturales y lo confirmaron los viejos de la comarca, aunque no todos concordaron en los dichos, cuyos testimonios fueron tenidos por ciertos por algunos, y por otros puestos en duda.

En lo alto de una ladera pedregosa se juntaron los principales de aquella gente, haciendo cerco con sus cuerpos y palabras. Eran estos Supaypaq, Tupaqniyuq y Ñawpa Yachaq, varones de consejo, a quienes tocaba ordenar la defensa mientras los demás resistían el ímpetu del enemigo. Porque ya desde el valle se oía el bramido de los

Ñawpa chankakuna, que algunos llamaron antiguos enemigos, que venían con pendones de pellejos teñidos en rojo y plumería de sus linajes, dando señal manifiesta de guerra y desafío.

Acaesció entonces que descendió por la cuesta una figura ligera, casi sombra, y era un chasqui que traía sobre el hombro un quipu arrollado. Sus pasos mostraban el cansancio de muchos caminos, y en los ojos llevaba la fatiga de quien ha visto demasiado para su edad, según pareció a los que lo vieron. Llegado al cerco, los dichos señores atendieron en gran silencio, y el mensajero desató los cordones, diciendo en voz baja que hablasen los nudos, como era costumbre entre ellos, o así lo decían.

Y así fue que el quipu dio a entender, por orden de cuerdas y lazadas, lo que las bocas no decían: que socorro no vendría, más que sangre —yawar, que dijeron ser voz de sangre, aunque otros le dieron distinto sentido— sería recibida en casa de los dioses. Si fue traición o designio, no se supo entonces, ni se tuvo por necesario averiguarlo, ni hubo acuerdo en ello, porque todo el peso del suceso cayó sobre los que mandaban.

Cerraron más el cerco, como quien aprieta el pecho para contener el aliento, y Supaypaq habló al fin, alzando la vista hacia el Apu Kallpañan, diciendo que debía ofrecerse a Yawar Cusi en señal de pacto. Mas otros dijeron después que no fue él quien primero lo propuso, sino que la decisión vino ya ordenada por los signos. Los otros dos, tras mascar y escupir la hoja, otorgaron sin palabra, pues la elección no parecía ya humana sino impuesta.

Y en este punto algunos refirieron que se hallaba presente una mujer, tenida por sacerdotisa antigua, no nacida en aquella tierra, sino venida —según se murmuró— de linaje Wari, cuyo saber era temido y no del todo entendido. Dicen que fue ella quien dispuso el modo del sacrificio, aunque otros lo negaron, afirmando que solo asistió y miró.

Era Yawar Cusi mozo de rostro sereno, probado en hechos de valor contra los enemigos que descendían por las quebradas. Los Ñawpa chankakuna no buscaban trato ni respeto a los antiguos Apus, antes deseaban la tierra para guerra y acecho continuo, según fue fama entre los naturales, aunque no todos lo afirmaron con igual fuerza.

Levantóse entonces gran viento que sacudió los cactus y los ichus de la puna, y dicen los viejos que Wachuma se mostró complacido en tal señal, si es que tal cosa puede saberse con certeza. Los cordones del quipu vibraron en las manos de Supaypaq, y con ellos pareció despertarse la tierra, o así fue tenido por los presentes. Los tres tocaron el suelo, sellando oración y pacto, y la Pachamama recibió el peso como vientre abierto que no responde con palabra.

Arrodillóse Yawar Cusi, latiéndole la sangre como tambor antiguo. Algunos afirmaron que fue la dicha mujer quien tomó el instrumento, otros que Tupaqniyuq lo alzó como era uso. Los jefes nombraron a los Apus: Antallka, Wanku Rumi, Kallpañan, y llamaron a cerros y ríos, a Illapa que hiere el cielo, al Kuntur que guarda desde lo alto los caminos del aire, cada cual según su costumbre.

Tupaqniyuq alzó la piedra sagrada; o, según otra relación, la tuvo la sacerdotisa entre sus manos. Ñawpa Yachaq vertió chicha caliente y arrojó coca al viento, juntando tierra, agua y fuego del sol. Supaypaq entonó canto largo, que unos dijeron era antiguo y otros nuevo, y la memoria quedó trenzada como quipu en las entrañas del suelo.

Yawar Cusi cerró los ojos sin temor, pues su aliento ya no era solo suyo sino del cerro, del río y del viento antiguo, siendo ya contado entre los ofrecidos, aunque viviese aún.

Desde el valle vino el clamor enemigo, y comenzaron a subir con huaracas y lanzas de piedra. Mas entonces acaesció cosa extraña: erraron las flechas su camino, tropezaron los pasos entre ichus revueltos, y la tierra misma pareció volverse contra ellos, o así lo

entendieron los vencedores. Illapa rasgó el cielo con luz cegadora, y la Pachamama tembló, levantando polvo y peñascos.

Avanzaron entonces Supaypaq, Ñawpa Yachaq y Tupaqniyuq, y con ellos los suyos, moviéndose como si un solo pulso los guiase. Cruzáronse lanzas, quebráronse mazas como barro, y los enemigos comenzaron a huir desordenados y sin concierto, según fue contado y oído.

Después de la jornada, el quipu fue vuelto a enrollar, y algunos dicen que brillaba con hilo dorado, aunque otros no vieron tal cosa. Se desató y se anudó de nuevo para contar lo por venir, pues no solo guarda lo pasado sino lo que ha de nacer y cumplirse, según la creencia de aquella gente.

Al caer el día, el valle quedó en silencio. Reuniéronse los principales junto a la roca del sacrificio, y aunque el cuerpo de Yawar Cusi había cedido, o estaba para ceder, su nombre quedó vivo en el pecho de los que sobrevivieron a la contienda.

Mucho tiempo después, hombre que no entendía los nudos quiso copiarlos en signos torcidos sobre papel extraño, creyendo así dominarlos y fijar su sentido, lo cual no logró, según dicen...

Julián avanzó hasta la última línea y, antes de terminarla, dobló el pergamino con cuidado. Murmuró, casi sin darse cuenta:

—Mucho tiempo después, hombre que no entendía los nudos…

No acabó la frase.

Desde el patio llegó el canto breve de un ave, agudo y repetido, como una llamada impaciente. Julián levantó la vista. La hora se le había ido. Dejó el pergamino sobre la mesa, se santiguó sin convicción y salió de la sacristía para preparar el rezo.

5

El zumbido del telégrafo fue breve, una sacudida mínima que apenas rozó el silencio del amanecer. María Jesús estaba despierta, sentada junto a la ventana, mirando cómo aclaraba el cielo sobre la quebrada. El aroma de la cebada caliente se impregnaba contra el vidrio, empañándolo. Cuando escuchó el sonido, no se apuró, solo respiró hondo antes de levantarse. Se alzó con calma, cruzó el patio de tierra y entró al cuarto del fondo, donde el aparato seguía firme sobre la mesa de roble, quieto, como un animal dormido.

La casa de Huancho aún no se había dividido. El telégrafo estaba allí desde hacía años, desde antes de la reforma, traído por los ingenieros ingleses como quien deja un objeto olvidado. Nadie más sabía usarlo. Ella lo entendía como se entienden las cosas que no hacen falta explicar.

La cinta comenzó a salir. El texto quedó inscrito en pocos segundos en el papel amarillento. María Jesús no lloró. Sostuvo el papel con la firmeza con que se sostiene un cuchillo. Lo leyó una vez, y no volvió a mirarlo.

Perico falleció anoche. Chincha. Jorge.

Caminó hacia la cocina donde Belén preparaba el desayuno, papa sancochada y humita dulce. La leche recién ordeñada hervía en la olla grande.

—Mana yuyarirqaniqa... *no me acuerdo* —dijo al entrar, bajito, casi como un pensamiento.

—¿Imaynallan, mamacha? ¿*Cómo está, madrecita*? —respondió Belén, sin dejar de remover la olla.

—Rikurini ñawinchaypi... wachaku runa, waqaqlla llamayuqhina. *Vi en mi sueño a un hombre con crías, como un pastor de vicuñas llorosas. Un río seco. Una casa sin puertas. Una voz me hablaba desde el monte*: Ñuqaqa kani... mana runa, mana wayra. Kani uma-yuq. *Yo soy ni hombre ni viento. Soy... el de muchas cabezas*. Wachaq.

Belén apagó el fuego con una palada de ceniza. No preguntó más.

En la galería de piedra, al lado del molino que ya no giraba, Justino alisaba con el pulgar una hoja doblada. Valentín aguardaba en silencio, el sombrero entre las manos, la mirada puesta en los surcos del piso.

—Vas a traerlo a Huancho —ordenó Justino.

Valentín no alzó la vista.

—Vas a bajar a Chincha, Jorge te está esperando. Compran sogas y todo lo que haga falta, hay un camioncito que los llevará hasta la Culebrilla. No quiero que se demoren mucho en venir. Su madre está desconsolada.

—Sí, señor.

Justino se giró despacio. Miró hacia el oeste, como si intentara medir la distancia con los ojos. Luego añadió:

—Antes de irte pasa por la pasar por la oficina. Que Jesús le mande un telegrama avisando que ya saliste.

Chacchaba coca con cal; miró al cielo, donde el aire temblaba. Creyó ver un cóndor planeando en las alturas. Ñawi hamuq.

—Que lo traigan en un cajón bien envuelto, con respeto. Que se firme el acta de defunción como corresponde. Jorge se encargará de los gastos.

Valentín asintió:

—¿Y el padre?

Que Julián le dé los santos óleos. Que lo reciba en la capilla de Arma. O por lo menos que venga a Huancho a decir unos padres nuestros.

Hubo un silencio breve. Valentín bajó la voz:

—En Arma todavía se acuerdan de aquella noche. La policía preguntó más de una vez.

Justino no lo miró. Siguió mascando coca, como si no hubiera oído. Después dijo, despacio:

Que venga a rezar por su alma. Hace tiempo que no sabemos nada de él

—¿Y si no quiere?

—Es su trabajo.

El viento sopló entonces con una ráfaga breve pero densa, como si arrastrara algo más que polvo. Las gallinas se alborotaron en el patio, y el burro lanzó un rebuzno seco, como si hubiera sentido un espanto.

Valentín cruzó una señal sobre el pecho, sin que Justino lo notara.

—Anoche soñé con una sombra —dijo de pronto—. Una sombra sin cabeza. Bajaba por la quebrada como humo de eucalipto. Nadie la miraba, pero yo sabía que venía por algo.

Justino no respondió. Le colocó la hoja doblada en la mano y le sostuvo la mirada por un instante.

—No te olvides de parar en Yanapampa. Te van a dar una montura nueva.

Valentín asintió. Se calzó el sombrero y bajó la mirada. Cuando ya se alejaba, Justino lo llamó de nuevo:

—Valentín. Si escuchas silbar en la noche, no respondas. Sigue nomás.

El hombre levantó el mentón apenas, en señal de que había comprendido.

Y se fue.

Mientras lo transportaban, el rumor metálico de los camiones ya subía desde el valle. Por detrás del cerro, una nube baja empezaba a extenderse como un manto, y el aire olía raro, como a tierra vieja mezclada con sangre seca.

Lo llevaron en un cajón simple, de madera rústica sin barniz, que Valentín y otros dos hombres cubrieron con un plástico negro para que no se deformara con el rocío o la humedad. Del cajón subía un olor aceitoso, el mismo que quedaba en el camino después del paso de las máquinas. El cuerpo de Perico, envuelto en pellones de carnero, llegó con la madrugada, cuando el camino aún estaba mojado por las lluvias de la víspera. Nadie preguntó cómo fue el traslado exacto. Valentín bajó en camión hasta Chincha y tardó varios días en volver. Dijo poco, como siempre. Que el cuerpo ya estaba hinchado. Que había costado cargarlo en los últimos tramos. Que tuvieron que detenerse varias veces, no por el peso, sino por la sensación de que algo más venía con ellos.

En los cerros, los camiones de la minera abrían cortes en las laderas. Tractores anaranjados y volquetes con rótulos amarillos cruzaban el antiguo camino de herradura como si no vieran nada. Las lajas del Qhapaq Ñan quedaron enterradas bajo polvo espeso. El paso no era fácil. Donde antes había huertos y sembríos, ahora había polvo, excavaciones, maquinaria detenida, ruido de fierros y máquinas las veinticuatro horas.

Jesús no quiso mirar el ataúd cuando entró a la casa de Huancho. En cambio, ordenó que lo dejaran en la sala hasta que llegara el cura. El padre Julián aún no respondía. Valentín había enviado el mensaje días atrás a Villa de Arma.

No sabían si vendría. Ni si querría hacerlo.

Mientras en Arma la madrugada avanzaba sin campanas y gallos que canturreaban bajito entre sueños. El padre Julián despertó sin sobresaltos. No había soñado nada, por suerte no se le había presentado el diablo trayéndole imágenes de tentaciones con la muchacha, solo ese silencio tenso que a veces trae el viento antes del alba, como si alguien —o algo— cruzara el patio sin dejar huella.

Se sentó al borde del catre, junto una mesita de madera; miró el crucifijo de metal opaco, miró donde reposaba su Biblia.

Trazó la señal de la cruz en el pecho, sin apuro, y murmuró: "Deja que los muertos entierren a sus muertos...". Se cubrió con la manta y abrió el postigo. Afuera, una rama de eucalipto yacía partida junto a la sacristía. El perro —viejo y astuto— gruñó a una gallina que, asustada, cruzó bajo el burro seguida de sus polluelos.

Sobre la misma mesa, envuelto en un paño blanco, descansaba el frasco del aceite bendito, como si hubiese estado esperando sin ser llamado.

Un rostro cruzó su memoria. No era el de Perico. Era uno más antiguo. La piel mojada, el barro del río, la boca que dijo su nombre. "El pecado no fue la carne. Fue haber respondido", repitió como un recuerdo del seminario.

Entonces oyó al caballo. El paso firme, la manera de desmontar. Como siempre, Justino entró sin anunciarse. Llevaba el sombrero en la mano y una alforja cruzada. Sacó de ella un manto tejido, plegado con esmero, y dentro, una docena de mazorcas moradas que aún conservaba el brillo.

—¿Trajeron el cuerpo? —preguntó el padre.

—Sí. María Jesús me dijo: "No dejes que su alma se pierda".

—El aceite no es para los muertos.

—Ni todo vivo lo merece.

—¿Dónde lo enterrarán?

—En Quilca. Ahí está su sombra, aunque no esté su nombre.

Justino le tendió el manto.

—Maíz de tierra, regado por la lluvia, del que no bebe la acequia.

El padre bajó la mirada. El maíz brillaba bajo la lámpara, como si aún guardara el sol de la quebrada. El padre pensó, sin saber por qué, que nada en esa sacristía le pertenecía del todo, y recordó que no había pedido venir a Arma.

—No lo hago por él.

—Lo sé.

—Ni por usted.

—También lo sé.

El cura envolvió el frasco y se lo entregó.

Justino lo guardó con cuidado. Se puso el sombrero.

Antes de irse, dijo:

—¿Cree que lo llevarán a la ciudad, cuando se muera?

—Si Dios quiere, nadie me moverá de esta tierra.

El perro aulló, y el viento volvió con olor de eucalipto herido.

6

—¿Entonces perdieron?

—Empatamos. —La miré, por si se burlaba. No fue mi culpa, la pelota chocó contra una piedra y rebotó hacia el otro lado del arco.

Estábamos en la orilla del río.

—Ayúdame a cruzar, del otro lado se ve mejor.

Le tendí la mano. Saltamos de piedra en piedra, hasta quedarnos sobre una roca grande, en medio de la corriente. Abajo, los peces se movían como flechas.

Cuando me inclinaba demasiado, se escondían entre las algas.

—En Miami fui con mis viejos a un acuario —dijo Sylvia—. Había tiburones, orcas, pulpos gigantes. Acá solo hay truchas y pejerreyes… pero ya casi no quedan. El agua está contaminada.

No contesté. Sylvia siempre decía cosas raras, como si trajera noticias de otro mundo.

Ella se inclinó un poco más sobre el agua.

—Cuando los peces desaparecen, no siempre es por la mina. A veces es por el cóndor guardián.

—¿Cuál cóndor?

—Uno negro y blanco, enorme. Vive en los abismos. Cuando alguien muere sin confesión, no se lleva el cuerpo: se lleva su aliento. Y si su sombra toca a un niño, ese niño crece con mirada de abismo. Ve cosas que otros no ven. Eso me contó la Yuly.

La palabra quedó dando vueltas, como si escondiera algo que yo no podía preguntar.

—¿Qué es confesión? —me atreví al fin.

Sylvia no contestó enseguida. Descalza, mojaba la punta de los pies en el agua.

—Es cuando cuentas tus pecados —dijo al fin, bajando la voz—. Lo que haces a escondidas, lo que da vergüenza.

—¿Vergüenza cómo qué?

Se encogió de hombros, pero en sus ojos brillaba algo distinto, un brillo que me perturbaba.

—Como cuando piensas en besar… o cuando quieres tocar y no se puede. Eso también es pecado si no lo dices.

Sentí calor en la cara, como si me hubieran descubierto.

Sylvia siguió, mirándome fijo, como si disfrutara mi turbación:

—Las monjas dicen que Dios lo ve todo… hasta lo que piensas en la noche — sonrió con picardía.

—¿Y si uno sueña cosas? ¿Eso también es pecado?

Ella rió bajito, como si ya supiera mi respuesta. Se acercó un poco más y me susurró al oído:

—Si quieres, después te enseño a pecar.

Un pez saltó de golpe. Sylvia me miró de reojo, con media sonrisa.

—¿Te asustaste?

—No.

—Mentiroso. Me dio un codazo suave y se rió.

Entonces me pidió el walkman. Era un Sony negro que antes había sido de mi hermano.

—¿Qué escuchas?

—Una recopilación de la radio. En el lado B hay rock en inglés.

Se colocó los audífonos y empezó a tararear. La voz metálica se escapaba por los audífonos: never gonna dance again... Sylvia cerró

los ojos, como si entendiera cada palabra. Movía los labios, despacio: the way I danced with you, oh...

El río San Juan seguía sonando, el agua chocaba contra las piedras y a veces saltaba un pez más grande de lo habitual. Sylvia seguía cantando con los ojos cerrados y los brazos en alto, como si estuviera en un concierto... yo pensaba en el cóndor invisible que nos vigilaba desde arriba, y si también él podría saber de mis pecados.

De pronto Sylvia me tomó la mano. No la apretó; solo la dejó ahí, tibia. Me sentí mucho mejor.

El caset seguía girando: time can never mend... the careless whispers of a good friend...

Todo alrededor parecía detenerse: el río, los peces, el vuelo del cóndor.

Cuando la canción terminó, Sylvia dijo:

—En mi cuarto tengo un montón de baladas en inglés. ¿Vamos a escucharlas?

Iba a decir que sí, pero entonces se oyó un grito desde el puente:

—¿Quién quiere pasear en caballo? ¡Hay sitio para uno!

Era el abuelo con Tornado, su alazán. Delante iba Yuly, agitando la mano. El abuelo montaba con tanta calma que parecía flotar, como si caballo y jinete fueran uno solo.

—Ya vengo —dijo Sylvia, poniéndose los zapatos. Se levantó rápido, todavía tarareando and I'm never gonna dance again...

Corrió cuesta arriba. Al subirse a las ancas, se volvió hacia mí y me sacó la lengua.

Yo me quedé mirando el agua. En el fondo, los peces parecían renacuajos. Están desapareciendo, había dicho Sylvia. Quizás se los llevaba el cóndor. O tal vez era la mina, allá arriba, arrojando sus desechos.

7

El abuelo Justino me estaba contando lo de los toros. Aquel asunto había causado revuelo a lo largo del día.

—Mañana se llevan al Negro para el camal —dijo, con los ojos clavados en el tablero de ajedrez.

—¿Y no se le puede curar?

—Tendrían que enyesarlo, pero eso es casi imposible.

Entonces empezó a relatar lo sucedido en la mañana. El Gringo había logrado asustar al Negro al embestirlo saltándose la pirca que los separaba. El Negro, despavorido, corrió en dirección a la abuela buscando auxilio. María Jesús, al verlo venir a toda carrera, solo atinó a lanzarse hacia la acequia dos metros abajo del corral.

El abuelo contaba que el toro siguió tras ella y que —por suerte— ambos cayeron uno junto al otro. La abuela, decía, quedó por un instante como dormida en la tierra húmeda, y a él le pareció que el susto mismo la había tumbado. El Negro gemía con la pata lastimada, mientras el Gringo daba vueltas triunfales, mugiendo y marcando su territorio. María Jesús abrió los ojos y lo primero que dijo fue: Aquí no son los huaycos los que me van a enterrar, son estas bestias.

Después se incorporó con la ayuda de Valentín, que había llegado corriendo con una soga en la mano. La mirada del abuelo había quedado clavada en el suelo, como si ya hubiese tomado la decisión de sacrificar al toro en ese instante, aunque la abuela siguiera discutiendo.

María Jesús se fracturó el brazo y tuvo que usar yeso y cabestrillo durante un mes, el toro se rompió la pata y apresuró la decisión del abuelo de mandarlo al camal.

El Gringo y el Negro eran las yuntas que araban los cercos, eso le ahorraba alquilar el costoso tractor de la ciudad. Las bestias habían estado peleándose últimamente, a pesar de que dormían y comían separadas; y ahora tendría que comprar otra yunta a don Eusebio, que tenía buen ganado en las pampas de Ayacucho.

—¡Jaque!

Justino movió su rey a una casilla segura. La abuela había amenazado con marcharse. Se quería ir a Lima, estaba "harta de esta vida de mierda", y en verdad no era la primera vez, no iba a esperar hasta que llegaran las lluvias y el río se saliera nuevamente inundándolo todo, llevándose gente y animales como en la crecida del año pasado.

Yo jugaba con las piezas blancas y el abuelo había hecho una defensa que tardaría horas en demoler. Hice un sacrificio de dama por caballo y torre. Justino me miró sonriente.

—Tú eres campeón de ajedrez, ¿no? —dijo el abuelo y aceptó el sacrificio.

—Solo de mi colegio, pero eso fue el año pasado, ahora juego más al básquet.

Aunque perdí mi mejor pieza, gané iniciativa en el juego. Después de varios minutos de reflexión, y mientras escuchaba al abuelo recordar sus años juveniles como deportista, coloqué mi torre en la séptima casilla.

—¿Básquet? Yo jugaba de joven en Villa de Arma, los clásicos eran contra el distrito de Huachos o a veces contra Tantará. Tenía buena mano para los tiros de lejos, aunque la pelota era dura como piedra y si se mojaba, peor todavía. Corríamos en la cancha de tierra con

zapatillas rotas, y cuando alguien encestaba, parecía que el cerro entero aplaudía. ¿Y por qué no juegas fútbol?

—Sí juego, pero a mis amigos les gusta más el básquet —respondí recordando las pichangas en los recreos del colegio. Sudábamos la camisa blanca y luego la miss Aurora nos prohibía entrar a su clase. Entonces nos íbamos al baño para aprender a fumar, eran unos Incas que conseguía el chino Guerra o el negro Azcona. El humo nos hacía toser, pero nos sentíamos grandes, como si un cigarro pudiera abrirnos las puertas de la adultez.

El abuelo se rio por lo bajo y movió su alfil con decisión.

—En mis tiempos el fútbol era otra cosa. No había camisetas importadas ni zapatos de colores. Casi nadie usaba chimpunes, jugábamos con lo que había. A veces descalzos. Yo era bueno para quitar la pelota, más duro que fino, pero igual celebrábamos como si hubiéramos ganado la Copa Perú. Hasta la banda venía a tocar después de los partidos, ¿puedes creerlo? Y también mujeres, muchas chicas bonitas de otros valles y quebradas...

El tablero quedó en silencio unos segundos. Yo adelanté mi otra torre y Justino lo miró como quien contempla el campo después de la cosecha: sabiendo que ya no hay más que hacer. Después de unas cuantas jugadas, inclinó su rey.

—Buena combinación, me sorprendiste.

La petromax chisporroteaba y la luz blanca parecía temblar sobre las piezas. El abuelo se levantó despacio, dijo que tenía que ir a resolver unos asuntos antes de dormir y se fue con pasos firmes hacia el corredor.

Yo me quedé en el comedor un rato más, analizando la partida. El ajedrez aún respiraba sobre la mesa, pero en mi cabeza seguían rodando las imágenes: el Negro herido, la abuela enyesada, el abuelo corriendo en las canchas polvorientas, yo con mis amigos escapando

de la miss Aurora. Todo eso cabía en un tablero de sesenta y cuatro casillas. Y en esa noche de la quebrada, cada pieza parecía recordar también su propia vida.

El rey se quedó tumbado en el tablero y el Negro bajo el corral. Yo miraba las piezas y no supe si estaba recordando la partida o la pelea de los toros. Lo cierto es que el abuelo había dicho que también tendría que sacrificar a su reina, aunque yo no entendí bien si hablaba de la partida o de la abuela.

8

Villa de Arma, en Castrovirreyna, había sido fundada siglos atrás por orden del virrey Toledo. En la cantina, clavado sobre la pared de adobe, un almanaque amarillento consignaba la fecha: 8 de mayo de 1576, y nombraba a la Inmaculada Concepción como protectora junto a San Miguel Arcángel. Nadie lo leía ya, pero la imagen de la Virgen con su manto celeste y su corona plateada estaba allí junto al recordatorio de que el pueblo tenía memoria larga.

Esa noche el aire era poco. Afuera, las campanas no paraban: era diciembre, fiesta de la Inmaculada. El estadio rural se había llenado de voces; las muchachas agitaban pañuelos desde la ladera, gritando nombres como si los goles fueran promesas de felicidad. Los niños partían tras la pelota cada vez que salía de la cancha, vendían caramelos o reían cuando el árbitro de la ciudad corría sin aliento detrás de los jugadores. Todo eso se seguía oyendo, aún dentro del bar, como un eco de la tarde.

Los cuatro habían subido desde Huancho solo para el partido. Todavía tenían el polvo en los zapatos y la euforia en el cuerpo.

—Ese gol fue como los de Kempes en el setenta y ocho —decía Jorge, levantando la jarra como si fuera micrófono—. Y el de Daniel, que tal tiro libre, parte externa, a lo Cubillas contra Escocia.

Daniel sonrió, más pendiente de las cartas que barajaba bajo la mesa. Llevaba siempre un mazo gastado, doblado por los años.

—Si armo la mesa ahora mismo, les saco hasta los zapatos —susurró, mirando de reojo a un parroquiano dispuesto.

Jorge soltó una carcajada. Para él, el fútbol, las mujeres y la política eran lo mismo: pasión y estrategia en la misma jugada. Él había organizado el partido, conocía a todos en Villa de Arma y se movía en el bar como dueño de la fiesta. —Hasta el padre Julián se apareció en la plaza —añadió, con ironía—. Fresquito, como salido del seminario.

—Ese va a durar menos que el árbitro en la cancha —saltó Perico, golpeando la jarra contra la mesa. Bebía con el mismo gesto con que se encara una bronca; cada trago parecía un reto.

Las risas corrieron por el bar, tibias, alegres, mezcladas con el tañido de las campanas. Raúl no estaba; se había quedado enamorando a la hija de los Salvatierra. La broma encendió carcajadas: todos sabían que ese sí había cambiado la cancha por la cama.

Entonces, en la esquina, un hombre se levantó. Había estado callado, bebiendo despacio desde la tarde. Nadie lo sabía, pero en la faja llevaba un cuchillo, decidido ya a usarlo. No miró a todos, solo a Perico.

—Ganaron de suerte —dijo, y la palabra sonó como piedra contra metal.

El murmullo se cortó. Perico sostuvo la mirada, ladeado por el alcohol.

—¿Suerte? —repitió con media sonrisa—. Mana qhariqanichu.

El rival no lo encaró de frente. Se inclinó hacia su compañero de mesa, como si hablara solo con él, pero alzó la voz lo suficiente para que todos lo oyeran:

—Algunos no saben perder… otros nunca supieron compartir.

El bar se quedó en silencio. El murmullo de vasos y dados se detuvo, hasta la música del tocadiscos pareció apagarse. Nadie preguntó a qué

se refería, pero todos entendieron que no era del partido de lo que hablaba.

Una mujer en la barra bajó la mirada hacia su vaso, como si de pronto recordara algo incómodo. Un viejo parroquiano se acomodó el sombrero, carraspeó sin decir palabra. Un muchacho se rió nervioso, y la risa murió enseguida en el aire espeso.

Los ojos giraron hacia Perico, que no bajó la vista. Se quedó erguido, con la sonrisa en el rostro, sosteniendo el filo de la frase como si fuera un reto. Daniel apretó las cartas en el bolsillo, pero sabía que el juego ya estaba perdido. Jorge miraba alrededor, consciente de que nadie intervendría: todos esperaban, como si el pueblo entero supiera que esa noche algo iba a resolverse.

El empujón fue seco, la mesa se volcó, la cerveza corrió por el suelo apisonado. Gritos, insultos, choques de hombro. ¡Maqay!¡Wayq'uy!, resonaron ásperos, como piedras arrojadas en un patio cerrado.

El estallido de la botella fue como un disparo. Perico la había quebrado contra la barra. El filo brilló un instante antes de hundirse en el costado del rival. El cuchillo no llegó a tocarlo.

El silencio que siguió fue más denso que el ruido. Afuera, un caballo chúcaro relinchaba y las campanas seguían doblando, como si la fiesta y la desgracia se hubieran mezclado sin remedio.

El cantinero cerró la entrada con tranca.

9

Daniel y Jorge sacaron a Perico hacia la calle empedrada por la puerta de atrás, donde el viento bajaba helado desde los cerros.

En la esquina alguien avisó que la Guardia Civil no tardaría en llegar. Eran apenas un puñado de hombres en uniforme raído, pero lo suficiente para hacer preguntas. Jorge asintió en silencio; conocía a medio pueblo, sabía cómo apagar un rumor antes de que llegara al cuartel.

Perico respiraba agitado, con las manos manchadas, y murmuró apenas:

—Si no se muere, volveré para matarlo.

Pero nunca volvió. Pocos días después ya estaba en Chincha, con la botella siguiéndolo más fiel que cualquier hermano. No todos dijeron que había huido, pero nadie ignoró que en Arma lo esperaban preguntas que nunca quiso responder.

Años más tarde, cuando lo trajeron en un cajón hasta Huancho, nadie quiso hablar de aquella noche en la cantina. Algunos decían que había sido por el partido; otros, por un lío de faldas. El eco de las campanas, el relincho del potro, la botella rota: todo había regresado con él, como si la tierra guardara memoria de cada cosa.

Cuando se enteró de lo sucedido, Justino llamó a Jorge a la oficina, cerró la puerta. Sobre la mesa, colocó primero una pequeña bolsa de cuero. Al abrirla, brillaron pedacitos dorados, como semillas que no germinan, pero sí hacen crecer la obediencia. Junto a eso, puso una botella envuelta en paño, de vidrio grueso, con letras extranjeras en

la etiqueta: un licor de esos que no se encuentran en la sierra, reservado para visitas especiales. Finalmente, sacó un sobre sellado, sin ornamentos, solo la firma de su puño firme en el doblez.

—El sobre es para el juez de paz. La botella, para quien manda en la municipalidad. Y el oro ya sabes a quién. Cada cosa tiene su boca y su silencio.

Jorge asintió. Guardó cada cosa con naturalidad, como quien acomoda herramientas necesarias. El revólver en la faja le recordaba que la simpatía no siempre alcanza.

—Lo resuelves con cuidado —añadió Justino—. No es para esconder nada. Es para que recuerden que en Huancho también sabemos respetar y ser respetados.

Mamá Jesús, detrás de la ventana, no dijo palabra. Entre los dedos apretaba el rosario, como si cada cuenta contuviera un latido. Sus ojos, húmedos, seguían el horizonte, buscando en la distancia a Perico mientras su cuerpo se tensaba con el recuerdo de su partida.

—Hazlo pronto —cerró Justino—. Que recuerden quién manda en Arma, y que nadie diga que no sabemos hacer las cosas como gente.

Jorge asintió. El revólver en la faja, el oro, la botella, la carta en la alforja y ahora también un sobre con dinero, el encargo para la familia del muerto: cada cosa tenía un destinatario.

Cuando Jorge salió al patio, Percy, el hijo de Belén, se le cruzó en el camino. Nadie lo presentó como suyo, pero todos sabían que llevaba la misma sombra en la frente.

—Tayta Jorge —le dijo bajito—, anoche cayó un rayo cerca de la Culata. Mamá dice que cuando truena así es porque alguien anda con culpa.

Jorge sonrió, le despeinó el cabello, y montó a la Correlona sin responder. El comentario se le quedó rondando en la cabeza mientras apretaba las riendas e hincaba las espuelas en el animal que partió a tropel dejando una estela de polvo y cascajo.

El viaje a Villa de Arma fue largo, al paso cansado pero indetenible de la yegua. Cuando Jorge llegó, el pueblo ya lo esperaba. Era imposible que no se supiera, en la quebrada los loros anuncian las vistas con horas de anticipación y en las alturas si no son los loros son las nubes.

En la plaza, las miradas se alzaron como si alguien hubiera tocado una campana. Él no necesitaba anunciarse: un hijo de Justino siempre era noticia en Arma. Algunos lo saludaron con respeto, otros con recelo. Una mujer se detuvo más de la cuenta en la esquina, como si aguardara algo más que un saludo.

La plaza principal hervía con voces dispersas, aunque no hubiera feria ni fiesta. Burros cargados de leña pasaban soltando sus excrementos y batiendo la cola para ahuyentar a las moscas. Un par de gallinas corrían esquivando a los niños que jugaban a la pelota descalzos. Desde abajo llegaba el rumor del río, ese murmullo constante que nunca dejaba del todo el aire del pueblo.

Jorge apareció por la entrada lateral. Enseguida lo rodearon las miradas. Nadie podía fingir que no lo conocía. Él correspondía con la facilidad de siempre: saludaba a unos con palmadas, a otros con bromas, como si hubiera crecido en cada casa.

—¡Jorgito! —le gritó un compadre desde un banco de piedra—. ¿Viste ese gol de Daniel? Mejor que los del cholo en México 70.

—Qué cholo ni qué nada —rió Jorge, acomodándose el sombrero—. Si hubieras visto cómo lo gritó mi hermano, parecía que ya éramos campeones del mundo.

Las carcajadas se mezclaron con el balido de las cabras que cruzaban guiadas por una pastora con una flor en el cabello. ¿No era ella la hija de Perico? Jorge descartó de inmediato la idea y se detuvo junto a un viejo conocido, un antiguo compañero de campaña de Acción Popular, y lo abrazó con fuerza.

—Todavía sueñas con Belaúnde, ¿ah? —le dijo—. Mira que en este pueblo hay más discursos que lampas.

—Y más muchachas también —respondió el otro, soltando una risa picante.

Jorge no se hizo de rogar; lanzó una anécdota breve de un baile en la serenata, de una muchacha que había derramado la chicha sobre su vestido y lo había hecho reír como un loco. La gente alrededor celebró el recuerdo como si fuera propio.

Eran sonrisas, sí, pero detrás quedaba un murmullo sordo, la pregunta que nadie hacía en voz alta, como si cada gesto amable llevara escondido un cálculo. Jorge lo sabía. La política era un baile de máscaras.

Esa misma tarde, la familia del muerto se presentó ante el padre Julián, recién instalado en la capilla. Eran hermanos, sobrinos, primos del Edwin, todos con la cara marcada por el sol y la rabia. Entraron juntos, como una sola voz.

—¡Padre! —tronó el mayor—. ¿Hasta cuándo vamos a dejar que los de Huancho se rían de nosotros? Ese malnacido le ha abierto el vientre a mi hermano, y ahora quieren tapar el sol con un dedo mientras el Edwin se muere.

Otra mujer, con los ojos enrojecidos pero firmes, lanzó en quechua:

—¡Ama llullaychu! ¡Ama suwaychu! —¡No mientan! ¡No nos roben también la justicia!

Los murmullos crecieron en la capilla como un enjambre. Otro pariente añadió, más duro:

—Perico siempre fue un mujeriego abusivo. Si no pregúntale a la Yana Wayta. No es la primera vez que arma pleito. Si no se hace algo, mañana puede tocarle a usted, padrecito.

El padre Julián escuchó y, por primera vez desde que había llegado al pueblo, se descubrió tomando partido. Había llegado poco tiempo atrás, todavía con los hábitos del seminario frescos en el cuerpo. Las voces lo golpeaban como ráfagas. Murmuró una frase en latín, casi para sí mismo: Via peccatorum ducit ad inferos. El camino de los pecadores conduce al infierno.

No lo dijo como sentencia, sino como recuerdo. Pero la familia lo tomó como confirmación. Y él mismo, al repetirlo, sintió un portón cerrarse en su mente contra Perico.

Mientras tanto, Jorge hacía su parte, con discreción. Primero, en la municipalidad, donde un regidor conocido por su lengua suelta recibió la botella extranjera con un gesto que fue mitad sorpresa, mitad complicidad. Enseguida convocó un brindis improvisado, y el sabor del licor bastó para sellar un recuerdo favorable.

Después, en la trastienda del cuartel, el cabo de la Guardia escuchaba en silencio, mientras Jorge le deslizaba la bolsa de cuero con el oro. El brillo bastó para que las preguntas se deshicieran antes de ser hechas.

—La mitad es para tu jefe, él ya sabe, y no le digas más —ordenó sin prisa.

Por último, el juez de paz. Allí Jorge sacó el sobre doblado, con la firma de Justino en el centro. El hombre lo tomó sin abrirlo en ese instante, como quien recibe no un papel, sino una deuda recordada. Lo guardó con rapidez bajo el poncho, y su mirada se volvió opaca.

Cada entrega tenía un destinatario, y cada destinatario un precio.

Y para la familia del muerto, Jorge hizo lo que le mandaron. No fue con soberbia, sino con un respeto, como si llevara una ofrenda más que un pago. Extendió un sobre grueso y lo colocó en las manos del hermano mayor, percibiendo el temblor de los dedos y el frío que venía del golpe de la pérdida reciente.

—Para que no les falte nada en estos días —dijo con voz llana, sin adornos.

Los hombres miraron primero con desconfianza, después con un brillo distinto en los ojos. Uno asintió, otro incluso murmuró un "gracias, compadre", casi avergonzado. Pero la madre del difunto, con el rebozo apretado contra el pecho, los ojos húmedos y la voz quebrada, no se calló:

—¡Malditos sean ustedes, los de Huancho! ¡Siempre vienen a quitarnos algo!

Jorge montó en silencio. Dio media vuelta al caballo con la calma de quien sabe que no necesita discutir. Cuando se alejaba, una muchacha desde un balcón le arrojó un ramo de nomeolvides, y él alzó apenas la mano en saludo sin desmontar ni aminorar el paso.

En ese instante, una bandada de loros atravesó la plaza con un griterío agudo. No le temen al frío, musitó, observando unas nubes negras que se aproximaban con rapidez desde la montaña.

Detrás, las voces se apagaron poco a poco. Alguien guardó el paquete, otros se quedaron murmurando. La madre seguía llorando y maldiciendo, pero su rabia se mezclaba ahora con las voces del río.

Antes de salir del pueblo, Jorge se desvió hacia la taberna donde había sido la pelea. El cantinero lo recibió con una media sonrisa cansada, secándose las manos en el mandil.

—Compadre Jorge —dijo en voz baja, inclinándose sobre la barra—, de esa noche mejor no hablar, ¿no?

—Así es, hermano —respondió Jorge, apoyando los codos como si fueran viejos conocidos—. Fue pelea de borrachos, nada más. Tú viste lo que viste, y lo que viste no vale la pena repetirlo.

El tabernero lo miró fijo, como probando el peso de esas palabras. Jorge le sostuvo la mirada y, de pronto, cambió el tono.

—Aunque eso sí, el golazo que metió Daniel... de otro planeta. ¿O no gritaste tú también en la cancha?

El cantinero rió, aflojando los hombros.

—Lo grité, compadre. Y lo sigo gritando aquí, aunque la botella se me haya caído de la emoción.

Las carcajadas borraron la tensión. Jorge sabía que en Arma las palabras valían más que un juramento, y el fútbol, como la política, servía para unir o para enterrar recuerdos.

El tabernero sirvió un vaso pequeño de caña sin que Jorge lo pidiera.

—Entre nosotros queda, pues. Nadie tiene por qué acordarse de más —dijo, dándole el vaso; pero la gente habla, añadió, como pidiendo algo más que palabras.

Jorge hizo una mueca, terminó el trago, dejó unas monedas y salió sin apuro. Chau compadre, saludos a la familia. Montó en su yegua y enderezó la espalda. El revólver bajo la faja le recordaba quién era y qué representaba.

Al alejarse, escuchó un silbido: una muchacha lo miraba desde un balcón, con una sonrisa apenas insinuada. Él alzó el sombrero en respuesta, sin detenerse.

El pueblo parecía acompañarlo en su partida: niños corriendo tras una cometa que se escapaba, mujeres cargando cántaros del pozo, hombres que lo saludaban con una inclinación breve. La rutina se imponía como si nada hubiera pasado.

Pero Jorge ya no pensaba en Perico ni en la familia de Edwin. Su mente se deslizaba hacia lo que de veras lo ocupaba: la política. Recordaba los compadres en la plaza, los discursos improvisados, la sensación de que hasta en un pueblo como Arma se podían mover voluntades como piezas en un tablero. Apenas un eco del partido se filtraba en ese recuerdo, como si el gol y el aplauso fueran otra forma de campaña.

Cuando cruzó el río por el puente colgante, el murmullo del agua se le antojó una multitud aplaudiendo.

Entonces, sin aviso, un trueno rajó el cielo sobre la quebrada, estremeciendo el aire y haciendo que las cabras bajaran de la estancia despavoridas, sus balidos agudos cortando el murmullo del agua.

La yegua se estremeció y Jorge tiró de las riendas, firme, sin perder la compostura. Recordó las palabras de Percy sobre el rayo de la madrugada en la Culata; respiró hondo para mantener la calma que lo hacía parecer invulnerable, mientras aquel recuerdo le rozaba la mente como un viento frío, y siguió cuesta abajo.

Jorge salió de Arma con la misma certeza con la que había entrado: no todos estaban contentos, pero todos habían recibido algo. Y eso era suficiente para cerrar una historia.

Las nubes negras se reunían sobre Arma, y el pueblo quedaba atrás, apenas un rumor lejano.

En Huancho, María Jesús durmió esa noche un poco más, abrazando la manta contra el pecho, con los labios apretados, como si la conciencia de la deuda pagada pesara y al mismo tiempo la calmara.

Y en la capilla de Arma, el padre Julián repasaba en su mesa las notas que había tomado de boca de los dolientes, pensando con inquietud que algunos hombres viven demasiado cerca del filo. Luego escribió casi sin pensar: “Solo los pobres son poseídos por demonios. Nunca verás a un rico rodando por el sueño de una iglesia”.

El rumor se fue diluyendo. Testigos dejaron de estar seguros de lo acontecido esa noche en la cantina, los relatos se confundieron, los chismes se extinguieron. “Pelea de borrachos”, repetía al final el cabo de la guardia sin dar más explicaciones cuando alguien quería tocar el tema.

Unos días después, el pueblo se calmó. El muerto fue enterrado sin alboroto. El caso de Edwin, Perico y Yana Wayta se cerró como si nunca hubiera existido.

10

El sol apenas despuntaba sobre los cerros cuando la familia empezó a preparar las cosas para llevar a Camayoc. El aire era puro y helado, la mañana oxigenaba los pulmones y abría los brazos a la vida de la quebrada; pero ya se sentía en el ambiente el rumor de la fiesta cercana. Una camioneta vieja, que nadie sabía bien de quién era, ya estaba cargada: sacos de papas, botellas de chicha, ollas grandes y pailas renegridas; leña y un par de gallinas atadas, cacareando resignadas. Frank subió junto a su hermano Enrique, quién llevaba puesta con orgullo su una camiseta de la selección del 82. En el camino, pasando Huancho Chico, notaron que los perros los seguían: Túpac, el más inquieto, y Amaru; se habían escapado de la casa, pero conocían el camino mejor que los hombres.

Camayoc hervía de movimiento. Había llegado gente de Yanapampa, de Ñawis, de Sacsamarca, de Alto Larán y hasta de Castrovirreyna, todos con sus mejores sombreros y trajes de fiesta. Las bandas se afinaban al pie del cerro, los comuneros cargaban isangas —trampas hechas de carrizo y caña— para atrapar camarones, y el humo de las cocinas improvisadas impregnaba todo de hierbas, ají y grasa de cerdo. Algunas mujeres vendían humitas, dulces y saladas o choclos con queso, otras preparaban el picante de camarón en ollas enormes que removían con palos. El tío Jorge ya estaba dando vueltas, hablando con todos como si fuera el alcalde. El tío Daniel había encontrado un grupo de paisanos para apostar cervezas por el partido que estaba por empezar.

Frank se alejó con Yuly hacia el río. Ella, con las mejillas chaposas y sus trenzas con ganchos de colores, lo miraba con esa mezcla de picardía y ternura que él no sabía cómo interpretar.

—¿Y Sylvia? —le preguntó ella, y él se alzó de hombros. Nunca sabía qué decir cuando le preguntaban por Sylvia, fingió buscar piedras planas para lanzar. En su bolsillo llevaba una libreta donde había copiado la letra de una canción en inglés que había estado escuchado con Sylvia. No entendía todo, pero le gustaba cómo sonaba. Careless Whisper, decía. Yuly la hojeó, pero no dijo nada. ¿Por qué solo usas un audífono? Inquirió curiosa Yuly. Para que el río también escuche , respondió Frank muy seguro de sí mismo.

Al otro lado del campo, el partido comenzó. Camayoc jugaba contra San Pedro. Enrique corría como un loco con su camiseta rojiblanca, dejando atrás a los defensas, haciendo paredes con Juaqui y Reyber. En una jugada rápida, se escapó por una banda y pateó con fuerza desde muy lejos: la pelota hizo un efecto extraño y entró por un ángulo mientras el arquero rival volaba infructuosamente; toda la barra de Huancho estalló en gritos apoyando a Camayoc, sus antiguos rivales. El tío Daniel alzó su botella. —¡Eso, carajo! ¡Así se juega! —gritó. La tierra se sacudía con los pasos, los cerros devolvían el eco, y el sol ya golpeaba con fuerza.

Pasado el mediodía llegó el funcionario del Ministerio de Energía y Minas, un hombre de traje claro, peinado engominado y sonrisa aprendida. Lo presentaron como el padrino de la festividad. Había venido, decían, a inspeccionar los avances del proyecto minero en la zona, pero aprovecharía para inaugurar el festival.

Antes de subir al estrado, Jorge lo tomó del brazo y lo llevó a saludar a algunos comuneros sentados en sillas de plástico. El funcionario estrechaba sus manos con una cordialidad mecánica, “muy pronto verán los beneficios”, “la modernidad ya está aquí”, mientras Daniel, escéptico, lo miraba de arriba abajo sin decir palabra. Los más jóvenes

observaban curiosos sus ademanes costeños, su brillante reloj de pulsera, su extrañeza ante el quechua, su olor distinto a la tierra del lugar.

Luego de subir al estrado con el tío Jorge, tomó el micrófono y comenzó su discurso:

—El Perú es un país minero —dijo, con solemnidad—. Algo atávico e inherente a nuestra nación, decía como si hubiera estado ensayando... Y gracias a proyectos como este, las comunidades podrán progresar, insertarse en la economía global, salir del atraso. Porque el desarrollo, amigos, no puede esperar.

Su voz sonaba metálica, amplificada por un parlante viejo que chillaba en las esquinas. El funcionario hablaba de inversión extranjera, de empleo, de un futuro brillante para la comunidad, pero sus ojos no miraban a la gente, miraban al cerro, a los pliegues oscuros de la montaña, como si midiera su riqueza en toneladas de minerales.

Algunos aplaudieron. Otros no entendían bien qué decía. María Jesús, desde una esquina, murmuró: Mana ima llapaq, mirando de reojo el cerro Santa Inés. Justino, con su sombrero calado, no dijo nada, pero no dejaba de observar la montaña con esos ojos azules como el cielo. Era un silencio denso, como si supiera que esas palabras traían más sombra que luz.

El funcionario sonrió aún más, como si no advirtiera nada: aquí mismo levantaremos un colegio, para que los niños no tengan que caminar horas hasta otra comunidad; y una posta con doctores y enfermeras que atenderán sin cobrarles un sol. Habrá caminos asfaltados, por fin, para que el futuro llegue derecho hasta a esta quebrada. Nadie perderá nada: con la minería todos ganaremos; carreteras, agua potable, electricidad. “La mina será su oportunidad”; insistió, levantando las manos. Y justo entonces un viento raro sopló. Los perros empezaron a ladrar. Y desde lo alto del cerro, una piedra enorme se desprendió.

Primero fue un sonido sordo, como un gemido de tierra. Luego, el zumbido creciente. Un niño gritó, señalando. Pero ya era tarde. La piedra rodó como si alguien la hubiera empujado, y golpeó con violencia el entarimado donde el funcionario aún alzaba las manos. El impacto fue seco y ruidoso.

Todo se detuvo.

Hubo gritos y después, llantos. Nadie entendía bien qué había pasado. El tío Jorge quedó con la camisa ensangrentada. El tío Daniel, blanco como papel. Justino, en cambio, levantó la mirada lamentando algo que sabía no hubiera podido detener. Nadie dijo que había sido el Apu. Nadie dijo nada. Pero todos lo pensaron.

Horas más tarde, cuando bajaban de regreso en la camioneta —el chofer y la secretaria desconsolados—, alguien encendió la radio. Una emisora en AM informaba, con interferencias, que un trágico accidente había enlutado el festival del camarón en Camayoc. Frank no escuchó todo. Estaba en silencio, mirando por la ventana, mientras Amaru dormía a sus pies. La montaña seguía ahí, pero nadie volvió a mirarla igual.

11

La abuela estaba desgranando maíz para darle a las gallinas que revoloteaban alrededor de ella. Sentada en el viejo batán, exprimía las mazorcas con rapidez mientras los polluelos no dejaban de piar.

—¿Has visto mi sombrero, Frank?

—No, abuela.

—¡Manan! Si te dieran un premio por olvidar las cosas, ya tendrías tu medalla colgada del cuello. Capaz lo dejaste donde la sumaq wallpa, esa que se pasea como si reinara.

—Fui a ver si había puesto huevos.

—¿Y ha puesto?

—No.

—¡Ay, chay wallpita! Ya ni canta. De puro vieja nomás camina. Está como los cerros secos, con sol encima, pero con sombra adentro.

Frank se quedó en la puerta, mirando el cielo amanecer sobre la quebrada. El río bajaba con un lenguaje de piedras y árboles, como si hablara solo.

—Abuela, el río ya no suena igual.

—Desde que lo ensuciaron, niño. Antes hablaba claro, limpio. Ahora se arrastra nomás, como quien tiene miedo de decir lo que sabe.

La abuela seguía desgranando en un cuenco de fierro enlozado. Deslizaba sus dedos con pericia entre las mazorcas; en poco tiempo

el recipiente estuvo lleno. Luego, María Jesús empezó a lanzar el maíz hacia los pollos y gallinas que esperaban impacientes.

—Anda al huerto. Tráeme huacatay y cebolla china. Mira bien, wayna. No me traigas yerbas muertas.

—¿Para qué, abuela? ¿Eso comen los pollos?

—¡Qué pollos…! Es para el japchi del desayuno —miró hacia la cordillera—. Ya

el sol está llegando, deben ser casi las ocho; dile a Belén que vaya sancochando las papas, las más arenosas… waynaqa sonso.

—¿Y dónde crecen esas plantas, abuela?

—¡Imaynapis! ¡Busca bien! Si no hay hojas, trae la raíz. Si no hay raíz, trae el aroma.

—¡Kay pachapiqa manam yanqallachu llank'anchik!

—¿Y si no queda nada? —dije casi en secreto.

—¡Entonces quédate nomás allá! —gritó la abuela desde la cocina—. —¡Mayuqa mikuchiwanchik qanya! ¡Que el río nos alimente, pues!

Cuando volteó, Frank ya se había ido. Bajó por la trocha saltando la acequia, pasó por la cocina, pero no encontró a la señora Belén, solo a uno de sus hijos, Percy, quien estaba jugando canicas en un rincón de piso de tierra.

—Hay que sancochar papas para hacer japchi —le dije—.

Me miró y luego continuó midiendo la distancia del ñoco donde quería colocar su canica lechera. Cerró un ojo y la lanzó; la bolita dio un salto y luego otro más pequeño y entró en el hoyo.

—¡Sí! —exclamó Percy saltando de emoción—. Soy un experto. ¿Qué decías? — preguntó de pronto.

—¿Sabes distinguir el huacatay? La abuela Jesús me pidió que le lleve, también cebolla china.

Percy me miró un segundo, luego sacó otra canica del bolsillo; esta vez apuntaba a un ñoco más lejano. Era inútil intentar hablar con él, salí de la cocina antes de que viniera la abuela rezongando y fui directo al huerto. El sol se asomaba iluminando el cerro del frente; cuando la luz llegara a la carretera serían casi las ocho en el kilómetro 65 de la quebrada San Juan.

Los primos recién andaban levantándose; los tíos, en cambio, permanecían sentados sobre la pirca, riendo y terminando el calientito que había sobrado de la noche.

Wakcha urpicha, maymantataq hamurqanki? Diospaq, hanaq pachapaq rit'ita maskhaspa. Era la Yuly quien cantaba, la hermana de Percy; venía tomada de la mano de Sylvia.

—¿A dónde vas?

—La abuela me ha mandado a traer plantas. ¿Sabes dónde crece el huacatay?

Se rieron juntas y luego Yuly también me tomó de la mano.

—Ven por acá.

Bajamos a la huerta donde nos enseñó cuáles eran las plantas. Pasando el palto y el limonero, el intenso olor a jazmines se mezclaba con el de la tierra húmeda y el sonido omnipresente del río San Juan.

Yuly repitió como quién reza: "Desmenuzar el queso hasta que se deshaga, moler el huacatay, picar el ají finito, mezclar y papa sancochada, también con galletas de agua si hay", y se fue cantando en quechua junto a Sylvia: *Huérfano pajarillo, ¿a qué has venido a tierras extrañas?*

Ella y Percy eran hermanos e hijos del tío Jorge. En ese entonces yo tampoco sabía que la tía Alicia, su esposa, había llegado años atrás como profesora a la escuela de CamayocPoco después todos nos enteraríamos, y nunca más volveríamos a ver a la tía Alicia.

12

El tío Daniel barajaba con una sola mano. Las cartas eran viejas, pero elegantes. Con la otra giraba su cuchillo en la mesa, sin mirar a nadie. Tupac ladró dos veces hacia la quebrada y se quedó quieto, como si hubiera visto algo que nosotros no.

—Mañana bajamos a Huancor —dijo sin levantar la vista.

—¿A qué? —preguntó Percy.

—A ver lo que dejaron atrás los huaqueros, siempre están husmeando por allá, fácil encontramos piezas de oro o de algún metal valioso.

Yo estaba ajustando mi trompo con la piola cuando escuché Huancor. Ese nombre ya lo había oído antes. Era un sitio semiabandonado, al parecer había restos arqueológicos; en la secundaria de Chincha siempre estaban organizando paseos hacia Huancor, pero nunca se llegaban a concretar.

Salimos antes del amanecer. Valentín abría paso con su caballo pinto. Daniel iba detrás en silencio. Percy y yo montábamos caballos prestados. Tupac iba olfateando la tierra, husmeando como si buscara algo perdido desde hace tiempo.

El camino era seco, pedregoso. Al cruzar el toril abandonado, Tupac se detuvo y gimió. No ladró. Solo bajó la cabeza y retrocedió.

El viento venía raro, detenido por momentos, como si algo colgado entre las piedras respirara entre los cerros. El aire olía a barro y a sangre antigua.

— Este sitio no está solo —murmuró Valentín.

Y mientras los caballos bajaban ladera tras ladera, el mundo fue quedándose atrás. Los techos de Huancho, Quilca, Yanapampa; los rostros conocidos, el humo del fogón de Belén. Todo se volvió más pequeño, más lejano.

Decían que por esos días el cielo no estaba quieto, que algo grande había pasado muy arriba sin ruido y por eso los perros ladraban a la nada y el viento se detenía de golpe, como esperando.

El sol aún no se decidía si era día o tarde, y la quebrada, como una garganta sin fondo, empezaba a tragarse nuestras voces.

Era como si estuviésemos siendo pasados por el tiempo de otro —un tiempo donde nada tenía nombre, y la piedra no era piedra sino ojo, y el viento no era viento sino soplo de alguien que aún no había muerto.

A veces, cuando el caballo resoplaba, uno despertaba por un segundo. Pero luego, otra vez, la bruma del camino nos cubría como si nunca hubiéramos nacido.

Las ruinas de un templo abandonado, Huancor.

Había construcciones circulares de piedra llenos de geoglifos. Cerámicas rotas, matorrales secos, huellas de botas en la tierra muerta, un hoyo grande y mal tapado, y al fondo, los cuerpos. Uno aún llevaba una camisa raída con algo oxidado incrustado en el pecho. El otro tenía las manos atadas con alambre, los huesos de los dedos sobresalían como garras secas. Entre las piedras ennegrecidas, algo colgaba torcido, como cuerdas viejas anudadas, endurecidas por el barro y el tiempo, que Tupac evitó olfatear.

No son de hace tanto —dijo Valentín.

En una roca cercana, con pintura, se leía unas letras mal trazadas: PCP. Debajo, una estrella roja.

El tío Daniel bajó sin decir nada. Se agachó. Miró la cruz de ceniza que alguien había trazado sobre la piedra.

—Los enterraron mal —dijo al fin—. Si es que se puede llamar entierro.

—¿Quiénes eran? —pregunté.

—Nadie —dijo Daniel.

Frank dio un paso más hacia las piedras oscuras y señaló con la linterna lo que parecía un amasijo de huesos chamuscados.

—Quizá fueron huaqueros —dijo en voz baja Valentín, como si el viento pudiera delatarlo—. Hombres que vinieron desde la ciudad, desde Alto Larán… y aquí los emboscaron.

El silencio cayó sobre el grupo. El eco de las palabras resonó en la quebrada. Nadie contestó, pero todos miraban el mismo punto, como si las piedras guardaran una memoria latente.

13

La noche cubría Huancor como un poncho oscuro. La luna apenas iluminaba los vestigios circulares, restos Wari, con piedras que alguna vez sostuvieron techos y murallas, y geoglifos gastados en la tierra seca; en las capas del suelo se leían huellas más tardías, trazos que la gente de los cerros asociaba a los Chankas.

Dos hombres avanzaban entre los matorrales, cargando sacos, machetes, pistolas y cantimploras.

—Mira, si encontramos oro, te compro ese caballo blanco que siempre miras en Larán —dijo el primero, soltando una risotada seca.

—Ja, mejor cómprame una mujer en Chincha —respondió el segundo, destapando un frasco de cañazo. Dio un trago largo y escupió al suelo—. Para qué quiero caballo si puedo dormir borracho.

Ambos rieron bajo el tenue reflejo de la madre killa, aunque el eco de su risa se apagó rápido, tragado por las piedras. Huancor estaba en silencio, demasiado en silencio, y aun así los hombres se agacharon a revisar una oquedad en el muro de piedra. Sacaron fragmentos de cerámica, algo que brillaba como oro, un cráneo con una piedra en la cuenca de un ojo, y un manojo de cuerdas anudadas, duras, ennegrecidas, que ninguno supo para qué servían.

—Oye… ¿no sentiste algo? —preguntó el primero, bajando la voz—. Como si alguien nos mirara.

—Bah, cuentos de viejos. Son los espíritus del cerro —dijo el otro—. Los viejos siempre hablan de los Wari y de los Chanca; mejor trabaja.

El segundo pateó las cuerdas anudadas, apartándolas del saco como si fueran basura. El segundo revisó un cartucho de dinamita y ajustó el fusible. La chispa le rozó los dedos y dejó un olor fuerte a pólvora. Los caballos estaban inquietos y no dejaban de moverse.

—Paree que hay gente, serán los comuneros... Si nos alcanzan, ¿qué hacemos? susurró el primero, mirando hacia los cerros.

—Nada. Correr. Y rezar —contestó el otro con media sonrisa mientras palpaba su revolver. Volvió a beber cañazo, aunque la mano le temblaba.

Un relincho rompió la quietud. Los caballos atados se alzaron sobre las patas, agitando las riendas. Los huaqueros se giraron al mismo tiempo. Entre las piedras, algo se movió: una sombra alargada, demasiado rápida.

—Te dije que nos siguen… —el primero tragó saliva.

—Cállate. El otro apuntó con la pistola hacia el vacío.

Un disparo seco estalló en la noche. La bala rebotó contra la piedra y astilló un geoglifo. El caballo blanco relinchó fuerte, se zafó y corrió cuesta abajo, perdiéndose en la oscuridad.

—¡Corre! —gritó el primero, tirando del saco.

Ambos se movieron a trompicones entre las ruinas. El polvo se levantaba, pegándose al sudor, las sombras se alargaban como brazos que querían atraparlos.

Otro disparo, esta vez más cercano. La roca a su lado se abrió como carne partida. El segundo disparó de vuelta, al azar, hacia donde creyó ver un bulto humano. El estampido se mezcló con un silbido corto, agudo, que parecía salir de las piedras mismas.

—¿Eso qué mierda fue? —preguntó el primero, arrastrando el saco con fuerza.

—¡Corre, carajo, corre!

Tropezaron con las raíces resecas de un molle. El saco rodó y se abrió: piezas de cerámica, un trozo de oro sucio, y el cráneo humano rodaron hasta sus pies.

Los dos se miraron en silencio. No había tiempo para recoger nada.

El cometa cruzaba el cielo, dejando una estela brillante que iluminaba por segundos los cerros. Bajo esa luz, se vieron siluetas moviéndose entre los arbustos: hombres o espectros, no estaba claro. Eran muchos. Demasiados.

El primero intentó encender la dinamita, pero una bala atravesó la piedra junto a su mano y la mecha se apagó. Un grito ahogado lo sacudió.

El otro disparó de nuevo, hasta vaciar el arma. Solo ruido. Solo sombras. El eco de cada bala se hundía en la quebrada bajo una luna menguante.

Los caballos relinchaban, desesperados. Uno cayó de lado, como empujado por un golpe invisible. El otro mordía el aire, las patas arañando el suelo.

—¡No son hombres! —gritó el primero, cayendo de rodillas.

Una ráfaga corta, un silbido más largo, y después todo quedó cubierto de polvo. Los huaqueros fueron tragados por el suelo seco de Huancor, junto con su risa, el cañazo y el olor a pólvora.

El cometa siguió su viaje, iluminando las sombras de este y los otros mundos.

Daniel apartó la tierra con la punta del machete.

Algo fibroso apareció un segundo y volvió a hundirse en el polvo.

—No los taparon bien.

Silencio. Solo el viento entre los ichus.

En el regreso, nadie hablaba. Tupac volvió solo, cojeando un poco, con una garrapata nueva en el lomo. Caminó unos metros detrás del grupo. Luego, cuando llegamos al desvío, se adelantó como si supiera el camino.

14

Los líderes se habían reunido en círculo sobre la ladera rocosa. Supaypaq, Tupaqniyuq y Ñawpa Yachaq eran los encargados de decidir la estrategia mientras el resto resistía el asalto. El rugido del enemigo, Ñawpa chankakuna, con estandartes de pieles teñidas de rojo y adornos de plumas que reflejaban su clan— se hacía sentir desde el valle, pero la urgencia del mensaje debía primero ser comprendida.

Una sombra descendió por la ladera: el chasqui llegó cargando el quipu enrollado sobre el hombro. Sus pasos eran medidos de tanto repetirse, y sus ojos reflejaban el cansancio.

Ñawpa Yachaq, Tupaqniyuq y Supaypaq; expectantes, escucharon el hilo. Que los nudos hablen, susurró el chasqui, desatando los cordones de colores.

El quipu habló uniendo los gritos y silencios que las manos expertas del quipucamayoq habían insertado como un osario apretado de cuerdas finas y colores distintos, anudadas para que hablen solo cuando se les pide un hijo de los dioses: los refuerzos no vendrán —parecía decir—, pero recibiré yawar en mi casa.

Traición o destino, no lo decía y no importaba; el peso ahora caía sobre los hombros de los líderes. El círculo se cerró aún más, como si contuvieran la tensión que los rodeaba. Supaypaq rompió el silencio:

—Debemos ofrecerle… —miró hacia Apu Kallpañan con solemnidad— a YawarCusi.

Ñawpa Yachaq y Tupaqniyuq se miraron, acuclillados; después de chacchar, escupieron y asintieron. La elección del sacrificio les había sido impuesta: Yawar Cusi, el joven de mirada serena, que había demostrado valentía y arrojo ante las hordas enemigas. Los Ñawpa chankakuna no querían negociar las tierras nuevas abandonadas por

los hombres antiguos; tampoco respetaban al Apu Antallka, sino que lo querían para guerrear y observar a los enemigos de las otras quebradas.

El viento casi arrancó los cactus —Wachuma sonrió complacido—, despertó a los ichus desplegados por la puna; los cordones del quipu vibraban en las manos de Supaypaq. Los ichus, a su vez, despertaron al Apu. Los tres hombres tocaron la tierra, depositando su energía en un gesto que era oración y pacto, y la Pachamama, abierta y silenciosa, recibió ese peso como vientre que acepta sin palabra.

Yawar Cusi se arrodilló, la sangre latía en su pecho como tambor ancestral; la tierra, expectante, parecía inclinarse hacia él, húmeda y dispuesta. Los líderes recitaron los nombres de los apus: Antallka, Wanku Rumi, Kallpañan, y añadieron a los espíritus de los cerros y ríos, como los antiguos lo hacían, evocando la fuerza de la naturaleza en conflicto: Illapa rasgando el cielo con su luz, Pachamama temblando bajo los pies y el Kuntur surcando el aire en círculos protectores.

Tupaqniyuq tomó una piedra sagrada, la sostuvo sobre Yawar Cusi y recitó palabras que solo los vientos podían repetir. Ñawpa Yachaq vertió chicha ardiente sobre la roca y lanzó un puñado de hojas de coca al viento, mezclando los elementos: tierra, agua y fuego del sol en un solo gesto, como si la Pachamama bebiera lentamente. Supaypaq levantó su canto, un hilo musical que ascendía entre los riscos, uniendo a los hombres con los dioses, con la memoria trenzándolos como un quipu, mientras la tierra, saciada, guardaba el canto en sus profundidades.

Yawar Cusi cerró los ojos. Su entrega era absoluta, pero no había miedo: cada respiración del joven se unía a la tierra, al Apu, al viento y al río.

El chasqui, a distancia, observaba. Su misión se había cumplido.

Ñawpa chankakuna rugía desde el valle, acercándose con violencia, pero allí, sobre la roca, la fuerza del sacrificio concentraba toda la tensión, el miedo y la esperanza en un acto que no pedía solo memoria, sino atención y un giro en el destino de la batalla y de los hombres.

Desde el valle, el enemigo rugía, avanzando con firmeza, atacando con huaracas gigantes las cabezas de los enemigos, clavando sus lanzas con punta de piedra en los corazones de los hombres; pero entonces algo cambió: las flechas desviaron su curso, los pasos tropezaban entre los riscos confundidos por los ichus, como si la tierra misma conspirara con los defensores. Illapa rasgó el cielo con un relámpago que iluminó la escena y cegó a los atacantes; Pachamama tembló bajo sus pies, levantando polvo y piedras que confundieron sus filas.

Supaypaq, Ñawpa Yachaq y Tupaqniyuq lideraron la carga. Los guerreros, inspirados por el sacrificio de Yawar Cusi, se movían con una sincronía casi sobrenatural. Las lanzas se cruzaban, los escudos repelían con fuerza los mazazos que se desmoronaban como si fueran de barro. Los enemigos comenzaron a retroceder, desordenados, superados por la ferocidad y la determinación de quienes defendían su tierra.

El quipu, ahora enrollado de nuevo, parecía brillar con un hilo dorado bajo la luz del sol; se reescribió desatando sus cuerdas y volviéndolas a anudar para contar el futuro que había parido. Era testigo y memoria de la victoria: cada nudo contó la historia del valor, de la devoción, del sacrificio que había cambiado el destino de la batalla.

Al final del día, el valle estaba en silencio, salvo por los pasos dolorosos de los sobrevivientes y el murmullo del viento entre los cactus. Los líderes se reunieron sobre la roca donde Yawar Cusi había ofrecido su fuerza. Sus miradas eran solemnes, cargadas de respeto y gratitud. El

joven guerrero, aunque su cuerpo había cedido, permanecía vivo en cada corazón de los hombres que sobrevivieron.

Mucho después, alguien que no entendía los nudos intentaría copiarlos en signos torcidos sobre papel ajeno, creyendo que así los dominaba.

15

Entonces dejamos de ir al fundo de los abuelos. La quebrada de San Juan se había convertido en un lugar peligroso, el ejército estaba concentrado en combatir a los senderistas en Ayacucho, pero Huancavelica también era una zona roja, y los juicios populares se sucedían sin que pudiera hacerse mucho al respecto.

Cuando explotó el conflicto armado, María Jesús ya se había marchado a Lima, donde vivía con Abeliño, su hijo menor. Justino se quedó, acostumbrado como estaba a la vida del campo y sus avatares. Pronto llegaron noticias: un grupo armado del PCP Sendero Luminoso estaba recorriendo la quebrada y en dos fundos cercanos mataron a los dueños por traicionar la causa popular: a uno le soltaron una roca en la cabeza; al otro lo colgaron de la rama de un árbol junto a la carretera.

Cuando llegaron al fundo Huancho, el abuelo los recibió con una sonrisa y su acostumbrada hospitalidad. Algunos campesinos lo acusaron ante los senderistas de ser tacaño y aprovecharse de su trabajo, pero la mayoría dijeron que era justo con ellos y que se llevaba bien con sus vecinos. Él todavía tenía ánimos para coquetear —un rasgo inherente a su personalidad—. Las líderes senderistas, con sus FAL al hombro, le parecían más femeninas de lo que hubiera imaginado.

Después de reunirse con la población, los hicieron formar y cantar el himno nacional. En eso no se diferenciaban de los militares: hacían lo mismo cada vez que, patrullando, recorrían la quebrada.

Luego de dispersarlos se quedaron con Justino en la casa principal. Cenaron mientras bebían pisco conversando tranquilamente sobre los planes del presidente Gonzalo, a quien consideraban la cuarta espada del comunismo después de Marx, Lenin y Mao.

La quebrada se estiraba entre cerros y sombras, a unos mil seiscientos metros sobre el mar, donde el aire se hacía más frío al caer la tarde y el polvo parecía guardar secretos de otros tiempos. Las casas de barro y piedra, con tejas rojiza y a veces con calaminas, se agrupaban alrededor del antiguo Qhapaq Ñan, que parecía desvanecerse entre los eucaliptos.

Era en una de esas casas, la principal, donde Justino esperaba. El mundo afuera parecía detenido, salvo por la brisa que movía las ramas y un leve murmullo lejano del río. Dentro, la mesa estaba limpia y lista para la visita. Justino abrió la puerta con una sonrisa.

— Adelante nomás. No hay alfombra roja, pero sí buen trago.

Sobre la mesa, cinco vasos pequeños brillaban bajo la luz tenue, junto a una botella de pisco con etiqueta elegante, de esas que se guardan solo para los visitantes de la ciudad. Justino la destapó con cuidado y la sostuvo un momento.

—Pisco guardado como tesoro —comentó—, aunque con suerte no termine enterrado.

—No es cualquiera — añadió. Este lo guardo para los que saben beber y contar buenas historias.

La muchacha de la trenza lo miraba con respeto. El más joven tomó el vaso con cuidado. Sybila acercó el suyo a la nariz y asintió, sin prisa.

—También tengo aguardiente —dijo Justino, sirviendo con precisión—.

Pero ese es para visitas apuradas. Yo los veo con cara de quedarse un rato.

Uno de los hombres rió por lo bajo. Justino levantó el vaso.

—Salud. Por la tierra que no traga y los caminos que no traicionan.

Brindaron sin más palabras. El trago bajó lento, adormeciendo poco a poco los sentidos.

—Pensamos que no nos iba a abrir —dijo el mayor del grupo.

—Y perderme esta charla... —respondió Justino—. Uno aquí se acostumbra a hablar con las ánimas. Pero las ánimas no devuelven las opiniones.

—Dicen que usted no se fue cuando empezó la guerra —comentó Sybila mientras acercaba el vaso para que Justino lo llenara.

—¿Irme adónde? En Lima ya no tengo ni sombra. Y aquí, al menos los caminos me conocen de memoria.

—Usted ha viajado —comentó la muchacha de la trenza.

—Sí. Pero uno siempre vuelve a donde lo espera el polvo.

Sybila bebía sin apuro, mientras Justino continuaba con su ritmo pausado.

—Vi París con hambre y Buenos Aires con sueño. Lo demás es polvo. El mundo no siempre es mejor que la quebrada.

—¿Y aprendió algo?

—A beber lo justo. A desconfiar de las banderas. A no contar las mismas historias si nadie las pidió.

—¿Y la cuarta espada? —preguntó el joven—. ¿Cree que existe?

Justino sirvió otra ronda y se tomó su tiempo.

—Yo creo en lo que viene con paso firme. Si baja con pan, la invito. Si baja con fuego, me hago humo.

Rieron, más tranquilos. Ella lo miraba como quien ya sabía la respuesta, pero quería oírla igual.

—Sabe hablar, don Justino. ¡Salud!

—Saber beber es más útil ¡Salud! Pero gracias.

Cuando la charla quedó en pausa, el viento bajó su voz. Afuera, los apus vigilantes, guardianes silenciosos de la quebrada, escuchaban con atención toda la escena. Pero algo en el aire parecía distinto, como si la tierra aún guardara la memoria de pasos que nunca se borran.

Hablar de Sendero Luminoso era difícil. En la quebrada se los veía bajar como sombras y adoctrinarlos con palabras duras y dinamita. No eran santos ni demonios. Eran jóvenes decididos, liderados por una mujer casi siempre, como Sybila o la camarada Nora, quien perdió la vida cerca de Huayunquía en una emboscada. El Estado los llamaba terroristas. Ellos se llamaban camaradas. La gente, por prudencia, evitaba darles nombre. Y, sin embargo, seguían viniendo.

Más tarde, ya fuera de la casa, la noche limpia mostró un cielo oscuro, salpicado de estrellas. El cerro tutelar parecía más cerca que nunca.

Justino salió con el vaso medio lleno y el poncho de oveja echado sobre los hombros. Buscaba el aire, no las respuestas. Encontró a Sybila sola, sentada en una gran piedra cerca del puente.

Se acercó y le ofreció el trago.

—¿Pisco o aguardiente?

Ella negó con la cabeza.

—Solo agua.

—El agua lava. Pero el pisco te acuerpa, aunque sea un rato.

Se sentó a su lado. El silencio fue un pacto cómodo e implícito.

—¿Cómo se llama ese cerro? —preguntó ella.

—Tenía nombre. Pero ya nadie lo dice.

—En los mapas aparece.

—Los mapas no preguntan. Nombran nomás.

Ella se recogió el cabello sin mirarlo.

—¿Tú también crees en esa espada?

—No creo en espadas. Pero sí en lo que la gente necesita ver.

—¿Y tú qué ves?

—Una historia que no se ha cerrado.

—¿Y vienes a cerrarla?

La camarada lo miró con paciencia. No dijo nada, pero después de acabar el vaso agregó.

—A no repetirla.

Justino bebió un poco más y guardó silencio.

—Yo también busqué algo. Pero me distraje. La vida a veces te sirve trago y te hace olvidar.

Sybila lo miró, por fin.

—Pero no te fuiste.

—Porque alguien tiene que quedarse a recordar lo que nadie escribió.

Ella se levantó sin apuro.

—Gracias por el pisco. Mañana seguimos.

—¿Volverás?

—Nunca se sabe.

—Entonces me tomo el último a tu nombre.

La camarada no respondió. Entró en la casa sin mirar atrás. Justino se quedó con el vaso en la mano, y la lengua con ese sabor entre fruta y ceniza.

Al día siguiente, muy de mañana, se marcharon arriando los animales y las reservas de la cosecha. Le dijeron a Justino que se fuera: no podía quedarse porque iban a dinamitar el puente y parte de la casa.

—¿Es necesario? —preguntó Justino. Sí, lo era; tenían que cortar las vías de comunicación porque en unas horas llegaría el ejército. La guerra era así, y mejor que ni lo encontraran los militares: podían acusarlo de colaborador.

El abuelo les obsequió a Sybila una flor del rosedal a cambio de la casa perdida, empacó algunas pocas cosas en las alforjas y se fue rumbo a la costa montado en su caballo. A lo lejos, el retumbar de la dinamita destruía la casa de la infancia en la quebrada San Juan.

16

La mina se marchó ante las primeras apariciones de Sendero Luminoso. Se había instalado en la quebrada San Juan en la década de 1970 y concitado el entusiasmo de los pobladores, que veían en ella la oportunidad de encontrar trabajo. En la región, la agricultura y la ganadería eran apenas actividades de subsistencia.

Cuando llegó el primer pago, no hubo preguntas. Algunos bajaron al pueblo ese mismo día; otros esperaron al domingo. Se bebió más de lo habitual, se cantó hasta tarde. Hubo quienes gastaron el dinero en una sola noche y quienes volvieron con una vaca flaca amarrada con soga nueva. Nadie pensó en ahorrar, el dinero estaba para usarse. Al día siguiente, varios regresaron al tajo con la cabeza pesada y el cuerpo duro, pero con la certeza de que esa vez el trabajo rendía algo más que cansancio.

Lo primero que hicieron fue ampliar la carretera ribereña que conectaba la quebrada con la costa. Los grandes camiones cargados de minerales no podían pasar por la antigua trocha, que había formado parte alguna vez del Qhapac Ñan o Camino Inca. Además de instalar las residencias prefabricadas, pusieron un colegio y una posta médica. Los jóvenes de los pueblos anexos fueron reclutados para trabajar en el yacimiento. No se necesitaba preparación para las labores físicas, a las que estaban acostumbrados desde pequeños en las cotidianas labores del campo. Les hicieron firmar un contrato que casi nadie leyó. Aunque algunos habían estudiado los primeros años escolares, la mayoría solo quería saber cuánto les iban a pagar.

Así empezó la extracción de minerales que luego eran transportados en inmensos camiones que avanzaban por los serpenteantes caminos altoandinos, dejando una nube espesa que se posaba sobre los

cultivos y los corrales. Al poco tiempo, el agua del río empezó a bajar turbia algunos días; no siempre, no en todos los tramos, pero lo suficiente como para que algunos animales dudaran antes de beber y la gente comentara el cambio sin insistir demasiado.

Cuando la mina se fue, el colegio quedó con las carpetas alineadas y el pizarrón limpio, pero sin maestro. La posta siguió abriendo un tiempo, hasta que se acabaron las medicinas y ya no volvió nadie a reponerlas. Las casas prefabricadas se cerraron una por una; algunas tablas fueron desmontadas y reaparecieron más arriba, convertidas en corrales improvisados o en techos mal encajados.

No todos quedaron igual. Hubo quienes volvieron al campo sin saber bien cómo retomar el ritmo de antes y quienes se quedaron sin trabajo, esperando que algo más llegara por la misma carretera. El dinero se había ido rápido; el cansancio, no. En las reuniones se hablaba poco y se miraba mucho. Nadie sabía bien qué hacer con ese tiempo que había quedado suelto.

Desde lo alto, la franja clara de la carretera parecía una cicatriz junto al río. El polvo siguió levantándose con cada vehículo que pasaba, aunque ya no fueran tractores. Durante varias semanas, algunos hombres siguieron bajando hasta el camino al caer la tarde. Se sentaban sobre las piedras, chacchaban en silencio y miraban hacia la costa. Después regresaban sin decir palabra.

17

Aquella tarde, mientras la abuela María Jesús reposaba en su cuarto y los hombres conversaban afuera, Belén preparaba el japchi con paciencia, enseñándole a Yuly.

—Primero —decía—, el batán bien limpio, igual el muñay, presiona contra la base el huacatay, lentamente, como adormeciéndolo... Después le echas el queso desmenuzado, el ají... Yuly asentía, aunque estaba más entretenida mirando por la ventana. Q'inti Sumaq ñawiykiwan rikhuy...

En la mesa baja del comedor, Yolanda desplegaba con cuidado un sobre arrugado y algo amarillento. Lo había traído el quesero desde Alto Larán, junto con los periódicos. Dijo que venía de Canadá.

—Es de Miguel. Ha vuelto a escribir —dijo sin levantar la voz.

—¿Otra vez en francés? —preguntó Ana, apagando la radio de la sala.

—Solo escribe en francés cuando está borracho —dijo Yolanda, con media sonrisa.

—Aprendió inglés por correspondencia, ¿se acuerdan? Con ese cupón de *Selecciones* —comentó Raúl.

—Porque está allá, pues, en Quebec. Se le ha pegado todo lo de allá —agregó Daniel.

—Es para mamá —dijo Yolanda, esperando acaso una respuesta.

Raúl tomó la carta. La levanto para ver mejor la letra, y cómo bromeando dijo:

Espérenme en Navidad, llego con la familia.

Québec, 18 noviembre 1995

Querida mamá:

El otoño ha llegado con fuerza, las calles están inundadas de hojas, la nieve se insinúa, el frío es un poco más intenso que en Arma. Aquí la nieve cae despacio, como si no tuviera prisa. Todo parece ordenado, incluso el silencio. La gente habla bajo y mantiene distancia. Uno termina acostumbrándose. A veces dejamos la calefacción y encendemos la chimenea; el fuego arde como si estuviera alimentándose del huarangal donde íbamos de chicos a cortar leña. ¿Cómo están mis hermanos, mis hermanas, papá Justino? Les he escrito una carta a cada uno, así practico el idioma antes de que termine por olvidarme del quechua y el castellano.

Estos días la gente anda inquieta, hablan de lo mismo en la TV y en la calle, y nadie se pone de acuerdo. Todo sigue revuelto por la votación. Todo está alborotado. Algunos dicen independencia, otros dicen separación. Hay cansancio, una fatiga de la gente.

Yo sigo aquí. Trabajo, camino, observo. Vivir en otro idioma es aprender a escuchar más de lo que se dice.

Justin y Francis están bien. Crecen rápido. No hablan mucho español, pero me entienden cuando les cuento cosas del Perú. Les hablo de la quebrada, de la poza bajo el puente donde aprendíamos a nadar, de los toros bravos y del pasto verde de espigas azules. Me miran con atención, como si esas historias todavía tuvieran un lugar.

Te recuerdo siempre. Espero que estés bien.

Avec calme et sincérité,

Miguel

Nadie habló por un rato. Solo se escuchaba la voz de la radio anunciando las noticias. Frank hojeaba una revista de ajedrez en la esquina. Recordaba que su tío había partido de Huancho muy joven; se quedó pensando en ese país que no recordaba bien dónde quedaba.

—¿Miguel tenía dos hijos? —preguntó Belén entrando desde la cocina con un plato de papas sancochadas.

—Sí, Justin y Francis— respondió Ana.

—Debe extrañar —dijo Belén.

—Sí —dijo Yolanda. Pero a su modo.

Belén volvió con el japchi:

—Vengan a comer antes que se mosquee. La nostalgia no alimenta.

Todos se levantaron con lentitud. Afuera, el sol descendía sobre los cerros. Y en algún rincón de la quebrada, entre las piedras, el agua seguía murmurando, en idiomas que algunos quizás sabrían entender.

Fragmento de una carta no enviada, encontrada por Frank años después Montreal, 30 de octubre de 1995.

La noche del plebiscito tembló todo. Las cámaras, los banqueros, el país. En Huancho no se votaba, solo algunos viajaban a Chincha en caravanas de mulas y caballos, pagados por inmigrantes italianos; recuerdo a Jorge recorriendo Castrovirreyna en campaña por algún partido, no sé cuál o cuáles, después lo felicité cuando fue gobernador de Arma por Acción popular. Yo me fui antes de poder entender bien cómo funcionaban esas cosas. Me fui por el color de mi piel, por las miradas, por el rumor que decía que no era hijo de Justino sino de un camionero de paso.

Y ahora, aquí, en Quebec, el país casi se rompe. La mitad quiso irse. Yo voté por quedarme en un país que tampoco era mío. Lo hice por mis hijos, pero también porque no quería ver otra tierra partida frente a mí. Bastaba con la primera. Esa noche, escuché a un joven llorando por televisión. Sostenía un cartel que decía: "Je me souviens de ne rien comprendre"*. Recuerdo no haber entendido nada*. ¿Quién podría entender cuando me sacaron del salón en Quilca por tener los zapatos rotos? O cuando el cura me negó la comunión por no saber el padrenuestro en castellano puro. Ni cuando Justino me abrazó, una madrugada sin decir palabra.

En la pantalla, otra vez la espera. La gente reunida, como si algo fuera a empezar o a terminar. Los chicos duermen. Mañana hay escuela. La televisión sigue encendida y nadie parece saber qué hacer con las banderas.

18

La televisión, con ese tono metálico que pretende ser imparcial pero que a Miguel siempre le ha parecido tan carente de alma como un reloj que solo se obstina en marcar los segundos, anunciaba los resultados con una frialdad que parecía destinada a herir más que a aclarar:

«Résultats finaux: Le Non, cinquante virgule six pour cent… Le Oui, quaranteneuf virgule quatre…»

Y como si esas cifras mínimas —tan endebles que podían haberse desvanecido con un simple temblor de aire— hubieran sido una descarga eléctrica sobre la ciudad, afuera estalló un rugido colectivo, un estrépito de bocinas y de voces que, lejos de confundirse, parecían interrumpirse unas a otras, como si dos coros enemigos hubiesen decidido ocupar el mismo escenario: ¡de un lado «Canada! Canada!» y del otro «Vive le Québec!», y en medio el barrio residencial donde Miguel vivía con sus hijos, que de pronto se convirtió en un anfiteatro improvisado, un espacio donde el drama nacional bajaba hasta los balcones y se colaba por las rendijas de las ventanas.

Mientras tanto, Bernard Derome, en *Le Téléjournal* de Radio-Canada, comentaba en *off* con su voz grave: «Le résultat est serré… il resté quelques circonscriptions urbaines à compter… la tension est palpable parmi les électeurs».En otro canal, otro comentarista señalaba que Lucien Bouchard se disponía a dar declaraciones, y que Jean Chrétien aguardaba para pronunciar un discurso nacional. En un breve segmento, incluso se recordó que, semanas antes las comunidades esquimales, cree e inuit, pueblos originarios del norte canadiense, habían organizado sus propios referéndums internos, rechazando sumarse a un Quebec independiente y advirtiendo que sus tratados eran con la Corona canadiense. Esa nota, fugaz en medio de la marea

de cifras, atravesó a Miguel con la fuerza de un eco remoto: si ellos reclamaban el mismo derecho a decidir, entonces nadie podía pretender que la historia tuviera un único dueño.

Justin, que no toleraba la idea de una victoria tan precaria, dejó caer el tenedor con un gesto abrupto, el golpe metálico resonando como un eco más de esa discordia general:

—So that’s it? Just half a percent and everything stays the same? That’s not victory, dad. That’s fear.

Y Francis, con esa manera contenida que a Miguel le recordaba a la resignación melancólica de algunos monjes que aprendió a imaginar en sus lecturas juveniles, respondió golpeando apenas la mesa con los dedos:

—No, it’s relief. At least for now we don’t have to pack and move to Toronto or wherever.

Miguel, que había dejado que el último sorbo de Bordeaux se deslizara con lentitud en su boca como si quisiera que el vino, más que apagar, encendiera el recuerdo de otras cenas, otras derrotas, otras esperas, se levantó sin apuro, abrió la puerta del balcón y recibió de golpe la bofetada helada del aire nocturno, cargado de humo de cigarrillos y de una multitud de gritos que se entrechocaban con la misma violencia con que se mezclaban las banderas rojas, azules, blancas, en los ventanales iluminados de los vecinos que parecían haber olvidado su intimidad para unirse a la gran respiración de la ciudad.

Justin, impetuoso, lo siguió hasta la baranda como quien quiere desafiarlo en el mismo terreno donde el padre se cree fuerte:

—Mom would’ve voted Yes. You know that, right?

Francis, en cambio, bajó la mirada, y en ese gesto Miguel creyó ver el peso de la ausencia, ese hueco que ni la televisión ni el ruido de la calle podían llenar:

—She left, and we don’t even know why. Maybe she just couldn’t stand being here. Maybe she couldn’t stand us.

Entonces Miguel apretó la baranda de hierro como si con ese gesto quisiera sostener no solo su propio cuerpo sino la fragilidad del recuerdo que lo atravesaba: ella, con su acento de Lyon, tan claro y musical, que se quejaba siempre de que Montreal era demasiado fría, demasiado dura, y que un día — como si la puerta de la casa fuese una frontera definitiva— decidió marcharse sin explicaciones, dejando apenas una estela de reproches dispersos, como quien abandona un libro a medio leer sin importarle que alguien más lo tome después; ¿fui yo, se pregunta Miguel en silencio, o fue esa disputa interminable lo que nos desgastó hasta lo irreparable? Nunca lo supe, y lo único que permanece son dos hijos que todavía, sin palabras, me interrogan con los ojos lo que yo no puedo responder.

Francis, que parecía hablar desde un rincón más hondo de sí mismo, casi suplicó:

—Papa, we don’t want to move again. We just want to belong somewhere.

Miguel los mira a los dos, con ternura fatigada, y responde en un francés medido, grave, como si cada sílaba llevara dentro la historia de su propio exilio:

—Je le sais, mes enfants. Moi aussi. Et c’est pour cela que je vous dis: malgré tout, malgré la minceur du fil, nous tenons encore un pays. Pas parfait, mais toujours entier

.

Justin rió entonces, una risa amarga, que a Miguel le pareció la confirmación de que el hijo ya no era un niño sino un hombre que probaba el filo de su propia ironía:

—A country that doesn't even know if we belong to it.

Y mientras le pasaba la mano por el hombro, con un gesto que quería ser bálsamo pero que en realidad era más un intento de encubrir el desgarro, Miguel oyó cómo afuera, desde los balcones, unos cantaban con inesperada violencia «Ô Canada» y otros respondían con «Gens du pays», de modo que Montreal entera se transformaba en una sinfonía desordenada, mitad fiesta, mitad reproche.

Entonces pensó en Justino, en la quebrada, en esa piel un poco más oscura, en los ojos azules del hombre que quizá nunca creyó del todo que era su hijo, y en esa sospecha que había empujado a Miguel a huir de Huancho a los veinte años. Canadá, con todas sus dudas, le había dado papeles, familia, un idioma que aún le costaba dominar, y esa noche le devolvía la frágil certeza de no tener que mudarse de nuevo.

Alzó la copa vacía hacia el cielo helado como quien se aferra a un ritual secreto, y en ese gesto, aunque los hijos no lo comprendieran, reclamó un territorio que no estaba ni en el mapa de Quebec ni en el de Canadá, sino en ese lugar invisible donde lo vivido y lo recordado se encuentran y se reconocen.

Alzó la copa vacía hacia la noche. Desde algún balcón volvieron a cantar «Ô Canada». Del otro lado de la calle respondieron con «Gens du pays». Miguel permaneció un momento escuchando. Luego volvió a entrar y cerró la puerta.

Y mientras Montreal vibraba entre dos himnos, Miguel pensó en Justino, en Huancho y en la extraña persistencia de ciertas heridas. Había salido de una tierra donde nunca estuvo seguro de pertenecer y ahora permanecía en otra que tampoco terminaba de reconocerlo.

Alzó la copa vacía hacia la noche. Detrás de él estaban sus hijos. Afuera, la ciudad seguía gritando.

19

Los módulos prefabricados se alzaban como piezas ajenas sobre una tierra que antes era un pastizal, donde comían las cabras en la época de estío. El cerco perimétrico de púas, los cables tersos cortando el cielo, el mástil sin bandera: todo parecía provisional y, sin embargo, llevaba ya, años ahí. Más allá, detrás del cerro abierto, el polvo oscuro de los relaves subía en espiral, como si algo en el subsuelo intentara decir algo.

Un helicóptero cruzaba el cielo con lentitud. El zumbido de sus aspas agitaba el aire seco y espantaba a las pocas aves que todavía rondaban el campamento. Ellos, en cambio, venían desde Huancho por tierra. Elsa, Feliciano y Justino habían salido al amanecer en la camioneta del tío Jorge, atravesaban el nuevo camino que había partido los cerros como una cicatriz casi en silencio. En una curva cerrada, Justino había señalado un promontorio de piedras cubiertas de ichu, con lo que alguna vez fue un muro de descanso, parte del antiguo camino Inca. Ahora todo eso quedaba a un costado del desvío, erosionado y ajeno.

Desde el otro lado de la carretera llegó una 4 x 4 a toda velocidad. El chofer bajó primero, abrió la puerta al ingeniero quien no estaba acostumbrado a este tipo de tratos, ya que era un tipo práctico y vital. Caminó por la vereda de cemento hacia las oficinas prefabricadas. Elsa y los demás lo esperaban bajo la sombra de un ciprés, después de saludar escuetamente lo siguió, con los ojos al frente. Justino venía unos pasos detrás, con el sombrero en la mano. Caminaba con el ritmo de siempre, sin prisa, escuchando con el cuerpo si la tierra aún respiraba bajo tanto concreto.

Adentro, el aire parecía suspendido. No traía olor ni memoria. Una secretaria los recibió con un gesto mínimo. En la pared, un reloj de péndulo marcaba una hora indeterminada. Un joven de camisa clara los condujo por un pasadizo breve hasta una sala sin ventanas.

—Esperen —dijo—. El ingeniero regresa enseguida.

Los sentaron en sillas de plástico, alineadas con una geometría que no admitía desvíos. No se les ofreció nada de tomar ni nadie preguntó nada.

Pasaron veinte minutos, quizá más. Elsa observaba el cerro mutilado a través de una rendija en la puerta. Y como quien se habla a sí misma, murmuró:

—*Se me había olvidado que todo lo que uno tiene que hacer para morir es estar vivo*.

El joven administrativo alzó la vista. La frase quedó suspendida en su expresión confundida, sin saber si era una queja, una advertencia o una imprecación.

En ese momento se abrió la puerta.

El ingeniero entró sin apuro. Era joven aún, con el rostro cuidadosamente afeitado y la camisa impecablemente blanca. Traía en las manos un portafolios lleno de papeles con olor a tinta, como si acabaran de imprimirlas. Caminó hasta la cabecera de la mesa y comenzó a hablar sin mirar a nadie en particular.

Buenas tardes señores, disculpen la demora. Luego se dirigió a Justino,

—Hemos tramitado el expediente del reclamo. Todo continúa en proceso. Es cuestión de esperar, lamento que hayan venido en vano.

No mencionó el acta ni ofreció fechas cómo habían acordado anteriormente.

—Pero ya se ha dispuesto la creación de una mesa técnica de trabajo ambiental.

—¿Y cuándo se reúne esa mesa? —preguntó Elsa.

El ingeniero hojeó uno de los documentos, lo revisó sin pasar la página.

—Aún no se ha definido la fecha. Pero está en agenda.

—O sea, no existe —respondió ella, sin cambiar el tono.

El ingeniero se acomodó los lentes y repitió casi de memoria:

—El subgrupo de trabajo es quien recibe la preocupación de los comuneros con relación a las normas que se han dictado, y sobre las que han presentado algunas objeciones, interpretaciones y el carácter de lo que ellos consideran que puede ser jurídicamente no válido. Por ello, este subgrupo examinará legal y técnicamente las propuestas de los gremios, y esperemos que la respuesta sea a la mayor brevedad.

—Los compañeros comuneros dicen que están cubriendo los desechos con cal.

— interrumpió Feliciano—. El agua ya no es la misma. Huele distinto. Hay espuma oscura hasta en los puquios. Y los niños tienen erupciones en todo el cuerpo. Para eso no se necesita diagnósticos, solo sentido común.

—Eso será derivado al área correspondiente —dijo el ingeniero—. Nosotros somos el equipo de diálogo.

—¿Y con quiénes han dialogado últimamente?

—Estamos en permanente contacto con el viceministro y los funcionarios del sector.

—Si no tienen decisiones, ni fechas, ni responsables —continuó Elsa—, entonces esto no es una mesa técnica. Es un trámite. Y mal hecho.

Justino observó al muchacho frente a él. Algo en su actitud, en el modo de estar ahí sin asentarse del todo, le removió una memoria remota. La forma de sostener los papeles. El silencio contenido. No era una imagen clara, sino una sensación, una grieta en el tiempo. Lo miró un segundo más, y el recuerdo brotó sin avisar: una lluvia que no cesaba. El huayco bajando con furia. Una casa derrumbada. Una mujer cubierta de barro. Un niño envuelto en miedo. Su caballo alazán. Su poncho empapado. Justino levantando a ambos con los brazos firmes. El camino de Castrovirreyna hacia Villa de Arma convertido en barro y espanto.

También el ingeniero lo recordaba, su madre se lo había contado decenas de veces, hizo una promesa a la virgen por salvarlos del alud, por enviar al caballero de ojos azules y sombrero ancho en plena oscuridad. Fue un parpadeo apenas, un sobresalto breve, pero bastó. Bajó la vista. No dijo nada.

—No es nuestra competencia directa —dijo con voz más baja que antes. Espero que podamos vernos pronto.

Luego caminó hacia la puerta y la sostuvo abierta.

Elsa se levantó. Feliciano salió sin despedirse. Justino demoró un segundo más. Se colocó el sombrero, lo ajustó con cuidado y caminó hasta el umbral. Antes de cruzar, se detuvo un instante. Observó al joven como si el recuerdo persistiera entre ambos, pero no dijo nada.

El ingeniero esperó que la puerta se cerrara. Luego volvió a su escritorio, escribió una línea breve sobre una hoja en blanco y la tachó. Guardó los papeles en una carpeta sin nombre.

Afuera, el polvo seguía subiendo por la ladera, como si aún buscara una forma o una respuesta.

Ya de regreso, en la camioneta, con los cerros deslizándose hacia atrás como un rebaño inmenso. Justino no pensaba en lo que acababan de oír, sino en algo más antiguo, más hondo. Cerró los ojos, no para dormir, sino para ver mejor. Porque a veces basta el temblor de las calaminas, el olor seco del polvo en los bordes de la ventana, para que la memoria despierte como si hubiese estado aguardando su turno. Y entonces volvió a estar allí, en Villa de Arma, bajando por el sendero de piedra, después de un viaje largo desde Castrovirreyna. Había ido a vender unas reces y traía otras compradas, o tal vez era al revés. La memoria no siempre acomoda bien sus papeles. Sí recordaba, en cambio, que en una curva del camino dos asaltantes le salieron al paso. Uno tenía una escopeta vieja en ristre, el otro masculló "kayta churay" con un cigarro en la boca, luego señaló la alforja.

Justino no respondió. Se quedó en el caballo, sin moverse. Solo los miró, con la certeza de quien ha conocido hombres peores en días más largos. También sabían que no solo él, sino las reses que llevaba, eran botín. El de la escopeta se adelantó un paso, con la intención clara de tomar el ganado.

Pero antes de hablar, Justino lo interrumpió:

—No les va a alcanzar —dijo—. Ahí solo hay quesillo y coca. Y estas reces no van lejos, aguardan por ellas. Si esperan en la bajada, en media hora pasa un camión cargado. Va para Huaytará. Tiene sal, aceite, incluso un radio nuevo. Y no está custodiado.

Lo dijo sin alzar la voz, como quien ofrece un trato con el destino.

Los hombres se miraron. El más joven dudó. El mayor no bajó la escopeta.

—¿Y tú por qué sabes todo eso?

—Porque he ido y he vuelto por este camino más veces que ustedes. Porque al que maneja ese camión le vendí el caballo que ahora monta. Y porque, si quisieran matarme, ya lo habrían hecho. Si miento —

añadió—, pregunten por la casa de Justino. Todos en Villa de Arma les dirán dónde encontrarme.

Los asaltantes se mantuvieron en silencio. El de la escopeta miró de nuevo el morral, luego al ganado, luego a Justino. Finalmente bajó el arma. Sabían que podía ser cierto. Sabían también que alguien como él no iba solo por esos caminos sin haber visto lo peor.

—Si nos mientes…

—Entonces búsquenme después —respondió, y les sostuvo la mirada.

No lo detuvieron. Se quedaron aguardando junto al árbol más grande, vigilando el horizonte.

Justino esperó un momento antes de seguir. Cuando se alejó lo suficiente, sacó sus binoculares y observó a los hombres esperando.

Trae al k'illi —ordenó Justino, sacando una pluma, hay que avisar a la policía, estos señores van a terminar en la cárcel. Escribió una nota al cabo y la envío con el ave, adiestrada en el arte de la cetrería, el halcón andino servía de paloma mensajera pero más rápido y eficaz. Había que avisar a la guardia civil y él sabía cómo hacerlo.

Fue poco después, ya en el descenso hacia Villa de Arma, que la vio. Estaba junto a la acequia, lavando ropa. Tenía la trenza larga, recogida hacia adelante, y no cantaba ni hablaba. Solo lavaba, como si cada prenda guardara un secreto que debía ser limpiado con cuidado. Ella era tan joven que aún parecía un reflejo del agua Y él, que venía del polvo y del trato, se detuvo. No dijo nada. Ella tampoco. Levantó apenas la mirada, lo justo para que entre ambos quedara tendido un hilo que no se rompe ni con los años ni con la muerte.

No era un amor repentino, de esos que hacen perder la razón. Era una certeza muda, antigua, como si se hubieran reconocido de antes, de mucho antes. Más tarde sabría su nombre: María Jesús Mendoza, la menor de las hijas de los Mendoza del barrio alto, nacida con estrella,

como decía su abuela. Y él no lo sabría aún, pero ese día estaba comenzando el resto de su vida.

Después vendrían los años en Huancho, los hijos, las noches largas, los desencuentros, los rezos, las partidas. Pero esa imagen no se borró jamás.

Y ahora, en este camino de regreso, entre las heridas abiertas por la mina y los silencios que ya no dicen nada, Justino volvía a verla. Lavando en el agua clara, con la trenza sobre el hombro, como si aún lo esperara.

20

Frank tenía nueve —o quizá ya diez— cuando volvió a la quebrada San Juan con mamá, papá y Enrique. El viaje desde Chincha siempre le producía una sensación rara, como si el cuerpo llegara antes que el pensamiento, pero cuando este lo alcanzaba, también le traía el cansancio. El viaje se sentía más largo de lo que decía el reloj.

La costa quedaba atrás sin despedirse, y la tierra empezaba a levantarse poco a poco, seca al inicio, luego más honda, más callada.

El primer amanecer en la quebrada, Frank se despertó temprano, como siempre.

Salió sin hacer ruido, con el frío todavía pegado a los huesos.

—Ponte tu casaca —dijo su madre, medio dormida.

Bajó por el sendero que conocía de memoria, tocando las piedras, siguiendo el curso invisible del agua. El campo estaba quieto. Shaykuy, el perro de Belén, quiso seguirlo, pero como si hubiera recordado algo importante, dio media vuelta y desapareció.

Frank continuó hasta un punto donde el camino se estrechaba y se abría luego en una hondonada. No recordaba haber bajado tanto otras veces. Se quedó allí un momento, mirando. Había algo en el aire que no pertenecía a la mañana: un olor antiguo, mineral. Frank pensó que quizá estaba confundiendo lugares.

Avanzó un poco y se detuvo. No vio nada que pudiera reconocer. Solo tuvo la sensación de estar mirando algo que no debía mirarse, como cuando uno abre una puerta equivocada. El cuerpo le avisó antes que la cabeza. Dio media vuelta y regresó sin correr, arrastrando una rama de huarango.

Cuando volvió a la casa, el sol ya estaba alto. Desayunó sin hambre.

No quería leche, pero su padre lo obligó a tomarla. Es leche pura, recién ordeñada, intervino el abuelo que fingía leer el periódico. Quique le sostuvo el vaso hasta que terminó. Cuando Frank quiso apartarse, le acomodó la espalda con la mano y lo dejó sentado derecho frente a la mesa. Yolanda observaba sin decir nada. Enrique habló, Sylvia preguntó, Yuly pasó por el patio saltando la soga: kimsa, tawa, pichqa, suqta, qanchis... Frank estaba allí, pero no del todo.

En la tarde no salió al campo. Se quedó cerca de la casa, sentado, mirando el río desde una piedra cercana al puente.

—Está asustado —dijo Yolanda mientras ayudaba con la cena, más para convencerse que para explicar—. Algo habrá soñado.

La abuela Jesús desde la sombra de la cocina bajo el volumen de la radio. ¡Fuera Shaykuy! Este perro...

—No es sueño —dijo—. Es susto.

La palabra se quedó flotando. Nadie la contradijo.

Por la noche no mejoró. Al contrario: se volvió más callado, como si cuidara algo dentro del pecho. Al anochecer, la abuela fue clara.

—Hay que llevarlo donde Eleuterio.

—Antes que se le quede —intervino Belén, arrojándole un hueso al perro.

Al poco rato, Yolanda y Frank estaban donde Eleuterio. La casa de adobe y tejas color vino tenía un pequeño vestíbulo bastante llamativo. Yolanda ingresó con Frank y se sentó en un poyo antiguo cerca de la entrada. No te voy a hacer nada —le dijo a Frank. Solo vamos a llamar lo que se ha ido.

Eleuterio le indicó que se recostara. No era una camilla propiamente sino una estructura baja, de madera y adobe, apoyada contra la pared. Frank se acostó sin protestar. El techo quedaba cerca, por una aventura entre las calaminas se veía la luna brillar.

Eleuterio se colocó a la altura de la cabeza de Frank, cerró los ojos un momento y empezó a hablar en quechua. No era un rezo como los de la iglesia: repetía, enumeraba, llamaba.

Abrió los ojos y dijo en castellano, como aclarando algo que no era solo para Frank:

—No está perdido. Está enredado.

Volvió al quechua. Sacó entonces un puñado de hojas de coca y las sostuvo sobre el pecho de Frank. Dijo unas palabras más y las lanzó al suelo. Las hojas cayeron cruzadas, apretadas, formando algo torcido.

Eleuterio se inclinó a mirarlas. Dijo algo en quechua, esta vez con más firmeza.

Luego tradujo, despacio, para que Yolanda escuchara:

Se había quedado dentro, abajo en el Ukupacha. No sabía volver solo.

Frank cerró los ojos sin proponérselo. El rezo continuó. Ya no distinguía bien cuándo el curandero hablaba en quechua y cuándo en castellano. El ritmo seguía.

Entonces la visión. No fue una imagen clara: tierra abriéndose y cerrándose, cuerdas anudadas unas con otras, un murmullo antiguo sin palabras. La sensación de estar muy abajo y de que algo tiraba de él hacia arriba sin tocarlo.

Eleuterio tomó hojas de coca. Las ordenó en su mano abierta. Habló más largo.

Luego dijo, en castellano:

—Ya está. Se había quedado y ha salido.

Frank no supo qué significaba. Solo sintió vergüenza, como si hubiera fallado en algo sin saber cuándo.

—Ya está —dijo Eleuterio—. Se va a cansar.

Y era cierto. Frank sintió peso, sueño; como si algo hubiera vuelto a acomodarse sin hacer ruido.

Cuando salieron, la noche estaba clara. Frank caminaba más lento.

20

El río venía molesto, con piedras en la voz.

Elsa cruzó el patio e ingresó al corral sin avisar. La blusa blanca aún llevaba la marca del respaldo de una silla; el sol de la tarde apenas rozaba su rostro. Caminó sin apuro. Valentín estaba inclinado junto a la vaca, manos ocupadas, sombrero echado hacia atrás.

Se detuvo un momento antes de hablar.

—¿Siempre ordeñas a esta hora?

No volteó. Espantó con un brazo las moscas que zumbaban cerca del balde.

—Cuando no llueve.

El balde metálico ya iba por la mitad. El animal ni se inmutaba. El hombre, menos.

—¿Qué dijo el ingeniero?

—Nada que no supiéramos.

Alzó la vista. La miró como si no la hubiera visto en años, aunque sabía bien quién era. Desde siempre.

—¿Y tú qué piensas?

Tardó en responder. La voz salió baja, casi como si no fuera para ella.

—Que ustedes siempre se van… y a nosotros nos toca quedarnos.

No hubo réplica. Dio un paso más cerca. No tenía frío, pero cruzó los brazos.

—Nací en esta tierra —dijo, sin tono de defensa.

Se limpió las manos en la manga, con lentitud. Se incorporó. En el rostro no había juicio ni reproche.

—Y también te fuiste.

—Y volví. Aunque a veces no sé para qué.

Se oía el chasquido húmedo del chorro cayendo sobre la leche tibia.

Ese sonido, rítmico y vivo, parecía llenar el corral con una respiración distinta.

Se inclinó como buscando algo en el suelo. Solo pasó cerca. Detuvo el paso apenas un segundo. Ningún movimiento. Bajó la mirada. Una brisa cruzó entre ellos.

Poco después, el balde quedó junto al corral. Ninguna palabra. Ningún gesto claro. Solo el espacio entre los dos, que de pronto ardía sin aviso.

Se acercó despacio, como quien reconoce un sendero Tocó el brazo, luego el hombro. La piel no tembló ni retrocedió. La mirada fue directa. No había deseo antiguo ni nuevo. Solo el momento.

La mano de ella recorrió su pecho, desabotonó el primer botón. Olía a establo, a madera, a sombra de animal. Apoyó la frente en su cuello, sin buscar la boca.

El abrazo por la cintura fue firme. La levantó sin esfuerzo, como quien carga un cántaro. No cerró los ojos. Apoyó la espalda en la pared del corral, sintiendo el musgo tibio, la blusa suelta, la boca en el pecho.

Fue lento, sin torpeza. Sin urgencia, sin ceremonia. Como si los cuerpos ya supieran. La falda bajó con cuidado. Las piernas se abrieron apenas, sin invitación, sin resistencia. Un acuerdo tácito.

La entrada fue firme, sin violencia. La mandíbula apretada. Ningún sonido. El ritmo, seco y breve, como la lluvia sobre techo de calamina. El movimiento fue justo. La mano sobre el cuello. Un pensamiento fugaz, el desenfreno de los cuerpos que se aman.

El orgasmo no fue largo ni frío. Bastó. Como una frase que no se repite.

La frente quedó apoyada en su hombro. Respiraban juntos, como si el aire viniera de otro sitio. Afuera, la tarde no cambiaba. Un gallo cantó lejos.

Al separarse, no hubo disculpas. La blusa regresó a sus botones. Ninguna palabra. El camino de vuelta fue lento, sin mirar atrás.

Valentín volvió al balde, a la sombra, al silencio.

Y el río, abajo, seguía bajando con piedras en la voz.

21

El avión rugió al despegar de Lima. Justino sintió un vacío bajo los pies y apretó los brazos del asiento como si fueran las barandas de un puente colgante. Sus dedos, curtidos por sogas y riendas, ahora también conocían los aviones. María Jesús, con el rosario entrelazado en los dedos y apretado contra el pecho, murmuraba rezos que no cerraban bien sus dudas. De rato en rato abría la cartera y repasaba una lista apretada: un mantel bordado para Mama Tuna ¿Poncho de alpaca habría en Buenos Aires? también algo para Abel y para Yolanda, recuerdos que la sierra le confiaba en los bolsillos.

Ana e Israel, que habían pagado el viaje, sonreían con la seguridad de quien abre una puerta nueva:

—Dicen que aquí están mucho mejor, papá… allá todo es un lío, ¿no? Y pensar que tú, que nunca quieres salir de tu Huancho, terminaste aceptando venir con nosotros. —Ana rió con picardía—. Y mamá tampoco lo hizo muy de buena gana, ¿eh?

Justino dejó escapar una mueca, mitad ironía, mitad aviso:

—Ya ves cómo están las cosas. Uno viene porque lo traen, no porque quiera.

La azafata antes de despegar, se acercó amablemente y dijo en español:

—Señor, abróchese el cinturón.

Israel, echado hacia atrás, alzó la voz lo suficiente para que lo oyera media fila:

—Señorita, whisky. On the rocks, right now. Y no me traiga esas botellitas de juguete, quiero un vaso de verdad.

Israel se recostó, estirando los brazos con aire seguro, marcando con su presencia cada espacio que ocupaba.

—¿Otra vez con eso, Israel? —murmuró Ana, sin levantar la voz, mientras ajustaba la chalina de Sylvia.

—¿Qué? —respondió él, ladeando la cabeza—. Solo pido un vaso de verdad.

La aeromoza pasó junto a ellos, equilibrando la bandeja con precisión. Justino y María Jesús miraban las montañas por la ventanilla; bajo las alas, los crestones y la nieve señalando el límite entre el mundo que dejaban y el que los esperaba.

—Hatun ranra kanki, t'ika —dijo María Jesús, con un gesto seguro, la voz asentada en años de viajes entre los cerros cubiertos de nieve.

Sylvia, pegada al cristal, veía nubes como montañas invertidas y reía en voz baja.

María Jesús dejó que su mirada se perdiera un instante más allá del horizonte, hacia paisajes que se desdoblaban, y un pensamiento breve le llegó: allá, en Canadá, Miguel debe sentir esta misma nieve.

Ezeiza los recibió con la cara nada inocente de una ciudad que latía modernidad. Buenos Aires fue un paso a un lugar que respiraba distinto: carteles que prometían, gente que caminaba sin la urgencia de esconderse, semáforos obedientes, autos de importación recién llegados. Justino lo observó con paciencia de hombre del campo; tanteó la luz, midió la calma como se mide la carne de un animal. No era Lima, ni Huancho; era un sitio donde algo se recomponía, y él lo recorrió como quien reconoce la textura del cuero.

Mucho más al sur, San Carlos de Bariloche abrió un paisaje de cristal. El lago Nahuel Huapi parecía un espejo bruñido como una lámina de azogue donde el sol jugueteaba insistente. Sylvia corría por la nieve con el gorro rojo, sus brazos lanzaban bolas de nieve que crujían como frutas congeladas. Se inclinó sobre el canal, fascinada por los salmones que brillaban bajo la superficie. La curiosidad la llevó demasiado cerca del borde; un resbalón la hizo tambalear, y Ana la sostuvo en el último instante, riendo y aliviada: la niña quedó suspendida un segundo sobre el agua, respirando hondo, con los ojos muy abiertos.

—¡Casi te llevas un chapuzón de regalo! —dijo Ana, todavía sujetándola—. A veces es más divertido verlos que atraparlos.

Mientras Sylvia recuperaba el equilibrio, algunos turistas se acercaban con cámaras preguntando por excursiones de pesca y esquí. Un guía local levantó la mano, señalando un sendero entre los árboles, y dijo:

—Por acá, tranquilos, así no molestamos a los salmones.

Los turistas se acomodaron, siguiendo sus pasos sobre la nieve, mientras Sylvia los miraba con curiosidad. Desde un puesto cercano, un vendedor ofrecía chocolate caliente, y el sonido de risas y pasos sobre la nieve se mezclaba con el murmullo del lago y los trinos de los pájaros. Sylvia observaba todo, fascinada y un poco cauta, notando que el mundo podía ser hermoso y peligroso al mismo tiempo.

Justino la siguió, pisó despacio y, al perder pie, cayó de espaldas. La familia rió y él se incorporó con la chispa de siempre:

—Las montañas me reciben con cariño. Será que reconocen a un viejo.

Pero la risa no borró el contraste, el blanco limpio le trajo otra nieve y otros viajes. Recordó las pampas ayacuchanas, los caminos donde iba

a comprar reses lecheras a Don Eusebio. Allí las vacas eran criollas, flacas y duras, no eran Holstein ni Brown Swiss, como las que había llevado a la quebrada hace un tiempo su compadre Encarnación; la nieve no era una postal sino hambre que se pegaba a los zapatos.

Y en esa memoria apareció él mismo, cabalgando bajo un cielo que se deshacía en neblina. El poncho apretado al pecho, el sombrero pesado de agua y de escarcha. El caballo hundía las patas en la tierra blanda, a veces barro, a veces hielo, y cada paso parecía abrir un silencio distinto. No llevaba destino escrito: iba porque se iba, porque los pueblos de montaña no conocen otra cosa que seguir andando, aunque no sea por el mismo camino.

A los lados, las lomas se desnudaban bajo la ventisca: pastos amarillos que asomaban como cabellos viejos, rocas brillando con agua reciente, vizcachas que salían un instante para perderse de nuevo. En ese tránsito, Justino sentía que lo único real era la respiración del caballo y la suya propia, un mismo vapor que se confundía y se perdía en el aire.

Sylvia, arrodillada recogiendo copos, lo miró y vio en sus ojos un peso que no supo reconocer.

María Jesús, detrás, escuchó en el cristal el eco de otra nieve: las cartas de Miguel desde Montreal —"aquí los inviernos no terminan, madre; la nieve es un muro interminable", esas frases le oprimían el pecho y la garganta. Miguel se había ido con la maleta de la distancia; las cartas traían frío y nostalgia, y en ese lago brillante ella lo recordó vivo y lejos al mismo tiempo.

22

El viaje continuó a Buenos Aires y luego se plegó sobre la pampa, Entre Ríos y Córdoba y la feria del ganado se desplegó como un organismo: olor a pasto, a estiércol tibio, a cuero recién cepillado; zumbido de moscas; relinchos apagados; perros que husmeaban entre las patas de los caballos; becerros que se pegaban a las ubres con hambre. Los corrales latían: vacas que rumiaban, algún toro olisqueando la reja, terneros brincando con la torpeza de la vida reciente.

El martillero tenía la voz de siempre, rasposa, marcando tiempo: —¡Miren este lote de vaquillonas Angus, inseminación confirmada, pajuelas importadas, descendencia directa del campeón de Palermo ochenta y cuatro! ¡Vamos, che, abran la mano, que es plata segura!

Los criadores hablaban con números en la boca: pedigríes, índices de conversión, rendimiento en canal. Hablaban del animal como quien habla de un valor en la bolsa, y la lengua era fría y exacta.

Justino, con un brazo sobre la baranda, miró a los ojos a los animales antes que a los papeles.

—Hablan como si fueran sacos de cemento —dijo, y su voz gruesa hizo eco entre los tablones.

Un criador, de esos que cuentan ancestros en papeles, levantó la cara con desdén.

—Eso es progreso, abuelo. La cría ya viaja en pajuelas, no en payadas de fogón.

Justino sonrió, ladeando el sombrero:

—Pues si el toro supiera, se moriría de risa en la quebrada.

Algunos rieron, pero el criador insistió:

—Ríase lo que quiera, viejo. Con estos métodos el futuro está asegurado.

—¿Asegurado? —replicó Justino, con voz grave—. Yo he visto vacas llorar cuando se llevan a su cría. Dígame, ¿también tienen cálculo para esa tristeza? Qué van a saber estos empresarios de animales, solo sabrán de cómo hacer dinero.

Entonces se acercó Israel, caminaba muy orondo mirando los vacunos y a veces también a las señoras más jóvenes; Ana y Sylvia estaban en el área de los juegos.

—Don Justino, con esos padrillos llenamos la quebrada de carne y leche. Hasta podríamos exportar, mire.

El abuelo no dijo nada; apoyó un poco más el peso en la baranda. La molestia antigua volvió mientras miraba esos animales y los números seguían sin convencerlo.

Justino ladeó el sombrero y miró el toro que bufaba junto a otros: no desde un catálogo, sino desde el pulso del animal.

—¿Y cuánto rinde este toro cuando falta el pasto? —preguntó con calma—. ¿Qué

renta da en sequía, con cincuenta kilómetros de llanura sin un brizno?

El criador sonrió, esa sonrisa que quiere cerrar la discusión.

—Aquí no pensamos en sequías. Aquí hablamos de inversiones.

Israel, ya con el entusiasmo de quien imagina cifras, añadió: —Imagínese, don

Justino, cien cabezas de ganado entre Huancho y Camayoc.

Al lado, un gaucho que cebaba mate y tenía un pañuelo anudado en el cuello

soltó una carcajada:

—¿Y luego exportar desde esos cerros? Primero busquen el agua, don. Allá ni un yuyo aguanta la seca.

La broma arrastró risas. Israel miró las reses con ojos de negocio ignorando la voz. Justino dejó escapar una sonrisa socarrona:

—El hombre tiene razón. Allá no exportamos carne, exportamos terquedad.

El aire, sin embargo, no quedó en chanza. Entre el bullicio y las moscas, una caja abierta en un tráiler dejó escapar un becerro asustado: un animal pequeño, todavía con olor a madre, que resbaló entre las patas y fue directo hacia la baranda donde jugaban unos niños. Un grito, un golpe de zancas, el barro que salpicó. El ternero, sin cálculo ni intención, buscó las ubres de cualquier vaca, cruzando corrales, haciendo que otras madres bajaran la cabeza y bramaran, y la situación se tensó en un segundo.

Sylvia se quedó clavada en el sitio; un becerro grande se vino derecho a su altura. Alguien empujó, los hombres corrieron, las bocas se hicieron nudos. El ternero, apretado de miedo, tropezó y fue a dar contra la madera. De la mano de un gaucho apareció una voz grave que llamó al animal con una entonación que no necesitó palabras: un silbido, un nombre, un gesto.

Justino ya estaba allí. Sin posturas ni teatralidad: se adelantó y, con movimientos que eran memoria y oficio, lanzó una cuerda hecha lazo y atrapó tranquilamente al animal. Tiró de la cuerda con suavidad

hasta que lo tuvo al frente y lo calmó con la mano plana sobre el lomo, suave, como si por años hubiera sabido apaciguar bestias en cinco segundos. Habló bajo, en un murmullo que nadie comprendió de lejos, pero que el ternero entendió: la respiración del animal se alisó.

Sylvia, temblando, lo abrazó a la pantorrilla. Recién entonces Israel reaccionó: avanzó un paso, levantó la mano para decir algo, una orden tarde que ya no hacía falta. Israel quedó pálido; el criador, que había querido mostrar dominio, miró a Justino con una mezcla de sorpresa y algo como respeto rabioso.

El golpe pasó y la feria respiró otra vez. Justino apoyó la espalda en la madera; se llevó la mano al costado con un gesto breve, casi imperceptible, y respiró hondo antes de enderezarse. El martillero carraspeó, pero ya no era lo mismo: la jerga de tubos y simiente congelada sonó hueca frente a la vida que se desparramaba y volvía a acomodarse.

El gaucho, con las manos húmedas de mate, agarró la guitarra, la que rasguea un bordoneo grave:

Los vivos mandan, paisano,

las cuentas vienen después.

Que el muerto nada reclama,

ni manda voto ni fe.

El que anda sobre la tierra

lleva riendas y tropel;

cuando caiga bajo el pasto,

otra paga, qué se va a hacer.

María Jesús sostuvo la mano de Ana y pensó en las cartas de Miguel: el frío de Montreal; la lejanía de un hijo que hablaba de nieves infinitas. Ella lo quería, aunque Justino lo hubiera negado. Ver aquel ternero, temblando y buscándola, le pareció un puñal: la vida no cabe en los catálogos, lo dijo también en quechua para sí misma.

En Chincha, semanas después, Frank abría el regalo que había venido con el abuelo: un libro de cuentos infantiles lleno de ilustraciones, con páginas que olían a tinta y a otra luz, tigres que parecían sombras vivas, bisontes con crines inmensas, jirafas a todo galope en la llanura africana. El primer recuerdo de leer, dormido en su memoria, despertaba ahora entero. Una mezcla de asombro, curiosidad y alegría lo recorrió: cada página era un mundo que se desplegaba con su olor, su textura, los dibujos coloridos, y Frank se dejó llevar por ese primer encuentro que había quedado guardado como un tesoro silencioso.

A su lado, Enrique —dos años mayor— agitaba con orgullo una camiseta de la selección argentina que le había traído el abuelo.

Yolanda leía en voz alta, con un ritmo domesticado para la noche, el relato de un cóndor. Entonces la luz se apagó de golpe. La radio a pilas anunció: “Cuatro torres del Sistema Eléctrico Interconectado de alta tensión en Cañete fueron derribadas por elementos subversivos, provocando un apagón general. Simultáneamente, se desarrolló una ola de atentados en varias localidades de Cañete, Chincha, Ica, Pisco y Marcona. Habrá toque de queda hasta la mañana en la zona afectadas. El servicio será restablecido en breve”.

Yolanda encendió las velas con parsimonia; en cierto sentido ya estaban acostumbrados. Envió a Enrique a traer una lámpara de kerosene de la cocina mientras seguía contando la historia del cóndor.

—¿Cómo sigues leyendo si no hay luz? —preguntó Frank.

—Porque ya me lo sé —respondió su madre, y siguió, sin mirar las páginas, el relato del cóndor que cruza montañas.

Frank cerró los ojos. Aquella voz le pareció un hueco cálido en la noche: no era una promesa ni un plan, sino una apertura pequeña, una puerta. No supo cómo llamarla, solo que algo en las líneas del cóndor —alas, altura, regreso— resonaba en su cabeza como una melodía que cantara su prima Sylvia. Apenas un primer surco en la memoria.

Buenos Aires, Bariloche, Santa Fe. Puntos en un mapa, sí, pero también estaciones donde la vida y la palabra se cruzaron. En Argentina se decía democracia y se recordaba las Malvinas, la gente salía a las rutas y a los estadios; en Perú las torres ardían y la gente encendía velas por los apagones. Justino jugó con la seriedad y el humor; Israel contó costos y sueños; el gaucho recordó la gramática de la tierra; María Jesús sostuvo la distancia de un hijo; Sylvia aprendió a mirar sin hablar; Frank guardó el olor del papel como una lámpara.

"Aquí los inviernos no terminan nunca, madre. La nieve es un muro infinito. La leche sabe a hielo, nunca como la de Huancho".

¿Qué diría Miguel, allá en Canadá, leyendo cifras y catálogos de vacas finas? En sus cartas, que leía a escondidas, se notaba la nostalgia: "Aquí el frío lo cubre todo, hasta el alma. Pero a veces me despierto soñando con los pacaes y con el río de la quebrada.

23

En la plaza decían que había vuelto. Nadie precisaba quién, pero el padre Julián entendió sin preguntar. Desde el umbral de la iglesia miró el camino polvoriento, un hilo de tierra que parecía no conducir a ninguna parte y, sin embargo, a él le quemaba en los ojos como una herida. Solo un perro famélico cruzó, olfateó la sotana del padre y siguió su rumbo. Julián apoyó la mano en el marco de la puerta: las uñas oscuras, la sotana gastada. El silencio lo trepó como un animal por el brazo, se le instaló en el pecho y no quiso salir.

Dentro, la penumbra olía a cera apagada. El cáliz, vacío, reflejaba una luz mortecina que entraba por el ventanuco. Se sentó en la primera banca, los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha. Un cuaderno resbaló y quedó abierto en el suelo, moviendo las páginas al ritmo de un viento invisible.

La primera vez fue junto al río. Flor estaba allí, con la falda recogida para que no se mojara en el barro, los ojos limpios y firmes como si vinieran de más lejos que el agua. Él, recién llegado del seminario, todavía con las manos suaves y la voz llena de himnos, tanteaba sus primeras palabras en quechua: haku, ñawi, sumaq. Ella se rió de su acento torpe y caminó a su lado un trecho. Bajo un molle viejo, el río bajaba manso todavía, como si los cerros contuvieran la respiración para escucharlos. No hubo beso nombrado ni promesa. un estremecimiento en la tierra, una alianza callada entre los dos que nadie pudo presenciar salvo el río.

Desde entonces, evitó volver. Alegaba que la trocha estaba cerrada, que el Obispo no respondía. Nadie insistió. Solo la madre de Flor murmuró que la muchacha se había ido a Lima sin aviso.

Pero Julián guardó su nombre como quien guarda una hostia en la lengua: waytacha, florcita silvestre que crece entre piedras. Así la recordaba, con la luz en el rostro y el río al costado. En las noches, cuando abría el misal, las letras parecían torcerse, volverse mirada.

Afuera, la quebrada vivía: respiraba con el río, se estremecía con los truenos, palpitaba con los animales. La lluvia caía con piedra, arrancaba ramas, borraba senderos. Flor avanzaba descalza, la falda empapada, el chullo apretado contra el viento que traía cenizas y nombres olvidados. En el cruce de un camino, una apacheta reciente se alzaba como altar de piedra viva. Flor dejó tres hojas de coca y murmuró ama chinkaychu. El viento recogió el rezo y lo llevó río abajo, como si los cerros hubiesen abierto oído para escucharla.

Un zorro la miró desde la otra orilla. Ella le dijo apenas sumaqmi kani, y el animal ladeó el cuello antes de perderse en la neblina. Wachaq iba detrás. No sombra extraña, sino compañía antigua, como el aliento de las abuelas que velaban el sueño. Desde niña lo había visto en el agua: un cuerpo sin rostro, parte del aire. Ahora lo sentía con cada paso, una respiración más entre sus propias respiraciones.

En la penumbra del templo, Julián se encontró recordando también la capital. Los muros del seminario, la piedra húmeda de los claustros donde no había flores ni pájaros, solo ecos y gallinazos en los cables del tranvía. El prefecto golpeando el suelo con una vara, los rezos interminables: Kyrie eleison, Christe eleison, que no eran plegarias sino martillazos. El olor de la tinta seca en los pupitres, de la ropa mojada al amanecer. Los muchachos que repetían de memoria lo que no entendían, con los ojos cerrados y los labios partidos de ayuno.

Y una tarde, leyendo el Cantar de los Cantares, sintió que el aire se rompía. Osculetur me osculo oris sui. Que me bese con los besos de

su boca. La frase lo atravesó como una lanza. No era voz de Dios lo que escuchaba, sino el recuerdo de un rostro que no nombraría jamás. Tal vez por ese amor imposible había entrado al Seminario, para esconderse. Y después vino Flor, y la herida se abrió de nuevo, más honda y más imposible.

Apretó los dientes. En su lengua latía una frase, mitad en castellano, mitad en el eco aprendido: *ponme como un sello sobre tu corazón… fuerte es el amor como la muerte*. No la pronunció en voz alta. Era más confesión que rezo.

Se levantó despacio. La sotana rozó el polvo. El cuaderno siguió en el suelo, abierto, las páginas agitadas como alas.

Flor, mientras tanto, avanzaba entre lluvia y barro. El río crecido mascaba piedras enormes y las devolvía como huesos. Wachaq respiraba a su lado, a veces delante, a veces detrás, como si el camino lo conociera más que ella. El humo de las cocinas lejanas subía en espiral, mezclado con la neblina. Ella no se detuvo. La quebrada, viva, parecía abrirse a su paso.

Y entonces ocurrió el signo.

En la iglesia, todas las velas encendidas se apagaron al mismo tiempo. La cera corrió como lágrimas sobre el altar, y el crucifijo de madera, colgado desde hacía años, crujió como si respirara.

En la quebrada, una campana vieja, oxidada, colgada en una capilla abandonada, sonó por sí sola. Su eco bajó hasta el río. Los animales levantaron la cabeza. Los perros callaron. El agua del río se arqueó como si alguien invisible caminara sobre ella.

El silencio después fue absoluto, pero no vacío. Era el silencio de algo que se había revelado.

24

El humo subía en espiral. Valentín removía algo en la olla del fogón chico, con leña delgada. La llama crepitaba, pero él seguía inmóvil, como si no tuviera prisa. Siempre le venía así. No en sueños, no cuando hablaban de ella. Solo cuando el agua comenzaba a hervir.

Tiva decía que el hervor era un animal. Un bicho tibio que despertaba en la olla y que uno tenía que saber calmar.

—Ya está, ya está, no te impacientes —decía, y reía sola. Luego dejaba la tapa entreabierta, como si al hervor también hubiera que dejarlo respirar.

No era de palabras largas. Sabía decir sin hablar. Cuando él llegaba con los hombros duros y la voz espesa de aguardiente, ella servía algo caliente y lo dejaba solo. Nunca le reclamaba nada. Solo le guardaba el sitio con la radio a pilas encendida junto al mechero. Siempre sonaba ese huayno huancavelicano, triste y hermoso, que a veces ella también canturreaba.

Se conocieron en un entierro. La vio de negro, con una trenza larga. Después supo su nombre: Natividad. Pero todos la llamaban Tiva. Tenía esa forma de mirar que parecía entender más de lo que uno alcanzaba a decir.

Vivieron sin mucho: apenas un terreno con dos cuartos, un huerto, el hijo, algunas cabras y luego el trabajo en el fundo. Después, el accidente. La mula resbaló en desfiladero cerca de Antaccasa. El cuerpo cayó sin ruido. Cuando llegaron, ya no respiraba.

El entierro fue sencillo. Valentín cavó la tierra con su lampa bajo el molle, donde ella solía colgar la ropa. Los vecinos llevaron flores, una vela, un padrenuestro algunos conjuros echados al viento para

espantar a las animas. Hampuy, chaymi kanan, pareció despedirse ella. Desde entonces, él ya no volvió a reírse igual. Ni a hablarle al hervor. Solo miraba el agua cuando subía su aliento. A veces sin mover la cuchara.

El humo trepó más alto. Una gota cayó en la leña y siseó. Valentín se frotó los nudillos con la manga, apagó el fuego con un palo y salió sin apuro, como quien lleva algo que aún no termina de entender.

La acequia corría cerca. Se quedó mirándola. El agua bajaba con su pequeño canto, entre raíces y piedras que nadie veía, pero que sabían estar. Había abierto la compuerta por la mañana. Lo justo. Lo demás lo arrastraba el canal, con restos de hojas, ramitas, algo de barro.

Desde ahí alcanzaba a ver el molle, junto al níspero que creció torcido junto al horno. Bajo esa sombra estaba ella. Ya no iba. No hacía falta. Bastaba el vapor en la cara para saberla cerca.

Una vez le dijo que el agua no olvida. Que uno guarda rencores, pero el río guarda memoria.

Y esa memoria, ¿de dónde viene?

Viene de lo puquios, viene de las lagunas altas, de los cerros, de la lluvia, viene de todas partes Valentín...

Pensó en Teobaldo. De niño preguntaba por la madre ausente. Por la madre muerta. Luego también se fue, se enroló en el ejército, ni si quiera fue la leva, él se ofreció solito, quiero irme le dijo. Quiero irme buscando un destino que no está en la quebrada. Desde entonces, apenas cartas breves, fotos que ya se borran con el tiempo. Otra ausencia, distinta, pero ausencia al fin.

Pensó en Tarzán. En su pata rota. En el disparo seco. En la tierra hundida junto al rosedal.

Pensó en Elsa. En su cuerpo sin preguntas. En la falda desprendida. En sus ojos que no pidieron nada más que a él.

Tiró una piedra al canal. El agua la tragó sin escándalo.

Entonces, como quien se escucha por dentro, tarareó bajo, con la voz rajada del tiempo: Ñawi ñawi llaki sunquyki. Maypitaq hamunkiña...*Los ojos tristes de tu corazón, ¿desde dónde vendrás ahora?*

Calló. El viento bajaba helado del cerro, con olor a yerba fresca. Desde arriba llegó el graznido de un pájaro solitario. El cielo tomaba un tinte cobrizo en las laderas. Entre los ichus, algo crujió.

El agua siguió su paso. Más abajo, el río bajaba molesto, arrastrando piedras invisibles. Valentín cerró los ojos. En el rumor del hervor, volvió a escucharla:

—Ya está, ya está, no te impacientes...

Y supo que el agua nunca olvida.

25

Llegaron caminando desde temprano. La pampa se abría distinta a la de Castrovirreyna, más plana, más expuesta. Eusebio iba adelante, sin apuro. Justino lo seguía, cargando poco, sintiendo el aire más seco en la garganta.

Su padre le había dicho que mirara bien. Que no se apurara al escoger. —El ganado habla si uno sabe mirar —le dijo, antes de salir. Justino no respondió. Caminaba haciendo sumas y restas, para cuánto alcanzaría. Becerros con sus madres, carnero y cabras, no las montañesas

—Por acá va a ser —dijo Eusebio, señalando sin detenerse.

Justino asintió. No preguntó nada.

Caminaron un trecho más. Las vicuñas se veían a lo lejos, como si fueran parte del terreno.

—Hoy se va a hacer chaku —dijo Eusebio, como si hablara solo.

—¿Hoy?

—Sí. Conviene aprovechar.

No dijo qué, ni por qué.

Siguieron caminando.

El cerco empezó antes de que alguien diera la orden. No hubo voz que lo iniciara, ni gesto claro. Cada uno fue ocupando su lugar como si la pampa misma los hubiera ido llamando por el nombre. Justino sintió que no lo mandaban, que el suelo lo empujaba suavemente hacia adelante, como cuando el viento no se ve, pero ya está torciendo el pasto.

La mañana estaba limpia. El cielo era de un azul que a Justino siempre le había parecido excesivo. En la distancia, los cerros parecían dormidos, ajenos a lo que se estaba armando en sus faldas. Nadie hablaba. Solo el ruido seco de las ojotas, el roce de las sogas contra la lana de los ponchos, alguna tos breve que se perdía en la ventisca.

Justino llevaba una cuerda corta, áspera, que le quemaba un poco la palma. Miró a su izquierda y a su derecha: hombres de distintas edades, algunos viejos, otros muchachos como él, todos con un gesto que le era familiar y ajeno al mismo tiempo. Ninguno sonreía.

Avanzaron.

Primero despacio, casi con vergüenza, como si temieran que la pampa se diera cuenta. Luego, cuando alguien gritó —un grito sin palabras, solo aire empujado— , el movimiento se volvió decidido. El cerco empezó a cerrarse.

Las vicuñas aparecieron intuyendo lo que iba a pasar. De pronto, un movimiento leve, una masa que se desplazaba. Justino las vio correr con una ligereza que le dolió en los ojos. No huían aún. Solo se reacomodaban, desconfiadas, tanteando el espacio que se achicaba.

El ruido creció. Gritos, palmas, piedras golpeadas entre sí. El aire se llenó de polvo. El cerco ya no era una línea: era una respiración colectiva, un cuerpo enorme avanzando torpemente hacia su centro.

Justino sintió el pulso acelerarse. No por miedo, exactamente. Por algo más antiguo. Una mezcla de orgullo y vértigo. Estar ahí, formando

parte de algo que venía de antes de él. Pensó —sin formularlo— que así debían haber sido siempre las cosas.

Pero entonces una vicuña se desvió. Al querer escapar, saltó hacia un lado para evitar el cerco que se cerraba. Un muchacho corrió tras ella, resbaló con la escarcha y cayó mal. No gritó al principio. Se quedó en el suelo, con una mano apretando la pierna, como si todavía no entendiera qué le había pasado.

Hubo risas nerviosas que se apagaron rápido. Alguien dijo que no se detuvieran. Otro gritó que cerraran bien. El cerco se tensó. Las sogas vibraron como nervios. El muchacho intentó levantarse. No pudo. Esta vez sí gritó.

Nadie supo bien qué hacer. Dos lo miraron desde arriba. Uno amagó con ayudarlo, pero el cerco ya avanzaba y alguien le dijo que siguiera, que después veían.

El cerco siguió cerrándose.

Al rato cada uno tomó su camino. Eusebio se ajustó el poncho.

—Ya fue —dijo.

Justino asintió otra vez.

Semanas después, en Huancho, el tiempo volvió a acomodarse.

Justino regresaba cada tanto. Los meses se arracimaban en años y estos traían más vida, esposas, hijos; a veces viajaba con su compadre Encarnación, otras con Teodomiro, un primo con el que se rencontró en la fiesta de Huachos y al que no veía desde que eran niños. Esta vez viajó solo con Jorge, Eusebio los esperaba.

Se vieron al caer la tarde, junto al corral de piedra, donde el terreno se hundía apenas y el viento pasaba más bajo. Justino llegó en una

yegua media chúcara, prestada para el último tramo, con el sudor ya seco en el cuello. Jorge, ya medio cansado a pesar de su juventud seguía son detenerse los pasos de la yegua . La tranca mal cerrada, un par de sogas colgadas de un palo; más allá, atada a un árbol, una llama rumiaba con lentitud. Eusebio estaba revisando unas reses, la libreta doblada en el bolsillo del saco. Levantó la cabeza cuando oyó los cascos.

—Carajo —dijo—. Pensé que no llegaban hoy.

—De madrugada —respondió Justino, acariciando el crin de la yegua. Jorge bajó de un salto y se quitó el sombrero a modo de saludo. La curiosidad despertó su vitalidad adormecida por el frío de la puna ayacuchana.

Eusebio le pasó la mano por el cuello, tranquilizándola.

—Se alargó el camino —agregó Justino—. Y esta se cansa rápido.

—¿Y tu caballo?

—Se me quedó en Lucanas —dijo Justino—. No se levantó más.

Eusebio asintió. Tenía el pelo más ralo, el gesto más quieto. Y hablaba más. Se dieron la mano con insistencia, entre el polvo y el aliento tibio del ganado, como quien confirma algo que sigue en pie.

—Mañana vemos uno —dijo Eusebio—. Hay un alazán que sirve.

Caminaron unos metros juntos, bordeando el corral. El ganado resoplaba despacio, ajeno. Más arriba, la pampa se abría sin sombra; más abajo, se veían las tejas coloradas de una casa de adobe, casi pegada al suelo. Eusebio señaló con la barbilla.

—Mañana temprano se mueve todo.

Justino miró el terreno, calculó la pendiente, la distancia hasta la quebrada, sin darse cuenta. Seguía haciendo eso. Pensó en el camino de vuelta, en el peso del tiempo.

—¿Tu viejo?

—Ya no anda —dijo Eusebio—. Ahora me toca a mí.

—Déjala ahí nomás, añadió refiriéndose al animal. Entren, Sudy está terminando de cocinar.

Los hizo pasar a la casa baja de adobe, donde el humo salía por una rendija del techo de paja. Dentro olía a leña y a comida caliente. La mujer de Eusebio los saludó con un gesto, sin sorpresa, como si esa visita hubiera estado prevista desde hacía tiempo.

—Siéntense —dijo Eusebio—. Ahorita comen.

Les acercaron un plato. Comieron en ese silencio cómodo que no apura. Después Eusebio sacó una botella corta, la destapó con los dientes.

—Para el frío —dijo.

Tomaron un trago ¡Salud!

—¿Y Huancho? —preguntó Eusebio.

—Sigue ahí —dijo Justino con el vaso en la mano—. Más quieto que uno.

Eusebio rió por la nariz.

—Así dicen todos cuando vuelven.

Se quedaron un rato así, bebiendo, recordando, oyendo el viento pegar contra la pared, el ganado mugir, moverse afuera. Después

Eusebio habló, como si recordara algo importante entre tantos recuerdos.

—Mañana después de la esquila vemos lo de las reses.

Justino asintió. Miró el piso de tierra, calculó sin darse cuenta.

—Hay que ver lo del caballo también —dijo—. La yegua no aguantará.

—Mañana vemos —respondió Eusebio—. Hay uno que sirve. No te va a fallar.

—Claro, después arreglamos.

—Se va a hacer chaku, esta vez conviene —añadió con énfasis.

Se quedaron un momento mirándose. Un perro flaco cruzó y se perdió por la cocina. Afuera, unos hombres hablaban en lenguas extranjeras, apoyados contra una camioneta ancha, con las puertas abiertas. No eran de ahí. Eso era seguro.

Al otro día Jorge despertó entusiasmado, se vistió y salió sin desayunar, la comunidad estaba reuniéndose en el viejo toril, el alcalde hablaba de cifras y porcentajes animadamente. Pronto todos empezaron a ponerse en acción.

Todavía no clareaba cuando salieron. El frío apretaba bajo, sin ruido. El grupo avanzaba despacio, cuidando el ganado, el aliento blanco pegado al cuerpo.

Las vicuñas estaban más arriba, quietas, confundidas con el terreno, como si la pampa las hubiera estado soñando, casi confundidas con la escarcha. No se movían.

Justino sintió primero el cambio, como una ausencia breve. Algo se había retirado del aire, una tensión que ya no estaba. No dijo nada.

Entonces el salto.

Un cuerpo oscuro cruzó el espacio abierto y cayó sobre una vicuña con precisión. El golpe fue seco. El animal chilló una vez, corto y después nada.

El puma sostuvo la presa con el peso justo, sin apuro. El cuello torcido, la vida cortada en el punto exacto. La respiración firme, los músculos marcándose bajo la piel.

El grupo se detuvo. Nadie retrocedió.

El puma levantó la cabeza un instante. Miró, sin mirar a nadie en particular. Arriba, muy lejos, un cóndor describía un círculo lento.

El puma arrastró el cuerpo unos metros hacia una hondonada que la pampa escondía mal. Desapareció sin ruido, como si nunca hubiera existido. La mancha oscura quedó un momento sobre el suelo claro; después se confundió con la tierra.

—Así es —dijo alguien, sin emoción.

Eusebio no dijo nada. Siguió caminando.

Justino se quedó un segundo más, solo un segundo, mirando el lugar donde había sido.

Luego siguieron.

Cuando el camino volvió a ocuparlos, la pampa volvió a ser pampa. El cielo, cielo. El frío, frío.

Más adelante, ya se veían las sogas preparadas.

26

Le decían el viejo y fue el primer muerto que vio en su vida; aunque ahora los recuerdos se mezclan y medio borrosos regresan como en una duermevela, un tránsito entre la vigilia y el ensueño. Al parecer había trabajado para el abuelo Justino en Huancho Grande cuando todavía quedaban jornaleros fijos.

Un día lo botaron, hubo gritos e insultos, y desde entonces pasaron largos años hasta que regresó de su exilio a la quebrada —contaba Belén cuando empezamos a preguntar. Justino nunca volvió a darle un jornal, pero tampoco lo echó, vagaba alrededor de la casa como un perro sin dueño. Dormía donde lo sorprendía la noche: acurrucado junto al horno, bajo los sauces de la huerta, junto al corral envuelto en costales de yute. Los perros Django, Túpac y Amaru lo buscaban, se echaban sobre sus pies como si fueran parte de la misma soledad. De cuando en cuando un ave negra se posaba en su hombro y permanecía quieta, mientras él mordía los higos pasados que sacaba de la huerta, dulces de puro vencidos, con las manos brillosas de cañazo. A nadie le sorprendía demasiado la presencia del ave picuda. Belén contaban que cuando un hombre empieza a irse del mundo, algún bicho del cerro se le pega al lado para acompañarlo, Ña riyachkaniña, tutallachapi, sonqoyqa qiparishan; los perros se

quedaban quietos, como si reconocieran algo antiguo, solo Django a veces le ladraba, pero Tupac y Amaru parecían asustados.

El viejo no hablaba, pero siempre andaba bebiendo; conversaba con el rio, le tiraba semillas de pacae mientras los iba comiendo. Yuly juraba que lo visitaban las almas de los muertos. Para Frank era una parte más del paisaje, sin sospechar que bajo la máscara de un rostro hay vidas enteras peleando por salir.

Un mediodía quedó tendido detrás del molino, con el poncho húmedo y los ojos abiertos; la botella vacía, fiel a su costado. La prima Camila hija del tío Jorge y la tía Alicia, había venido a visitar a su padre por las vacaciones de fin de año, fue ella quién lo vio primero. "Algo le pasa, parece muerto" —dijo con las manos en la cintura, sin perder ese aire risueño que tenía y que nunca perdía hasta en las situaciones más extrañas. Voltio y al ver a Frank que se acercaba le repitió que el viejo parecía muerto. Camila salió corriendo a llamar al abuelo. El viejo había partido, inmóvil, yacía de lado con los ojos marrones abiertos al cielo como si soñara cosas de tiempos lejanos.

Entonces Frank recordó las clases de Ciencias Naturales. La profesora había dicho que al morir el cuerpo pesaba menos, porque algo lo dejaba. En religión, el padre lo contradecía: aseguraba que la muerte añadía un peso oscuro, el de los pecados. Frank, mirando al viejo, pensó que quizá no era ni menos ni más, sino otra cosa, un peso invisible que se quedaba en el aire.

Ana lo encontró al escuchar las voces de Camila, creía que solo estaba borracho, pero la presencia de tantas moscas revoloteando era inusual y había un hedor muy raro que se esparcía por el huerto. Valentín también llegó y le tomó el pulso, luego se quitó el sombrero. Vamos a tener que hacer el cajón aquí mismo, murmuró. Buscó entre sus cosas y como sospechaba, no encontró documentos que lo identificaran. Raúl se fue a buscar las hachas y machetes con los que cortaban la

leña. Derribaban un eucalipto mediano. Cuando los vecinos llegaron sin que nadie los llamara, don Elizondo, Eleuterio, el primo Canchari con sus hijos. El aire se llenó del golpe seco del metal contra la madera, el filo del hacha cortaba el viento como mantequilla hasta penetrar el tronco lleno de sabia. Belén trajo una manta guardada demasiado tiempo, con olor a encierro. Ana, en silencio, dejó una flor blanca sobre el cuerpo.

En la noche velaron al viejo en la sala de adobe. Velas encendidas en botellas de gaseosa, aguardiente servido en vasos de lata. Las mujeres lloraban en quechua, su llanto iba tejiendo historias que se confundían con leyendas: que ganó de joven el concurso de waylash en Tantará y también en Marcas para la fiesta patronal, que soplaba la quena hasta hacer llorar a los sauces, que tuvo una mujer en Yanapampa y un hijo con ella que murió en el parto. Entre sollozos y risas quebradas, todo parecía cierto.

Los hombres bebían aparte, mascando coca. Enrique se acercó al vaso, Jorge lo apartó con brusquedad: "Todavía no." Luego, mirando a Justino, soltó:

—No fue por flojo que lo botaste. Le dijo mirándolo a los ojos mientras le entregaba una pequeño cuaderno. Estaba entre sus ropas —añadió Jorge sin mirar el breviario maltrecho.

Justino no respondió. La abuela Jesús, desde el rincón, habló con un temblor extraño en la voz:

—Una noche lo vi con esa ave negra. Ambos comían un trozo de carne cruda.

El silencio se hizo más pesado que el humo de las velas. Nadie preguntó más.

Alguien, con la lengua floja de tanto trago, murmuró:

—Para estos no se mueve el padre Julián desde Arma. El santo hombre baja solo donde hay almuerzo largo y sobre todo buen calientito. Aquí basta con rezos a media voz y un aguardiente que nos queme la garganta.

Hubo risas amargas, como de burla contenida. El cuerpo seguía allí, con el ave negra vigilando desde la ventana. Parecía un chivillo, pero más grande y picudo.

Al amanecer cargaron el cajón en la carreta de don Eleuterio, amarrado con sogas en la tolva. Enrique intentó ayudar con los nudos, se raspó los dedos, pero aguantó el dolor sin quejarse. Valentín montó a Relámpago, Raúl a Tornado. Frank fue atrás, sentado junto al cajón, con Enrique a su costado comiendo mandarinas, que mientras pelaba, iba arrojando a la carretera. Los perros siguieron un trecho, hasta perderse. El ave revoloteaba sobre ellos.

Quilca quedaba nueve kilómetros río abajo, pasando Pukarume y Bellavista. Alguna vez fue un lugar próspero: maíz alto en las chacras, mulas cargadas de sal que subían y bajaban, fiestas que duraban días. Don Encarnación Salcedo, el "Papá Inca", había reinado allí con su compadre Justino, dueño de tierras y ganado. Hoy quedaban casas resquebrajadas, tejas rotas, unas pocas familias aferradas a huertos flacos. El cementerio se levantaba en la ladera pasando la laja: cruces oxidadas, tapias torcidas, tumbas abiertas al aire, como bocas sin dientes. Los hombres cavaron con palas prestadas, y los vecinos que quedaban se arrimaron en silencio, persignándose, murmurando recuerdos breves. Algunos con el vaso de cañazo todavía en la mano. La tierra sonó dura al caer sobre la madera. Alguien empezó a recitar un padrenuestro que los demás intentaron seguir por educación, pero al rato ya casi nadie rezaba hasta que finalmente se hizo un silencio incomodo.

De regreso, la carreta traqueteaba en las curvas. Nadie habló. En Huancho Grande todo volvía a la normalidad: Belén cocinaba, Ana leía, Raúl encendió la radio para escuchar el partido. Justino no salió de su habitación hasta la cena.

Frank se quedó junto al horno, mirando la piedra donde el viejo se sentaba. Enrique estaba cerca, escuchando su Walkman, pero todos sintieron lo mismo: algo invisible seguía allí.

Esa noche Frank soñó que el río bajaba como bestia desatada. Negro, hinchado, arrastraba ramas que parecían huesos y piedras que gritaban al romperse. Entre la corriente emergían cuerpos sin ojos, brazos que se hundían y volvían a aparecer. Un silbido helado atravesaba el estruendo. Frank trató de correr, pero la corriente lo tumbó contra las piedras. Se ahogaba, gritaba, y en la orilla estaba el viejo, inmóvil, con el ave en el hombro. Lo miraba fijo. No estaba vivo, pero tampoco muerto.

Al despertar, el aire aún olía a río. Nadie lo dijo, pero todos supieron que el alma del viejo había quedado atrapada entre los cerros, sin cielo ni tierra, condenado a rondar como sombra de los vivos.

27

La noche densa sobre la quebrada. Justino cerró la puerta y apagó la radio. El lamparín de querosene proyectaba sombras que se movían entre las paredes. Sobre la mesa, el cuaderno gastado parecía esperar. Lo tomó entre las manos con cautela. La letra era reconocible y, sin embargo, algo en eso trazos parecía más antiguo que su memoria, la que le dictaba que alguna vez había visitado las alturas del Apu Antallka para saber la historia de estas tierras, para recordar el sueño de esta vida. Justino se puso sus lentes de leer y acercó el cuaderno:

"Antes de que las cumbres tuvieran nombre, y los hombres recordaran la voz del nina, el samay de la pacha dormía bajo la piedra.

Dicen los antiguos que allí, donde el *Apu* se encuentra con la sombra del Antallka, la Pacha soñó un cuenco de luz entre las piedras, de ese sueño nació Qocha Warmikuna, la laguna madre, donde el mundo se miró por vez primera.

Cuando Inti la tocó con su fuego, y Quilla inclinó su rostro sobre ella, el espejo de agua tembló como vientre que despierta; de su temblor nació el Mayu San Waan, río hijo de la laguna, sangre clara que

empezó a andar, río que aún murmura el recuerdo de aquel sueño cuando la luna desciende a tocar su frente.

Bajo el vuelo del Kuntur, la savia del wachuma comenzó a moverse; su pulso despertó a las raíces dormidas en las grietas del Wasi Rumi, y la piedra se volvió piel. El Wachuma no sólo miraba el cielo: bebía la luz de Illapa, devolvía su reflejo en forma de canto, y ese canto abría los ojos del mundo, hacía visible lo oculto, decible lo innombrado.

El Kuntur, al oírlo, no voló en vano, trazó círculos sobre el aire tejiendo con su sombra los caminos entre el hanan y el urin, entre lo alto y lo profundo, entre lo que fue y lo que aún respira.

Entonces el q'enti, mensajero del instante, llevó ese canto hacia el Antallka; y el Apu, al oírlo, dejó caer una gota de su sombra.

De esa sombra nació el primer trueno, y con él, el despertar de las cosas dormidas.

El trueno no habló, pero su silencio fue semilla. Cayó sobre la piedra, la quebró; y del vientre de esa herida brotó el yaku, el agua primera. El Kuntur descendió una vez más, y entonces su sombra tocó el Mayu; allí bebió su reflejo y quedó preso en él, dando a las aguas su vuelo y su mirada.

El Mayu San Waan siguió su curso, curvándose entre los pliegues del cerro, como si buscara recordar su origen, y al hacerlo, inventara el tiempo Y así, desde el fondo del sueño de la pacha, la quebrada tomó forma, abriéndose entre los flancos del cerro como una vena viva, yaku k'uychi kawsayniyuq.

Desde entonces, cada vez que el Illapa cae, no sólo anuncia la lluvia: repite el gesto del Apu que despertó la piedra, recordando que toda luz nace de la sombra, toda vida, del estremecimiento.

El río no fue hecho para los hombres; los hombres fueron hechos para oír su murmullo. Por eso, cuando el viento del Antallka sopla, las piedras responden con su eco antiguo, y los tallos del wachuma vibran como si una respiración invisible los llamara por su nombre.

El q’enti aún danza sobre el cauce cuando el sol parte en dos la clara mañana, y el Illapa responde desde lo alto con su fuego que no quema, fuego que canta, fuego que recuerda. Todo vibra: la piedra, el tallo, la gota petrificada; todo respira en un solo cuerpo, abierto al misterio que persiste.

Así nació la quebrada que los hombres después llamaron San Juan, aunque su nombre verdadero nadie lo pronuncia.

Porque el que lo diga entero volverá al sueño del Mayu, y su cuerpo será agua. Y el río seguirá, incesante, como si nada hubiera comenzado aún.

Pero dicen también —los abuelos del viento, los que viven en el borde del sueño— que un día vendrán los que no oyen el murmullo, los que clavan hierro en la piedra y ciegan el sami.

Vendrán con pasos de humo y lenguas resecas, buscarán cortar el cauce del Mayu para beber su corazón.

Entonces el río se alzará, no con ira, sino con memoria; llamará al Illapa, al Kuntur y al q’enti, y las aguas se tornarán espejos de fuego y sombra.

Dicen que en ese tiempo el cielo temblará tres veces, y la luna esconderá su rostro.

El Mayu San Waan sangrará hacia adentro, guardando su voz en las entrañas del Apu, hasta que la piedra vuelva a soñar, y finalmente el río alcance el mar —al que los antiguos llamaban Mikhuy Mama Qocha,

la madre mar que devora, y allí entregará su canto al abrazo salado del inmenso cuerpo marino.

Y cuando el sueño se cierre, los antiguos dirán desde su sombra:

«Jach’a pacha kutiy» —el gran retorno del mundo—, pero esta vez será un retorno de silencio, cuando el río despierte solo, sin nombre, y vuelva a buscar su voz entre las piedras”.

28

Frank estaba aburrido. La casa de Huancho Grande parecía un laberinto de silencios y rincones donde no había nada que hacer. Su hermano Enrique se había llevado el Walkman y no le prestaba los casetes. Era esa música con la que últimamente andaba de aquí para allá, un audífono puesto y el otro colgando. Todo parecía detenido, incluso el viento, y hasta los perros Tupac y Amaru se movían con un ritmo adormilado. Django no estaba, aunque lo había buscado desde temprano: primero en el corral de vacas, donde iba cuando ordeñaban a tratar de tomar algo de leche, y después en Esperanza, el cerco donde Percy lo llevaba a cuidar que el ganado no cruzara la pirca hacia las tierras del vecino, Don Félix.

El tío Jorge apareció de repente, como siempre, sin anunciarse. Venía de revisar los cercos más lejanos. Su figura se recortaba entre el sol de agosto y la tierra polvorienta del camino. Frank lo vio aproximarse y sintió esa mezcla de respeto y desconfianza que siempre le provocaba su tío. Jorge ajustó el sombrero con un gesto rápido, encendió un cigarrillo y lanzó una mirada risueña a los cerdos, como si pensara cómo era que estos cojudos se habían salvado de la crecida.

—Frank —dijo el tío Jorge con voz seca—, ¿puedes llevar a los chanchos a comer al Triángulo? ¿Conoces el camino?

Frank dudó. Sabía más o menos a dónde iban, pero nunca había arriado tantos cerdos a la vez. Solo uno, en realidad, y con ayuda de su hermano.

—Sí, tío… sí sé —respondió, vacilante.

Tomó un carrizo y llamó a Tupac. El perro lo siguió, moviendo la cola con entusiasmo; para él, llevar cerdos era un juego que disfrutaba más que nada en el mundo. Los cerdos se amontonaron en la puerta de su nuevo hospedaje —el corral de las borregas—, gruñendo anticipadamente su momento de libertad. Al abrir la puerta con dificultad, Frank fue superado y tambaleó rápidamente por los porcinos que salieron despavoridos en la dirección del cerco. Frank empezó a correr junto a la piara, pero justo una perra en celo apareció en el camino, seguida de una jauría variopinta. Tupac corrió a unirse al alboroto de ladridos, dejando a Frank solo con los cerdos.

Los animales no esperaron. Se dispersaron apenas cruzaron la tranquera del camino principal. Algunos se metieron al maizal cercano y comenzaron a devorar las mazorcas, los tallos verdes; hasta las flores; otros se zambullían en el lodo, girando sobre sí mismos como torbellinos de barro. Frank intentaba arriarlos con el carrizo, pero cada golpe parecía inútil. Su desesperación crecía, mientras los cerdos correteaban felices, burlándose de su esfuerzo.

Mientras avanzaba por el maizal, Frank percibió movimientos entre las cañas. Lo lejos, una pareja de jóvenes apareció brevemente entre las plantas. La muchacha de trenzas tenía la lliclla mal puesta; el joven no llevaba sombrero ni camisa, y el pantalón le caía hasta las rodillas. Se reían discretamente, quizá sin notar a Frank, quien quedó

desconcertado y sonrojado, sin saber bien qué hacer. Antes de poder reaccionar, un chancho pasó corriendo junto a él y lo devolvió a la realidad: el maizal era un caos y él debía concentrarse en los animales o el tío Jorge le gritaría delante de todos.

Mientras seguía a los puercos, recordó lo que la abuela Jesús contaba sobre la crecida de febrero último. El agua había subido de golpe, casi se lleva la casa, y tuvieron que irse a dormir a Esperanza junto con Belén, maldiciendo en quechua, cargando pellones y la frazada tigre. Justino, desde la comodidad de su hamaca, decía que no iba a pasar nada, que siempre era igual en esos meses, y seguía absorto en su revista Selecciones. Solo levantaba la vista para reírse a carcajadas cuando llegaba a "La risa, remedio infalible".

El río, sin embargo, terminó arrastrando los corrales de los cerdos ya que estaban cerca del puente. En un instante, las pircas se disolvieron como arena en el caudal violento del kallpayuq mayu. Los dieron por muertos. Sin embargo, al día siguiente los encontraron casi a todos: chicos y grandes, machos y hembras, refugiados en pequeñas cuevas que la misma corriente había ido cavando en la orilla. Frank no entendía cómo los cerdos podían sobrevivir a cosas así. Ahora, orondos, se le escapaban del carrizo y de los gritos que les arrojaba inútilmente.

Por el camino de la Era pasó un hombre arriando cabras y tocando la quena. Imatan ruwanki saray ukupi, taytaykimanmi, willaykamusaq.

Frank no entendía lo que decía, pero la risa del hombre, al cruzarse con él, le pareció burlona. El sonido de la quena se mezcló con los gruñidos, el chillido de los loros y el rumor lejano del río.

En el maizal, los cadillos se le pegaron a la ropa. Sentía las espinas clavarse en las medias, algo le picó en el cuello, y una rama baja le

golpeó la pierna con insistencia. Los loros chillaban al levantar vuelo hacia los árboles de níspero, y el ruido parecía cerrarse sobre él, como si el campo entero se le viniera encima.

De pronto apareció Django. No ladró al inicio. Se movió rápido, con el cuerpo bajo, rodeando a los chanchos, gruñendo, achicando el círculo, mostrando los dientes, tuvo que morder un cerdo grande y lanudo en la oreja, que supieran quien mandaba. Los animales fueron regresando al camino.

Frank se quedó mirándolo, inmóvil, con el carrizo inútil en la mano. Nunca había visto a un perro manejar a los cerdos con tanta eficacia.

Cuando llegaron al Triángulo y los animales se volcaron sobre la alfalfa, Frank respiró hondo. Django se quedó resguardando, atento al camino, a la entrada de palos que cortaba la bajada al puquio y luego al río.

Entonces apareció Percy con la honda en ristre y unas torcazas muertas amarradas a la cintura.

—Dice tu tío que ya puedes regresar; yo te reemplazo.

Sin esperar respuesta, se internó entre los molles y los eucaliptos, atento al follaje.

Frank volvió despacio, con el carrizo colgándole de la mano. El tío Jorge no dijo nada. Lo miró apenas y le hizo una seña con la cabeza, mientras pensaba que ese hijo de Yolanda nunca había sido útil para las labores de la chacra.

Mientras caminaba de regreso, una imagen fugaz apareció en su mente: Sylvia, su prima audaz y precoz, que a veces viajaba al fundo y compartía secretos con él. La que le tomaba de la mano mientras

escuchaban música en la piedra del río. La recordó con una mezcla de pudor y desconcierto. Si hubiera venido esta vez...

29

La cocina estaba abierta de par en par. El queso sobre el fogón se humeaba incorporando sabores desconocidos. Mientras Yolanda molía en el batán pequeño, Belén lavaba ajíes en la batea. El compás de los huaynos huancavelicanos era interrumpido por el locutor de la radio AM que promocionaba las pilas Rayobac.

—¿Mama Jesús? —preguntó Yolanda, sin levantar la vista.

—Ha salido, pues. A ver las habas. Dice que ya se están apolillando.

Un trueno se oyó detrás del cerro. Nadie volteó. El fogón crujía suave. Desde alguna parte de la casa, se oyeron pasos.

Un perro empujó la puerta con el hocico.

—¡Shaykuy, Túpac! ¡¡Fuera!! —dijo Belén, sin mirar—. ¡No hay nada pa’ ti!

Túpac se quedó cerca, acostumbrado a los aromas de la cocina. Desde el patio apareció DJango. Caminó hasta el horno y se echó en un rincón.

—Ese sí sabe —dijo Yolanda—.

—Dyango ya ha visto todo —dijo Belén—. Hasta lo que no debía.

En la viga, un gato flaco vigilaba.

Yolanda recogió unas ramas de muña del canasto.

—¿Y Alicia?

Belén siguió cortando.

—Mana rikhurqanchu. Desde que se fue, nada.

Yolanda dejó caer la muña en la olla.

—Cuando recién la trajo tu hermano, parecía muda. Ni hola decía. Pero bien que miraba.

—Así son algunas. No necesitan mucho.

—Con su cuadernito venía, y con libros. Maestra era. Belén sonrió sin mirar.

—Pensó que Jorge era distinto.

—Pobre. Se fue creyendo nomás.

El gato bajó de un salto. Túpac intentó darle un manotazo con poco éxito. Belén lo espantó con la mano.

—¡Qanray! ¡Sumaqta kayta miray! ¡No ves que ensucias!

Dyango en cambio ni se movió.

Yolanda se sentó en el banco. Se acomodó la espalda.

—Enrique crece tan rápido que la ropa no le dura, hay que estarle bajando la basta de los pantalones. Y, además, para todo el día con la pelota, hasta dentro de la casa se pone a jugar como si fuera cancha de fútbol.

Belén sonrió.

—¿Y Frank?

—Más callado. Pero observa. A veces se queda viendo a su papá mover las piezas de ajedrez. No pregunta. Solo mira. Tiene cabeza ese niño. Ojalá no se le apague.

—Los que no hablan, piensan más. Solo que piensan raro.

Yolanda tomó la taza. Sopló el borde antes de beber. Se quedó mirando el vapor un rato.

—Últimamente se mete en su mundo. Se pone esos audífonos todo el día, como si no escuchara a nadie. Y cuando no, está con una libreta. Apunta cosas. No sé qué. Una vez, por curiosidad nomás, leí. No debía, lo sé… pero me ganó.

Belén volteó.

—¿Y qué decía?

Yolanda dudó.

—Cosas sueltas. Dibujos, letras de canciones, preguntas. Como si mirara todo desde otro sitio. Había escrito: "La voz del río no es agua", y luego algo como "todos gritan, pero nadie escucha".

Belén frunció el ceño.

—Capaz sueña despierto.

—O capaz se está yendo lejos, pero sin moverse. Eso es lo que me preocupa.

Belén no respondió de inmediato. Miró al fuego.

—Yuyariyqa mana chinkaychu. Lo que uno recuerda, no se pierde.

Yolanda bajó la mirada.

—Ojalá solo recuerde cosas buenas.

Una sombra pasó por la ventana, cruzando de un ambiente al otro. Era mamá Jesús con un balde de agua, sin decir palabra. Como siempre, viendo todo sin preguntar.

Belén se acercó al fogón, removió el ají con la cuchara grande. El fuego respondió con un crujido leve. La cocina olía a leña y hierbas frescas.

—¿Y los tuyos? —preguntó Yolanda, bajito—. ¿Yuly? ¿Percy?

Belén se tomó un respiro.

—Ahí andan. mojándose como peces. No quieren salir del río. Acaso serán camarones, le digo, o tú serás un bagre, le dice la Yuly a su hermano. Yolanda ríe.

—Son buenos chicos.

—Son suyos también, pues.

Yolanda no dijo nada. Solo apretó un poco la taza.

María Jesús entró ahora sí, con ramas de eucalipto. Las colgó sin hablar. Revisó la olla.

—Yakuqa llaki —dijo al fin—. El agua está triste ya. Apúrense.

Dyango levantó la cabeza. El trueno volvió a sonar, más lejos. Túpac salió tras el gato. Y la cocina quedó como siempre: viva. Atenta. Silenciosa.

30

La carretera se estrechaba a medida que dejaban atrás la franja seca de la costa. El aire cambiaba de peso, no de temperatura: se volvía más delgado, más atento; la tierra pesaba más y se ondulaba buscando el cielo. Abajo, el río golpeaba las piedras con un sonido persistente, como si alguien estuviera repitiendo una misma frase desde hace siglos, sin esperar respuesta.

Israel manejaba tratando de no soltar el pie del acelerador. Conocía ese camino desde antes de que tuviera asfalto. A ratos soltaba el volante con una mano, como si las curvas fueran memoria y no cálculo.

—Por acá arriba es —dijo, más para sí que para Quique—. Hay una trocha, un camino de herradura que llega hasta San Pablo.

Quique miró hacia donde Israel había señalado con la barbilla. La cordillera se abría en una pendiente irregular; se distinguía una línea borrosa blanquecina que cortaba trasversalmente el cerro.

—Hay gente viviendo ahí —dijo.

—Sí —respondió Israel—. Desde hace años.

El auto siguió avanzando. El ruido del río entraba y salía por la ventana de la camioneta.

—Quiero ver bien esas tierras —continuó Israel—. Huancho alto está dentro de la propiedad. Nunca se saneó eso.

Quique dejó pasar un tramo largo, como si contara curvas. Se acordó de cómo Frank siempre estaba pendiente de lo postes de kilometraje, ansioso por distinguir el que vendría después, pero después le había dado sueño y se había quedado dormido en el asiento de atrás. Un bache lo hizo regresar a la realidad.

—¿Y para qué quieres verlas ahora?

Israel sonrió apenas.

—Para ordenarlas.

La palabra quedó suspendida unos segundos, como el polvo fino que levantaba el auto.

—Siempre es la misma palabra —dijo Quique—. Ordenar.

—Porque el caos no sirve —replicó Israel—. Ni para ellos ni para nosotros.

Quique estaba recordando esas mismas discusiones, acaso estériles, que de joven sostenía, acaso con más ímpetu, acaso levantando el puño enardecido o vociferando consignas en noches interminables llenas de alcohol en las que planeaba cambiar el mundo.

Abajo, el río se ensanchaba un poco. Después, se adelgazaba, desaparecía, jugaba a las escondidas, pero siempre estaba haciéndose escuchar. Cuando pasaron por Huachinga, vieron un grupo de mujeres lavando ropa en las orillas; el golpe de las prendas contra la piedra marcaba un ritmo constante.

—Funciona para que las vicuñas no desaparezcan —respondió Quique—. No para que la gente deje de estar siempre al final de la cadena, muriéndose de hambre.

Israel resopló.

—Siempre vuelves a lo mismo.

—Porque siempre es lo mismo —replicó Quique—.

Hizo una pausa breve.

—Eso mismo dijeron con las vicuñas —continuó Quique, como retomando algo anterior—. Que está desapareciendo, caza furtiva, descontrol, y que sin control no hay futuro. Sonrió irónico.

Israel asintió, sin dudar.

—Y no les faltaba razón.

No —dijo Quique—. Pero tampoco les sobra.

Israel lo miró de reojo.

—Esperemos los resultados. Antes no veías ni una, al menos por acá, ni rastro. Ahora ya no están en peligro, hay un manejo técnico, organizado, inversión. Eso funciona.

—Esto no es mercado, es un sistema cerrado de exportación de materia prima. No hay que ser ingenuos, la fibra se va sin procesar,

se industrializa y se vende a precios exorbitantes. De súbito, entró una ráfaga de viento y polvo, Quique tosió, Israel escupió por la ventanilla.

—Pero ahora nadie obliga a nadie —dijo Israel—. Las comunidades están participando.

—Ejecutan, como mucho —corrigió Quique—. No deciden. Subsisten.

El camino descendía cerca del cauce. Un rebaño de cabras bajaba con dificultad, empujado por un muchacho flaco que no debía tener más de doce años. Los animales avanzaban primero; el niño iba detrás seguido de dos perros ovejeros, cuidando que ninguna se retrasara.

Israel bajó un cambio y se detuvo unos metros más adelante. Esperó a que el último animal cruzara y apagó el motor.

—Espera —dijo—. Voy a salir un rato.

Se bajó del auto y caminó unos pasos hacia el borde del camino. Quique se quedó adentro, mirando el agua correr entre las piedras. El río arrastraba ramas secas, una espuma blanca en algunos tramos que se precipitaba y se disolvía.

Israel volvió ajustándose el cinturón. Se sacudió las manos como quien se quita polvo invisible antes de subir.

—Ya —dijo—. Sigamos.

El auto volvió a moverse.

—No son tiempos para dejar las cosas sueltas —añadió Israel—. Ahora cualquiera con plata es sospechoso para los terrucos.

Quique no lo miró enseguida. Siguió observando cómo el muchacho y las cabras descendían hasta la orilla.

—Sendero no pregunta mucho —dijo—. Por eso mismo habría que pensar dos veces qué orden se impone.

El viento entró con más fuerza por la ventana.

—Eso de cambiar el sistema ya pasó, hermano —continuó Israel—. Ya se intentó todo. Al final, lo único que queda es lo que funciona. Hizo un gesto amplio con la mano, como abarcando el camino.

—Mercado, inversión, reglas claras. Lo demás es perder tiempo.

Quique apoyó el codo en la ventana.

—Unos países se especializan en ganar y otros en perder. Creo que ya nos toca ganar.

Israel soltó un carcajada.

La pobreza es un pecado de la sociedad, iba a insistir Quique, recordando sus lecturas juveniles, pero no tenía ganas de hablar de religión.

—Todos esas ideas envejecieron mal.

—Puede ser —concedió Quique—. Pero el cerro sigue ahí.

Señaló el camino de herradura que cortaba la cordillera.

—Y la gente también.

La carretera se volvió más angosta. Un derrumbe reciente los obligó a detenerse otra vez. Israel apagó el motor. El silencio se llenó del río y del viento alto. Una piedra grande había resbalado de la laja en Yanapampa.

—Mira —dijo Israel observando la piedra en el camino—. En Huancho Alto la gente no tiene títulos, no tiene chacras. Viven ahí porque nadie puso orden.

—Después de la reforma quedó todo así —añadió—. Tierra sin dueño, papeles a medio hacer. Malas decisiones...

—Se repartió la tierra —dijo Quique—, pero no se repartió el poder.

—Las cooperativas se cayeron solas —dijo Israel—. El Estado no pude estar haciéndolo todo, para eso existe la empresa privada.

Quique también bajo del auto, había que mover esa piedra. Constató que Frank seguía durmiendo en el asiento posterior, luego caminó unos pasos. Desde ahí se veían mejor los techos de calamina, los surcos mínimos, los niños sentados mirando el camino.

—Esto se puede aprovechar —dijo Israel—. Con papeles, se puede hacer producir. Para la familia. Los dos agarraban la roca desde lados opuestos, la levantaron con dificultad

—Mejor la empujamos —repitió Quique. Hacia el lado del río.

Israel lo miró mientras dejaban la piedra otra vez, apenas la habían movido. Suspiró.

—Tú también sabes que así funciona todo. Si no lo hacemos nosotros, otros lo harán.

Quique no respondió. El río seguía golpeando allá abajo.

Después de varios intentos lograron despejar el camino. Se sentaron en un tronco, bajo las sombra de un eucalipto.

Si la historia se repetía o no se repetía, si había que agudizar las contradicciones, sin capital no hay inversión, sin inversión no hay progreso, sin progreso no hay capital ¿y la lucha de clases era el camino? De pronto Quique sintió un gran cansancio, cierto hartazgo difícil de precisar. Vamos, se hace tarde, dijo mientras se dirigía al auto.

Israel asintió y volvieron a la ruta, El auto avanzaba atravesando la quebrada mientras el rio, los cerros, los animales: todo parecía pertenecer a otro mundo.

De pronto el paisaje ya no era plano, se volvía cada vez más vertical.

31

Aquella mañana el niño se levantó muy temprano en Quilca, el fundo que la de la familia en la quebrada. Tenía unos seis años. El sol llegó como siempre e invadió la casa con su claridad, aunque en el aire había un halo de tristeza que no sabía nombrar. El padre, ya enfermo, no estaba con ellos, sino en tratamiento en la capital.

A media mañana la madre le pidió que la acompañara a llevar unas reses. Él imaginaba los campos donde siempre pastaban. Ella cogió un carrizo grande y le dio otro más pequeño.

Se dirigieron hacia la cabecera, el límite noreste de las tierras. El último cerco se llamaba Yanatara. Empezaron a arrear las vacas. Entre ellas el niño reconoció a la Barrosa, una pardo suiza muy productiva en leche y querida por la madre, pues descendía de una vaca que ella había aportado a la unión conyugal. La Barrosa se detenía a veces, esperando el puñado de sal que la mujer le ofrecía en la palma de la mano.

—Los hombres son cruz —decía ella, mientras le acariciaba la cabeza.

Siguieron por el sendero cascajoso. Aquel día, curiosamente, no corría el fuerte viento de siempre, y los loros que alborotaban en sus altos nidos, en las laderas, permanecían en silencio.

Al llegar a Yanatara, la Barrosa empezó a bajar seguida por las demás por el pequeño sendero de entrada al cerco. Entonces Mama Tuna corrió, se adelantó, las desvió hacia la carretera y exclamó:

—¡Saya! ¡Saya!

El niño miró sus ojos anegados de lágrimas. No comprendió lo que sucedía. A lo lejos vio al capataz del fundo vecino que, con el látigo en la mano, esperaba por las reses. Nunca volvieron a verlas: ya habían sido vendidas.

Regresaron sin hablar. La madre lo llevaba de la mano. El niño caminaba mirando el suelo, sin saber todavía qué era lo que se había ido.

32

El campo de Quilca estaba en movimiento desde temprano, los sacos se alineaban al borde del camino y los peones subían y bajaban sin detenerse. Don Encarnación avanzaba despacio a caballo, mirando el trabajo con satisfacción.

Justino, a su lado, hacía lo mismo.

—Ese lote va primero —dijo Don Encarna—. El de más abajo que espere.

Un muchacho corrió a repetir la orden. Nadie discutió.

—Que separen bien —añadió Justino—. No quiero mezclas cuando baje.

Don Encarna asintió sin mirarlo. Tenía en la mano unos granos de maíz blanco que hacía girar entre los dedos, como si de un momento a otro el maíz fuese a hablar.

—Si se apuran ahora, terminan antes del calor.

Los animales resoplaban quietos. Desde arriba, la cosecha se veía pareja.

—¿Cuántos camiones?

—Dos mañana —respondió—. Uno se queda. El otro baja directo. Hasta el corte.

Más abajo, los hijos observaban. Uno llevaba la cuenta, el otro seguía a las bestias. Todavía miraban. No eran los mismos que después iban a decidir.

Ese año, la tierra estaba cumpliendo.

A los pocos días, Don Encarna ya no bajó al campo tan temprano. El caballo quedó amarrado más tiempo de lo habitual bajo el sauce alto, y las órdenes empezaron a llegar por terceros.

—Dice el patrón que esperen —anunció uno—. Que hoy no se cargue todo.

—¿Qué pasa? —preguntó Justino.

—Nada. Un viaje nomás. Mañana vuelvo.

Pero el viaje se repitió. Y después otro. La cuenta ya no se hacía desde arriba del caballo, sino sentado en una piedra, bajo la sombra del guarango. Mama Tuna se sentaba cerca, sin decir nada.

—¿Alcanza? —preguntó Justino una tarde.

—Por ahora.

Los sacos se quedaron más tiempo apilados. Los hijos empezaron a preguntar.

—Vayan adelantando —dijo—. Yo alcanzo.

La casa empezó a cerrarse más temprano. Desde adentro se oía menos. ~~Eusebio~~ se hizo cargo de la parte del campo y coordinó con Justino las faenas comunales: la toma de agua, la rotación del ganado, los acuerdos con la comunidad.

El viaje ya no era de solo unos días. Don Encarna volvió de pronto con polvo ajeno en la ropa y papeles doblados en el bolsillo. Estaba mucho más flaco.

—Hay que vender algunas reses. Dos nomás.

Los bueyes salieron primero. Después una yunta más. El campo siguió andando, pero más ajustado.

—La próxima semana.

La próxima semana se llevó una chacra chica. Nadie la mencionó por su nombre.

Después vinieron otras.

—Es por un tiempo —dijo—. Cuando vuelva, se arregla.

Pero cada regreso lo traía más cansado. Mama Tuna empezó a viajar con él. El caballo ya no se ensilló.

—Baja tú —le dijo a Justino una mañana—. Yo ya no puedo.

Después vino la ciudad. No como destino o necesidad. Chincha quedaba lejos del campo. Y después Lima.

Cuando Don Encarna se fue del todo, Quilca siguió produciendo por un tiempo. Luego pasó a otras manos. Cada vez que Frank viajaba hacia Huancho en el Volkswagen con la familia, su padre se detenía en Quilca para observar la casa donde nació.

33

Caminaban desde la mañana, al ritmo que marca el cuerpo cuando sabe que va a llegar igual. El camino bajaba en curvas suaves, bordeando la quebrada, y a esa hora el sol ya no quemaba como al mediodía, pero seguía pesando en la espalda. Ya se veía Huancho más abajo, recogido entre los cerros.

El violinista iba un poco más adelante. Llevaba el estuche colgado del hombro, envuelto en una manta vieja que ya había pasado por muchos senderos. De vez en cuando se detenía, miraba hacia atrás, esperaba a que los otros alcanzaran.

El arpa la cargaba un burro manso, con una soga mal anudada al pecho. El animal no era de ellos; en Huallunquía les dijeron que lo dejaran donde el abuelo.

—Pasen por Huancho —les habían dicho—. Ahí está don Justino.

La mujer del arpista caminaba al costado, cuidando que el instrumento no golpeara las piedras cuando el animal se asustaba con el viento. El charanguista venía mascando coca, escupía al costado sin mirar. El del violín se quejaba del hombro sin que nadie le contestara.

En un recodo los alcanzó un camión viejo, bajando despacio las laderas, cargado de sacos. El chofer frenó un poco más adelante y se asomó por la ventana.

—¿A dónde van?

—Río abajo —dijo el de la quena.

El chofer los miró con simpatía: el burro, el arpa, un perro flaco que los seguía.

—Súbanse hasta Camayoc. Tengo que dejar esto ahí.

Cargaron lo que pudieron. El burro fue atrás, amarrado. Sentados en la tolva, dejaron colgar las piernas. El aire frío les entró por la ropa sudada y nadie habló por un buen rato. El camión avanzó sacudiéndose. El chofer manejaba con una mano; con la otra doblada con el codo en la ventanilla.

—¿Para fiesta o para penas? —preguntó.

—Para las dos —respondió el violinista—. Es lo mismo.

El chofer se rió.

—Así es mejor. La música no se equivoca.

Los dejó donde había dicho. Se bajaron sin agradecer demasiado. El camino seguía.

Pasaron por un tramo donde la quebrada se abría y el viento corría distinto. El violinista se paró ahí. Sacó el instrumento apenas para probar. Pasó el arco una vez. Ajustó una clavija. Volvió a pasar el arco. El sonido salió fino, casi perdido en el aire. Asintió apenas, como si el violín hubiera dicho algo que solo él entendía.

—Más abajo es —dijo, como para sí.

Siguieron. El camino se llenó de piedras chicas que se metían en las ojotas. El violinista se sentó en una piedra y estiró los dedos, uno por uno, como si contara. El sonido de la acequia disipaba el silencio seco de la quebrada.

Cuando retomaron, el cielo empezaba a cambiar. El color se iba apagando y el frío bajaba de a pocos. El violinista apuró el paso. Sabía que tocar con los dedos entumecidos no era lo mismo.

Al doblar una curva vieron humo. Una cocina. Un perro ladró. El violinista se detuvo. Esperó. El perro se calló. Desde la casa alguien gritó algo en quechua. No se entendió bien, pero el tono era de saludo.

—Aquí es —dijo el violinista, señalando el puente.

Los vio llegar desde lejos. Primero el burro, después la gente, detrás un perro. Frank estaba sentado en una piedra bajo el ciprés, con las rodillas juntas, mirando un libro. No estaba esperando nada, pero cuando vio el grupo se animó.

Frank se paró sin darse cuenta. Dio un paso, luego otro. Más atrás, su madre hablaba con la tía Jimena. Nadie les dijo nada.

El burro se detuvo primero. Movió las orejas. El del arpa le palmeó el cuello y le acomodó la carga. El charanguista miró al niño.

—Rimaykullayki, erqe.

—¿Hay fiesta? —preguntó Frank.

—Siempre —dijo el músico, sacándose el sombrero a modo de saludo.

El violinista se sentó en una banca baja, apoyó el estuche en el suelo y sacó el instrumento con cuidado. Los demás iban dejando sus cosas para descansar cuando salieron Yolanda y la tía Jimena, acompañadas por Belén y su perro Shaykuy. El violinista se acercó a saludar;

reconoció al animal, que dejó de ladrar después de olerlo y se fue a investigar al otro can.

Pasaron a la sala. Yolanda fue con Belén a traer algo de comida y bebidas.

Tocaron mientras se acomodaban. No una canción entera: pedazos, sonidos que se perdían entre el susurro del viento.

Mientras tanto, el niño de los músicos se apartó un poco. Se agachó junto a una piedra y metió la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó un trompo envuelto en un trapo. Lo desenrolló con cuidado.

Frank lo vio enseguida.

—Ese trompo… —dijo—. Percy tiene uno también.

El otro no respondió. Le dio cuerda rápido, con los dedos acostumbrados, y lo lanzó al suelo. El trompo empezó a girar firme, sin saltar. El niño se agachó, esperó el momento justo y lo levantó en la palma. El trompo siguió bailando ahí, zumbando bajito.

Frank se quedó observando.

El niño alzó la mano un poco más, dejó que el trompo girara un segundo y lo volvió a tirar al suelo.

—Yo también sé —dijo Frank, sin convicción—.

—¿Quieres que te enseñe? —preguntó el otro.

Frank dudó un segundo, pero luego negó con la cabeza.

—Después.

El trompo siguió girando hasta apagarse. El niño lo recogió, lo sopló, como si tuviera polvo, aunque no se veía, y lo guardó otra vez en el trapo.

—¿Qué lees? —preguntó, mirando el libro.

Frank lo tomó, lo levantó apenas.

—Historias.

—¿De aquí?

Frank pensó un momento.

—No, de lejos... movió el brazo como si quisiera abarcar el mundo, como si quisiera decir que era de lugares que no existían ya.

El otro asintió, como si entendiera.

Desde la cocina llamaron a los músicos. El violinista ya tenía el instrumento colgado, probando una cuerda.

—Nos vamos temprano —dijo el niño, levantándose—. Con la luna.

—Ajá —dijo Frank.

El niño dio unos pasos y se detuvo.

—Si practicas, te sale —dijo, señalando el trompo con la cabeza.

Cuando el niño se fue, Frank se quedó un rato mirando el libro. Seguía ahí, cerrado, quieto, como si no girara hacia afuera.

Se quedó mirándolo un momento más y después apartó la vista.

Más tarde, cuando el sol se ocultó, los músicos acomodaron sus cosas. No hubo apuro ni despedidas largas. El burro fue cargado otra vez.

El niño se quedó dormido apoyado en la mula que Valentín les prestó hasta Yanapampa. La mujer del arpa le acomodó la cabeza sin despertarlo.

Frank los vio alejarse por el camino bajo, primero el animal, después las siluetas, hasta que el sonido de las ojotas se mezcló con el del río.

Volvió a sentarse bajo el ciprés. El libro seguía ahí. Lo tomó, lo abrió por cualquier página y leyó un rato bajo la luz de la luna, como si el camino todavía no se hubiera terminado de ir.

34

I

La poza era un hueco inmenso excavado en la tierra, lleno de un líquido espeso, sin reflejo, de un color oscuro que cambiaba según la luz: a ratos plomo, a ratos óxido, a veces negro.

El ingeniero Mendoza se detuvo en el borde junto a los demás. Llevaba casco naranja, camisa clara metida dentro del pantalón, las mangas arremangadas apenas. El viento frío levantaba un polvo oscuro que se pegaba a la piel. Abajo, la superficie de la poza se movía lento, como si respirara.

Más atrás, junto al cerco, un guardián apoyaba el peso en una sola pierna. El fusil descansaba contra la cadera. No intervenía. Estaba ahí para que nadie olvidara dónde estaban, al igual que otros guardias vestidos de verde que custodiaban las oficinas principales, los caminos de acceso y el perímetro de la mina.

—Ya pasó el nivel —dijo uno de los técnicos, mirando el tablero—. Desde anoche.

No lo dijo en voz baja ni con alarma. Quizás ya se sabía.

—¿Cuánto? —preguntó el supervisor.

—Dos líneas rojas —respondió—. El margen ya se fue.

Mendoza miró el borde. En varios tramos, la tierra de afuera estaba oscurecida.

No era barro de lluvia. Era una humedad pesada.

—Se está yendo por abajo —añadió el técnico, señalando el cauce—. Filtra por el socavón.

Nadie respondió de inmediato. No era una novedad. Solo una confirmación.

—Ese socavón nunca cerró bien —dijo otro—. Ahí la roca es blanda. El mineral ya estaba fracturado desde antes.

Mendoza asintió. Sabía leer esas tablas, pero no necesitaba mirarlas.

Ese tipo de filtración la había visto antes, muchos años atrás, no en una poza en el río que bajaba de Castrovirreyna, cuando la tierra empezaba a oscurecerse sin que hubiera llovido. Su madre decía que el cerro avisa antes de romperse.

—Hay que bajar la presión —dijo sin convicción, casi de memoria.

—Podemos aliviar por el costado —propuso el supervisor—. Mandar una parte más abajo, hacia la galera antigua.

Más abajo no era un lugar preciso. Era una dirección hacia el cauce.

—Está fuera del plano principal —aclaró el técnico—. Pero entra dentro de lo permitido. El mineral ahí ya no se trabaja.

Elsa leía en la mesa de la cocina, fumando, con la ventana abierta al cerro y el informe extendido como si fuera un mapa que no terminaba de reconocer. El humo subía recto y salía sin quedarse, empujado por el aire frío que bajaba de la quebrada.

El documento estaba escrito con una prolijidad casi elegante: *Los niveles de líquido se mantienen dentro de los parámetros. Si bien se observa un incremento estacional en el aporte de sólidos, el borde libre cumple con las normativas de seguridad vigentes para la Unidad…*

Elsa avanzaba despacio, aspirando el humo del cigarro. Por la ventana, el ruido de los animales la distrajo un momento; luego regresó a la lectura.

Se detuvo en el apartado sobre el dique. No había grietas. No había asentamientos de importancia, eran "filtraciones por capilaridad, normales dadas las características del talud inferior".

Volvió a leer esa frase. Pensó en los animales que habían dejado de bajar al río, en las cabras que ya no bebían ahí desde hacía meses. Ninguna de esas cosas figuraba en el papel.

Pasó la hoja. El socavón aparecía reducido a un número y a un nombre antiguo, ahora convertido en referencia técnica. *No reporta anomalías. Se autoriza la continuidad de las operaciones de vertido mediante ajuste operativo.*

Apoyó el cigarro en el cenicero y lo dejó apagarse solo. Desde la ventana, el cerro seguía ahí, quieto. Elsa dobló el informe sin ordenarlo y lo dejó sobre la mesa, entre el cenicero y la ventana, como tantas otras cosas que se dejan a medio hacer.

II

Antes de que el ruido del motor fuera una presencia física, el ave lo supo.

Sobre un poste del cerco, un gallinazo mantenía las alas entreabiertas, secando el rocío ácido de la mañana. Tenía la vista fija en la quebrada,

como si el movimiento espeso del aire anunciara algo que todavía no se veía. Cuando la vibración golpeó la piedra del cerro, encogió el cuello, lanzó un graznido seco y se arrojó al vacío.

Mendoza lo vio cruzar el aire: una mancha negra y desgarbada que huyó hacia el fondo de la quebrada, buscando un silencio que ya no estaba.

Segundos después, el helicóptero asomó por el filo del tajo. El torbellino de las aspas levantó polvo, fragmentos de mineral, restos secos que golpearon la ropa y la cara. El acero descendió sobre el terraplén con un golpe seco, desplazando a los cuerpos sin tocarlos.

De la cabina bajó el capitán Valer. No se apresuró. Llevaba boina, el uniforme rayado, los lentes oscuros todavía puestos. Detrás de él descendieron dos hombres más, cada uno atento a un punto distinto del cerro.

Valer se detuvo frente a Mendoza y recién entonces se quitó los lentes.

—Ingeniero —saludó, con voz ronca.

Mendoza respondió con un gesto breve.

—Me informan que han bajado el ritmo —continuó Valer, alzando apenas la voz para imponerse al ruido que todavía no terminaba de disiparse—. Que hay problemas abajo.

—Una filtración —dijo Mendoza—. Controlada.

Valer no miró la quebrada. Sus ojos recorrieron los bordes del tajo, las pendientes, las entradas secundarias.

—Acá no estamos para manejar rumores.

Uno de los hombres de la escolta avanzó unos pasos y le extendió una hoja. Valer la tomó sin mirarla.

—Tengo un reporte de faltantes en el depósito del nivel cuatro.

—Estamos verificando —respondió Mendoza—. Hubo un accidente en la galería baja.

Valer encendió un cigarrillo. Dejó que el silencio se acomodara entre ambos.

—¿La filtración se llevó los cartuchos —dijo al fin— o fueron sus muchachos del sindicato?

Mendoza no respondió de inmediato. Asintió apenas, como si tomara nota mental de la pregunta.

Valer dio una última pitada y aplastó el cigarrillo contra una piedra. Se colocó los lentes.

—La producción no se detiene.

Hizo una seña corta. La decisión ya estaba tomada.

—Firme lo que tenga que firmar, ingeniero. Arreglen lo que haya que arreglar. Mañana quiero ver camiones bajando mineral.

Valer se dio media vuelta sin esperar respuesta y empezó a caminar hacia los módulos prefabricados. La escolta lo siguió. Mendoza quedó un segundo inmóvil, luego lo acompañó en silencio.

Detrás de ellos, el helicóptero volvió a rugir.

Mendoza esperó a que el polvo se asentara y buscó en el bolsillo de su casaca un puñado de hojas de coca. Eligió tres, las más enteras, y se las llevó a la boca con una parsimonia que desesperaba a los hombres de ciudad. El sabor amargo le devolvió una pizca de claridad; en la altura, el pensamiento se vuelve lento, como si la sangre pesara más.

Miró hacia la cima del cerro, ese Apu herido que Valer solo veía como una columna de cifras y toneladas, y sintió una punzada de inquietud en la boca del estómago. No era solo la filtración de agua en la galería

cuatro; era el presentimiento de que la tierra estaba cansada de ser devorada. Sus hombres abajo ya no hablaban de sindicatos, sino de ofrendas que no se habían hecho, de un silencio en las rocas que no presagiaba nada bueno. Mendoza se frotó las manos agrietadas, sintiendo que la montaña, y no el capitán, era quien realmente tenía la última palabra.

35

Frank sostiene el libro con ambas manos. No es grande, pero lo lleva con cuidado, como si pudiera dañarse con sólo apretarlo mal. El abuelo se lo dio al volver de un viaje y desde entonces el libro va con él. A veces lo abre, a veces no. Le basta con tenerlo cerca. Desde adentro de la casa se oye una radio encendida mientras sostiene el libro. No distingue lo que dicen, es radio Libertad que escucha el abuelo. A ratos suena música, a ratos el locutor. El sonido llega y se va, como si alguien moviera el dial sin tocarlo.

Frank mira una página y luego otra. Los dibujos tienen colores intensos. Ya los ha visto antes. No importa. Le gusta volver a ellos. Pasa la hoja con cuidado, sin doblarla. Algo cruza el cielo y levanta la vista sin cerrar el libro. No es un ave chica. Pasa rápido y no hace ruido. A veces ve bandadas de loros, verdes y escandalosos, pero esta vez no distingue colores, es uno solo. Sigue mirando el cielo aun cuando ya no hay nada. El cielo está quieto. Dan ganas de mirar.

Su padre decía que antes bajaban los gavilanes y se llevaban a los pollos, incluso gallinas, decía que había que estar atento. Cuando aparecía uno, las señoras gritaban gavilán, gavilán, y los perros comenzaban a ladrar. Frank nunca ha visto que se lleven ninguno.

Sigue mirando un momento más, se levanta con el libro bajo el brazo y camina unos pasos.

Más allá, Percy hace girar un trompo mientras él camina. El trompo zumba un poco antes de caer. Percy vuelve a hacerlo girar. Frank lo mira hasta que deja de moverse.

Vuelve a sentarse sin cambiar la página. Ahora ve al cóndor desde el otro lado, no al ave, sino al dibujo, sus inmensas alas desplegadas lo intimidan, pero no puede dejar de mirarlo.

Los perros lo sienten primero, antes de que él levante la vista del libro. Se levantan inquietos, se mueven de un lado a otro y luego salen corriendo hacia atrás de la casa. No ve nada moverse, dicen que es un zorrillo. Frank no lo ve. Solo llega el olor, se queda un rato y después desaparece. Los perros regresan cansados.

Su hermano no está cerca. A veces se va caminado hasta Camayoc. Frank se queda donde está, con el libro apoyado contra el pecho. La radio sigue sonando en la casa donde el abuelo dormita en la hamaca con el periódico en el suelo.

Vuelve a la página que ya conoce. El dibujo es el mismo. Lo mira un momento más. Cierra el libro, lo sostiene así, cerrado, y luego lo abre otra vez.

36

I

La apuesta inicial fue más alta que antes, pero nadie la cuestionó. La lluvia había empezado antes del anochecer; primero fina, casi indecisa, y luego más espesa, cayendo recta sobre el techo de calamina. La luz de las lámparas de kerosene y el fuego bajo de la cocina, que se filtraba por la ventana no alcanzaba a espantar del todo el frío, iluminaban con sobriedad la sala de la casa.

Daniel barajó despacio. El mazo era blando, vencido en los bordes, con cartas que habían pasado por demasiadas manos como para conservar el color original. Barajó una vez, ofreció el corte, y empezó a repartir de a cinco.

Jugaban póker cerrado. Sin comodines. A una sola ronda de descarte.

Las fichas estaban en el centro de la mesa, apiladas por colores, algunas opacas por el uso.

Daniel había propuesto la partida esa misma tarde, cuando conversaban con el ingeniero sobre la cosecha de maíz, y nadie había puesto objeciones.

Raúl se sentaba frente a él, recto, con las manos siempre demasiado cerca de las cartas. Jorge, a la derecha, bebía a sorbos cortos, como si el pisco fuera parte del cálculo. El ingeniero ocupaba el extremo, inquieto, fumando, dejando el cigarro sobre el borde del cenicero entre apuesta y apuesta.

—Cinco —dijo Daniel.

Empujó al centro una pequeña torre de fichas claras. Nadie comentó la cifra. Raúl igualó. Jorge tardó un segundo más, pero también. El ingeniero resopló y puso lo suyo. El ruido de la lluvia se mezcló con el roce seco de las cartas y el golpe apagado del plástico contra la madera.

Daniel miró su mano: una par, un as y dos cartas sueltas. Nada definitivo. Marcó dos naipes para el descarte.

—Dos.

Raúl pidió una. Jorge tres. El ingeniero también una. Daniel repartió con la misma calma, sin levantar la vista.

—Subo —dijo Jorge, agregando fichas a la mesa.

Daniel sostuvo las cartas unos segundos. Empujó más fichas al centro con dos dedos.

—Siempre empiezas igual —dijo Raúl—. Como si no estuvieras jugando nada. Paso.

Daniel no respondió.

—Déjalo —intervino Jorge—. Así juega.

El ingeniero soltó una risa breve, seca.

—Así gana.

Daniel abrió: escalera.

Las fichas pasaron a su lado y se quedaron ahí, ordenadas otra vez, como si nunca hubieran estado en disputa. Afuera, la lluvia cambió de ritmo. Ya no golpeaba parejo; ahora caía a ráfagas, como si el cerro respirara hondo y soltara el aire de golpe. Una gotera empezó a marcar el tiempo cerca de la pared: lenta, regular.

Jorge sirvió pisco en los vasos pequeños, sin medir demasiado. El alcohol bajó áspero, calentando de golpe el pecho. Nadie brindó. Bebieron y siguieron.

Daniel volvió a barajar. Al repartir la primera carta, por un instante, la mesa no fue la de Huancho.

Vio otra mesa, más baja, pegajosa por la humedad, en una casa de la costa donde el calor no se iba ni de noche. Las ventanas abiertas, el mar respirando cerca, invisible pero presente. Jugaban también póker cerrado. El dinero estaba desordenado, billetes sudados, monedas calientes, sin fichas, sin orden.

Había una mujer sentada fuera de la mesa, en el borde de la habitación. No miraba las cartas. Bebía despacio, con la copa apoyada en la rodilla. A ratos observaba a los jugadores como si no le interesara el resultado. Daniel recordó el brillo breve de sus ojos cuando alguien subió la apuesta.

Repartió la última carta en Huancho. El recuerdo se cerró solo, sin esfuerzo, como una puerta conocida.

Entonces los perros ladraron.

Primero uno, después todos. El ruido vino desde el huerto y se desplazó rápido hacia el gallinero.

—Zorro —dijo Jorge, levantándose.

Daniel asintió. Dejó las cartas boca abajo. Terminó su vaso de un solo trago y se levantó; tomó la escopeta colgada detrás de la puerta, y salió atrás de Jorge

Al abrir la puerta, el frío entró de golpe. La lluvia había aflojado, pero el suelo estaba blando y el barro se pegaba a las botas. Los perros seguían ladrando más abajo, cerca del puquio, y se escuchaba el golpeteo metálico de una cadena suelta.

Caminaron en silencio. Jorge iba adelante, con una linterna vieja que iluminaba apenas un tramo del camino. Daniel avanzaba unos pasos detrás, atento a los sonidos más que a la luz. El olor a tierra mojada era fuerte.

El gallinero estaba revuelto. Plumas en el suelo, una puerta colgando de una bisagra, un rastro de sangre.

—No ha sido atuq —dijo Daniel—. Parece que se han escapado las bestias.

Jorge rodeó el corral despacio. No había huellas claras en el barro inmediato, pero más arriba, donde el terreno era más firme, se notaban marcas recientes.

Faltaban animales. No solo gallinas.

—Los caballos —dijo Jorge, ya de pie—. Y una mula. El Tornado y la yegua ladina.

Raúl y el ingeniero se acercaron cubiertos con ponchos para la lluvia.

Daniel apuntó la linterna hacia el cerco del fondo. La tranquera del camino antiguo estaba abierta.

Se quedaron quietos unos segundos, escuchando. Nada. Solo la lluvia que volvía a caer fina y el jadeo de los perros, que regresaban poco a poco, confundidos.

—No se han ido lejos —dijo Jorge—. Con esta lluvia no.

Daniel asintió. Bajó la escopeta apenas, sin colgarla del hombro. Pensó en el camino que subía hacia la pampa, en las casas dispersas, en la gente que se había instalado ahí.

—Ha sido alguien de acá —dijo finalmente—. Un zorro no roba caballos.

El ingeniero se acomodó el poncho, dio unos pasos y habló recién entonces, como si pensara en voz alta.

—Hay que despertar a don Justino —dijo—. Esto ya no es cosa de animales.

Nadie propuso seguir jugando.

II

Amaneció sin lluvia. La noche había descargado todo y ahora el aire estaba pesado, húmedo, como si la quebrada todavía no terminara de acomodarse. El barro cubría el patio y la huerta; en los cercos, los animales se movían despacio, probando el suelo. Afuera, los perros rondaban desde temprano, inquietos, atentos a cualquier movimiento.

Justino se levantó cuando todavía no había claridad suficiente como para distinguir bien los cerros. Desayunó en el comedor, en silencio. Desde la cocina llegaba el ruido del fogón y el olor tibio de la cebada. Belén ya estaba despierta; no hizo falta llamarla ni verla para saberlo. El río corría abajo, cargado, turbio, arrastrando ramas y follaje.

Más tarde, uno de los hombres que subían la quebrada por el camino de herradura se detuvo frente a la casa. Jalaba un burro cargado con sacos de harina. Venía sin apuro, con el poncho todavía húmedo y el chullo bien calado. Dijo lo justo, sin alzar la voz, como si no trajera una novedad sino algo que ya estaba en el aire.

Justino escuchó sin interrumpir. Asintió una sola vez.

—Está bien —dijo—. Gracias.

El hombre siguió su camino sin mirar atrás.

Justino se quedó quieto unos segundos, como si midiera el peso de lo que acababa de oír. Afuera, el patio seguía blando y el cerro permanecía cubierto.

—Si pueden parar —le dijo al ingeniero—, avisen en Huachinga. La línea del telégrafo está cortada.

El ingeniero tomó la llave de la camioneta y se fue. Raúl lo acompañó. El motor se perdió carretera abajo.

Jorge regresaba de la chacra cuando Justino salió al corredor.

—Es lo que parece —dijo—. Ya veremos.

Miró hacia la parte alta. La Pampa seguía cubierta por una neblina tenue. Parecía un cerro como cualquier otro, quieto, sin señales. Volvió a entrar a la casa. El día, poco a poco, fue ocupando su lugar.

Al mediodía el cielo terminó de abrirse. El sol empezó a secar el barro por arriba y una resolana tibia entraba por las ventanas. El ingeniero volvió por la tarde, con una carpeta delgada bajo el brazo. Los perros salieron a ladrar, pero al reconocer la camioneta se aquietaron.

Justino lo recibió en la sala. Se sentaron sin ceremonia. Jorge se quedó de pie, apoyado en el vano de la puerta.

—Ya quedó —dijo el ingeniero, entregándole una hoja llena de firmas y sellos—. La denuncia está hecha.

Justino asintió. No pidió detalles. Dobló el papel sin mirarlo y lo guardó en el bolsillo.

—Van a venir a ver —continuó el ingeniero—. No hoy. Mañana o pasado. Depende.

—Está bien —respondió Justino—. Que vengan cuando tengan que venir.

El ingeniero abrió la carpeta, revisó un documento como para asegurarse de algo y la volvió a cerrar. No había nada más que decir. Bebieron el macerado en silencio.

—¿Algo más? —preguntó el ingeniero.

Justino negó con la cabeza.

—No. Por ahora no.

Se levantaron. Se dieron la mano sin solemnidad.

—Gracias por el viaje —dijo Justino.

—Para eso estamos —respondió el ingeniero.

La camioneta se fue quebrada arriba. Justino la siguió con la mirada solo hasta la primera curva. Después volvió a la mesa.

—Cómo va lo de la junta —dijo, dirigiéndose a Jorge—. La bocatoma se repara mañana. Hay que ver lo del agua en la acequia de abajo.

Jorge asintió.

Afuera, Huancho retomó su ritmo. Los animales volvieron a sus cercos, Valentín se encargó de las reparaciones, también había que acomodar las calaminas o las lluvias anegarían toda la casa. Desde la parte alta

no llegaba ningún ruido distinto. Solo el viento y, más abajo, el río, pasando entre los peñascos.

Fue al segundo día. Jorge y Raúl salieron a media tarde. No iban apurados. Tomaron el camino bajo, el que bordea el cerro antes de abrirse hacia la quebrada. Todavía había luz suficiente.

Más abajo, el camino se angostaba. Aparecieron huellas de cascos, mezcladas, difíciles de leer. Jorge se detuvo un momento, miró el suelo sin agacharse, y siguió.

Las encontraron río abajo, cerca de Aylloque, el camino se abre antes de unirse en con el de Yanaq. No estaban escondidas. Tampoco había mucho alrededor. Solo eso, dejado ahí, como si ya no hiciera falta llevarlo más lejos. Jorge no se acercó. Le bastó con verlas una vez para entender. Solo Raúl rondó con su caballo y movió la cabeza en señal de reproche.

Volvieron cuando la tarde ya caía. Nadie habló en el camino.

Jorge fue directo a ver a Justino.

—No los llevaron vivos —dijo—. Dejaron las cabezas.

Justino no preguntó cuántas. Tampoco dónde. Asintió despacio.

Se quedaron un momento en silencio. Afuera, el río seguía corriendo, parejo, sin detenerse. Desde la parte alta no llegaba ningún ruido, pero el camino quedaba abierto.

III

La lluvia caía con fuerza cuando Cope empezó a bajar, como si el cerro no hubiera terminado todavía de acomodarse. El agua formaba ráfagas cerradas, empujadas por el viento, con truenos que abrían el cielo de

golpe y lo volvían a cerrar. Cada relámpago dejaba ver el cerro por un instante, como si peleara con la noche. Illapu.

No tomó el camino principal. Bajó por la huella estrecha que corre pegada a la ladera, esa que de noche casi no se ve y que de día pocos usan. El barro se le metía en las botas de jebe y los animales resoplaban detrás, inquietos, desacompasados por el ruido y el agua. Adelante, el burro avanzaba firme, casi alegre, acostumbrado al camino.

Al comienzo no iba solo. Habían salido juntos, sin hablar mucho, pero cerca de Yanapampa, cuando el trueno sonó demasiado cerca y uno de los caballos se encabritó, el otro se quedó atrás sin decir nada. Cope no se detuvo ni se despidió.

El cerro se cerraba por momentos y luego volvía a abrirse en una pendiente larga, resbalosa. El camino de herradura se escondía y reaparecía, Cope avanzaba con una linterna tímida, tanteando con el pie, apoyándose más en el oído que en la vista. Sabía que nadie iba a subir por ahí esa noche. Sabía también que, si alguien lo hacía, no sería para ayudarlo.

Más abajo, el ruido del río empezó a mezclarse con la lluvia. No lo veía, pero lo sentía crecer. Pensó en los caminos de arriba, en los que se cruzan y se deshacen, en los que no figuran en ningún papel. Pensó también en los otros caminos, los de abajo, más rectos, más visibles, donde todo se sabe rápido.

No iba a pasar por ahí.

Un relámpago abrió el cielo justo cuando uno de los caballos se alzó de golpe. El relincho cortó la noche. Dio dos patadas en el aire y cayó torcido, de costado. Los otros se desordenaron. Cope alcanzó a sujetarlos antes de que la huella se perdiera del todo.

El caballo respiraba mal. La pata ya empezaba a hincharse, dura, caliente. Ahí, donde el pasto se pega al cerro y la piedra guarda el calor, las víboras salen cuando llueve así.

Esperó un momento. El animal intentó incorporarse y volvió a caer. No quiso levantarse más. Cope miró hacia arriba, hacia donde el camino se perdía entre curvas conocidas. Pensó en los pasos que allá se cruzan, en la gente que duerme liviano, en los cercos que no siempre estuvieron donde ahora están. Pensó también en lo que quedaba más abajo, donde los caminos ya no se confunden y todo deja rastro.

No dijo nada.

Sacó el machete.

El ruido del río se impuso sobre todo lo demás.

Después, el camino siguió.

Cuando volvió a moverse, ya no llevaba lo mismo. La carga había cambiado de forma y de peso. El olor era distinto, más espeso, y el burro avanzaba ahora con pasos más cortos, midiendo el terreno.

El sendero se ensanchó poco a poco. Más adelante, el camino ya no iba a permitir rodeos. Cope ajustó las sogas sin apuro y siguió, con el cuerpo cansado y la cabeza despejada. La noche empezaba a retirarse, sin apurarse tampoco.

Avanzó durante horas sin medir el tiempo. A ratos, la pendiente engañaba: parecía ceder y luego volvía a cerrarse. Cope sentía el cansancio en la espalda y en los brazos. Y ahora la pampa se le hacía lejana y su rencor se aplastaba como si los cuerpos pesados que cargaba el burro lo arrastraran hacia adelante, sin posibilidad de volver atrás.

Cuando el barro se hizo más espeso, bajó el ritmo. No convenía forzar al animal. El burro resoplaba, sacudía las orejas, se detenía. Cope volvía a ajustar la carga, cuidando que el peso no se corriera. Había aprendido a hacerlo mirando a otros, sin que nadie se lo enseñara. En esos tramos largos, lo mal atado se paga caro.

El río apareció y desapareció varias veces, siempre más abajo, marcando el rumbo. Cope no lo buscaba con la vista; lo seguía por el oído.

La lluvia iba quedando atrás pero el aire seguía húmedo, pesado, pero sin el frío de la altura. Cope lo sintió en la piel. También en el silencio: ya no era solo el agua y el cerro, ahora se filtraban otros ruidos, lejanos, sin forma.

Cuando el cielo empezó a aclarar, los cerro ya no estaba tan cerca. El día entró despacio, sin colores fuertes. Cope se detuvo un momento para dejar que el animal respirara. El burro bajó la cabeza y volvió a moverse con dificultad, por inercia.

La luz terminó de levantarse cuando el camino se volvió ancho de verdad. El suelo era otro, más duro, marcado por llantas anchas. Pasó junto a un grupo de hombres que descargaban sacos. Nadie lo miró más de la cuenta. Uno de ellos hizo un gesto breve, apenas un movimiento de cabeza. Cope respondió igual y siguió. El camión ya debía haber llegado, ruta hacia la otra quebrada; contra entrega, nada de adelantos, le habían dicho. Que importaba, ya estaba ahí, dos caballos más un burro, tres animales, había prometido.

IV

La mañana había avanzado sin despejarse del todo cuando el ruido del motor empezó a subir desde la parte baja de la quebrada. No llegó de

golpe: primero fue un rumor sostenido, arrastrado por la pendiente, mezclado con el golpe del río y con el correr parejo del agua en la acequia. Recién al doblar hacia el puente de Huancho la camioneta se dejó ver, obligada a frenar donde el camino se angosta y la tierra todavía guarda humedad de días anteriores. Se detuvo antes del portón. El motor quedó encendido, respirando solo, como si no tuviera apuro ni certeza.

Desde la sala, sin moverse, María Jesús siguió ese tramo del camino que a esa hora solía pertenecer únicamente a la casa: al ir y venir del agua, al paso de los animales, al polvo que el sol levanta cuando empieza a calentar. Tenía las manos húmedas, tibias todavía. No salió. El ruido del motor se fue quedando ahí, mezclado con los otros sonidos que no se interrumpen porque alguien llegue.

En el patio, el movimiento fue lento, medido. Antes de abrir, hubo una mirada rápida, una distancia calculada. El cerrojo cedió recién entonces, con ese quejido corto de la madera vieja. Tarzán dio una vuelta, olfateó el aire cargado, y se echó bajo el ciprés, atento, sin decidirse a dormir.

Se habló poco al bajar. La carpeta apareció primero, sostenida con torpeza, como si pesara más de lo que era. Detrás, el otro hombre descendió despacio, con los zapatos endurecidos por la arcilla seca, y se quedó ahí, donde el camino todavía es camino y no empieza la casa. No avanzó más. En la forma de pararse, firme, con los pies bien asentados, se le notaba Huancho Alto sin que nadie tuviera que decirlo.

El último en bajar lo hizo sin esposas, pero con el cuerpo recogido, como si las manos no supieran todavía dónde ponerse. Al cruzar el portón le llegó de golpe el olor del grano húmedo, del cuero mojado, de la tierra recién removida. Ese olor antiguo, conocido, que no

consuela. Se detuvo un instante, apenas lo necesario para sentirlo, y siguió sin levantar la vista.

Ya se estaba esperando en el patio. No hubo preguntas ni aclaraciones. La voz salió baja, con las palabras mal acomodadas, como si no terminaran de pertenecerle a quien las decía.

—Se queda acá.

El asentimiento fue suficiente. El papel pasó de mano en mano con rapidez, evitando quedarse demasiado tiempo en ninguna. Nadie parecía querer sostenerlo.

—No vuelvas a la costa.

La respuesta no fue inmediata. Recién entonces la mirada se levantó.

—Gracias.

El apretón fue breve, sin gesto añadido. A un costado, el comunero mascó coca y alzó la vista hacia arriba, donde el camino se ensancha y se vuelve pampa, donde las huellas se repiten desde antes de que las cercas cambiaran de lugar. No hacía falta mirarlo: estaba ahí porque tenía que estar. El camino ya estaba decidido desde antes.

La camioneta volvió a moverse y bajó siguiendo la ribera del río, perdiéndose poco a poco entre las curvas de la quebrada. El sonido se fue diluyendo hasta confundirse con el agua.

El portón se cerró. El golpe seco quedó suspendido un momento en el aire, como cuando el viento se detiene antes de volver a bajar del cerro.

Junto al batán, el muñay descansaba apoyado en la piedra. Las manos seguían blancas de harina. El olor del grano molido se había quedado ahí, tibio, ocupando el espacio.

Dentro de la sala, una silla se movió y quedó separada de la mesa, sin ordenarla del todo. Avanzó entre Valentín y Belén. Antes de sentarse,

el banco se hizo sentir: la dureza de la madera, el frío que no se va, aunque el sol ya esté alto.

El cuerpo se acomodó sin ruido. Los brazos se cruzaron solos. En las muñecas persistía un ardor opaco, como si el peso todavía no hubiera terminado de soltarse.

Se esperó a que pasara. Recién entonces la piedra giró, el centro se corrigió, el grano se acomodó con los dedos. El golpe siguiente cayó más hondo, con otro sonido.

—Mana allinmi —se dijo, sin levantar la cabeza, como si el error no estuviera en la molienda.

La cabeza bajó apenas y quedó fija en el reloj de péndulo, que avanzaba con su paso antiguo, marcando un tiempo que no se apura por nadie.

Frente a la mesa, el asiento se ocupó sin ceremonia.

—Aquí te quedas. Froilán te espera.

No hubo más palabras. El movimiento fue lento, casi cansado: uno adelante, el otro detrás.

Desde el umbral, la voz volvió a salir, sin fuerza ni apuro.

—Subimos ahora. A la Pampa.

El viento bajó del cerro y movió las calaminas sueltas. El río siguió golpeando las piedras. La acequia corrió pareja, sin desbordar.

El batán retomó su ritmo.

Y el cuerpo quedó ahí, inclinado apenas hacia adelante, como si todavía estuviera aprendiendo dónde dejar lo que ya no podía cargar.

37

Justino conocía a Osvaldo andando por los caminos, cuando todavía no había cercos claros entre una quebrada y otra y los cerros se abrían y cerraban acostumbrados al paso de los hombres por las alturas de Yanac y San Juan. Viajaban a ratos juntos, no siempre por lo mismo, pero coincidían en las pampas ayacuchanas, en las ferias chicas donde se compraba y se vendía sin mucho papeleo, y en las noches frías en que el fogón alcanzaba apenas para calentar las manos.

Osvaldo hablaba más que él. Hablaba mientras ensillaban, mientras comían, mientras contaban el dinero. No era un mal hombre, pensaba Justino entonces, solo inquieto, con esa prisa de quien no puede quedarse quieto mucho tiempo.

—Yo no voy a pasarme la vida arreando ganado, compadre; uno tiene que casarse con una mujer que tenga tierras, plata, que dé hijos hombres…

Justino no respondió. Siguió ajustando la cincha del caballo. No era una mala idea, pero tampoco era algo que se dijera así, como si fueran solo mercancías.

Mucho tiempo después, cuando su madre Trinidad le habló del matrimonio de su hermana Elisa y dijo el nombre de Osvaldo, Justino no pensó primero en su hermana menor, sino en esa frase dicha al pasar, una tarde cualquiera, en medio de la pampa.

Escuchó a su madre. Trinidad no pidió permiso. Habló de la dote, del dinero que había que entregar —la mitad de los doblones de oro que le habían dado como adelanto de herencia—, de la tierra que se necesitaría. Dijo que Huallunquía podía cederse para que Elisa viviera cerca, que eso era lo justo.

Desde que el padre había muerto, a Justino le había tocado administrar las tierras y el ganado, como hijo mayor, sin disputarle nada a nadie. Podía prescindir de esas chacras, pero pensó en las vacas, en el alfalfar que todavía no se había acabado y en el forraje de la chala. Por ahora no podía mover el ganado. No había adónde.

Pidió solo eso: unos meses para que las vacas terminaran de engordar.

Trinidad aceptó. Lo repitió en voz alta, como hacía siempre, para que no hubiera malos entendidos. El acuerdo se cerró. Parte del dinero pasó a manos de Trinidad para la dote. Huallunquía quedaba para Osvaldo y Elisa.

El cuñado asintió.

—Que coman nomás —dijo—. No hay apuro.

La boda se anunció con tiempo, como debía ser. Se empezó a matar animales, a juntar leña, a preparar ollas grandes. Justino y su familia fueron invitados de honor. La boda religiosa había sido en Pisco, tierra de la familia de Osvaldo, cerca del fundo Cabeza de Toro, pero la verdadera fiesta fue en Huallunquía, inaugurando la casa nueva.

El día llegó con sol alto. Desde temprano bajó gente por los caminos, a caballo, a pie, en alguna camioneta de las minas de Pauranga. La casa estaba reluciente, con ramas verdes en la entrada y mantos recién tejidos colgaban en paredes donde normalmente no había nada.

Elisa apareció temprano, ayudando, vestida todavía como cualquier otro día, pero con el cuerpo atento, como sosteniéndose de algo que todavía no terminaba de creer.

Los músicos llegaron antes del mediodía. Venían caminando, cargando charangos y violines, una guitarra, un arpa. Uno de ellos se sentó un momento en una piedra, estiró los dedos y recién entonces afinó. Empezaron a tocar sin que nadie se los pidiera, primero suave, mientras se cocinaba.

La fiesta se armó sola. Se bailó entre las ollas, cerca del corral, donde hubiera espacio. Se gritó, se cantó mal, se rió fuerte. Los niños corrieron entre la gente; uno tropezó con una soga y se levantó lleno de polvo sin llorar. Los hijos de Justino se juntaron con los primos y jugaron hasta cansarse.

El aguardiente empezó a circular. Pasaba de mano en mano; se bebía un trago y se devolvía la botella. Antes de beber, Trinidad dejó caer un chorrito al suelo, sin decir nada, y recién después alzó el vaso brindando por los novios.

Las mujeres se acomodaban las polleras para bailar mejor; los hombres se quitaban el sombrero y se lo volvían a poner torcido, sudados, contentos.

Los músicos tocaban como si la quebrada entera fuera una sola casa. A ratos cambiaban de melodía sin avisar y el baile se desarmaba un segundo para volver a armarse distinto. Uno de los violinistas cerraba los ojos cuando el ritmo apuraba, como si contara con el cuerpo.

Los peones de confianza también entraron al baile. No todos a la vez. Brindaban, se empujaban, se reían. Trinidad daba vueltas en su sitio, mareada de risa. Los niños chocaban entre ellos y volvían a correr.

Osvaldo bailó hasta cansarse. Se sacó el sombrero, se lo pasó a otro y siguió igual. Abrazó a Elisa, la hizo girar, se rió cuando casi se caen. Ella tenía la cara colorada, los ojos brillantes. Era su día.

Justino miraba y, sin darse cuenta, sonreía. Bailó otra vez, empujado por alguien, y se dejó estar. María Jesús aceptó los vasos que le acercaron y respondió en quechua, sin levantar la voz.

Cuando cayó la noche, el frío bajó de golpe desde el cerro, pero nadie se fue. Se prendieron fogones, lámparas colgadas y velas en botellas. La luna alumbraba sin pedir permiso y el cielo estaba tan lleno de estrellas que algunos levantaban la vista un segundo antes de seguir bailando.

Los músicos tocaron hasta que les dolieron las manos. Pararon un rato, comieron, bebieron, y volvieron a tocar, como si supieran que esa noche no había que apurarse.

Osvaldo estaba contento. Se movía entre la gente, hablaba, reía, brindaba. Cuando vio llegar a Justino, se acercó sin dudar. Se estrecharon la mano.

—Qué bueno que hayas venido.

—Ya eres de la familia —respondió Justino—. Eso hay que celebrarlo.

Elisa los miró desde un costado. Sonrió.

Justino bailó una vez con su hermana. Giraban torpes al principio, luego más sueltos, siguiendo el ritmo del huayno en el zapateo. Las tías trataban de sacar a los sobrinos que se escapaban, mientras los maridos bebían ya casi borrachos en el patio de afuera.

Antes de acostarse, adolorida por el trajín, Trinidad miraba, asegurándose de que nada faltara. Cuando cruzó mirada con Justino, asintió apenas: todo estaba en orden.

Antes de irse, Osvaldo volvió a acercarse.

—Ya sabes —dijo Justino—. Un par de meses nomás.

—Claro —respondió Osvaldo—. Eso está conversado.

Los días siguientes no trajeron novedades. La quebrada siguió con su ritmo. Elisa y Osvaldo se instalaron en Huallunquía sin apuro. Las vacas de Justino siguieron donde siempre habían estado. Los peones conocían el acuerdo.

Osvaldo caminaba la chacra, preguntaba por los linderos, por el agua, por los animales. Ya un niño estaba en camino; lo llamarían Edmundo. ¿Elisa, te gusta ese nombre? Qué importaba.

Pasaron las semanas. El pasto empezó a acabarse, como estaba previsto. Justino calculaba los días para mover el ganado cuando se terminara la chala.

Una tarde, uno de los peones se le acercó con el sombrero en la mano.

—Patrón… parece que ha habido problema en Huallunquía.

Las vacas habían sido arreadas. Botadas para el lado del río.

Justino preguntó detalles: cómo había sido eso, quién dio la orden, si se había reventado alguna res, si el toro Pardo estaba.

Escuchó sin entender. Pensó en el apretón de manos después de la boda, en la frase corta: *eso está conversado*.

Fue al cuarto, sacó la pistola, la revisó, ensilló el caballo. No avisó.

Llegó trotando por el camino alto, que era más rápido. Lo encontró en el Palto, revisando los surcos. Se acercó sin bajarse del caballo y sacó el arma.

—¡Osvaldo!

Osvaldo levantó las manos.

—No dispares, Justino. Eso no se arregla así.

Justino disparó. Le voló el sombrero. Osvaldo cayó del caballo. El animal quedó herido. Entonces Justino bajó de un salto y lo remató para que no sufriera.

—Las reses se quedan —dijo—. Hasta que terminen de comer. Después la chacra es tuya. No antes. Si una vaca falta, volveré. Ya no diré palabras.

Luego subió a su caballo y se fue sin apurarse.

Justino sostuvo siempre lo mismo.

—Fue para asustarlo.

En la quebrada se empezó a contar otra cosa. Que había venido a matarlo. Que había disparado varias veces. Que Osvaldo se había salvado de milagro.

Nadie se lo dijo a Justino en la cara. Nadie vino a reclamar.

Trinidad no cortó con ninguno. Estaba cansada. Quería dejar las cosas en orden, pero no iba a meterse más en ese pleito. Ya estaba más para la otra que para esta, repetía. Si al menos el finado estuviera.

Desde ese día, las familias dejaron de cruzarse.

38

En la radio Libertad, en las conversaciones de los viajeros, en los bares de Chincha donde se hablaba más fuerte al caer la tarde. El mar estaba en boca de todos. Decían que ahora sí había plata, que la anchoveta salía como nunca, que bastaba con estar atento para subirse a la ola.

Justino lo oyó varias veces antes de decidirse. Bajaba a la costa de cuando en cuando, conocía Chincha, el calor que se pega a la piel y el olor del puerto al amanecer. No era ajeno a ese mundo. Lo pensó como pensaba siempre las cosas: sin entusiasmo, midiendo. La bolichera fue una idea que fue tomando cuerpo de a pocos, casi sin anunciarse.

El socio apareció por recomendación. Bernardo Rossi. Italiano de segunda generación, apellido conocido en la costa. Trato fácil, palabras claras. El acuerdo se cerró sin alboroto. Una lancha chica. Para empezar.

Como Justino no podía estar yendo y viniendo, pensó en Edmundo.

Edmundo vivía en Chincha desde que se había recibido de ingeniero. Estaba casado desde hacía poco con Elsa, la menor de las hijas de Justino. Vivía cerca del puerto, entre papeles, horarios cambiantes y reuniones que empezaban tarde. Cuando Justino le habló del negocio, aceptó sin demasiadas vueltas. Dijo que podía estar pendiente, ver cómo iba, ayudar con las cuentas.

La oficina de Pesca Perú estaba todavía a medio armar. Un ventilador viejo empujaba el aire caliente de un lado a otro y los papeles se acumulaban en pilas irregulares sobre el escritorio. Afuera, el ruido del puerto entraba por las ventanas abiertas: motores, gritos, olas golpeando metal.

Quique revisaba cuentas cuando Edmundo apareció en la puerta, sin anunciarse.

—¿Todavía sigues jugando a ser contador?

Quique levantó la vista y sonrió.

—Alguien tiene que firmar estas cosas.

Se dieron un abrazo.

—Pasa, siéntate antes de que te vean los de administración.

Edmundo tomó una silla y la giró al revés, sentándose a horcajadas.

—Quién iba a decir. Tú acá, con papeles y sello. ¿Te acuerdas cuando jugábamos pelota en la quebrada? Yo siempre me hacía el lesionado para no correr.

—Y después igual ibas a enamorar. Nunca te cansabas.

—Eso sí era trabajo de verdad —rió—. No como esto.

Quique volvió a los papeles.

—¿Y tu mamá? ¿Cómo sigue doña Eliza?

—Ahí está. En Huallunquía. No se mueve de allá. Dice que en Chincha no puede dormir.

—Nunca le gustó la costa. Siempre decía que el aire pesa diferente.

—Allá arriba se le pasa el día rápido. Entre la chacra, el ganado, las visitas. A veces baja donde mi tío, pero vuelve.

Quique asintió.

—Justino anda metido en un negocio. Algo del mar.

—Sí. Una bolichera. Consiguió un socio de acá. Rossi. Me pidió que le diera una mano, que viera cómo va.

—¿Y cómo va?

—Esta semana sacaron poco. Dos viajes nomás. Entre siete y ocho toneladas cada uno.

—¿Y el gasto?

—Ahí está el tema. El combustible se está yendo arriba. Rossi dice que así no conviene forzar salidas cortas.

Quique abrió la ventana, pero la cerró otra vez.

—Chimbote no es tan simple. No es bajar y ya. La capitanía del muelle, cupos extorsivos, extranjeros con capital.

Edmundo tomó aire.

—Rossi tiene gente. Es sobrino del finado Banchero. Sabe moverse por el norte.

Quique lo miró, pero no dijo nada.

—Además es una opción. Si no rinde acá, se prueba.

Al salir, caminaron un par de cuadras hasta una pulpería de la esquina, en Cruz Verde, por la entrada a Tambo de Mora. El letrero estaba torcido y desde adentro salía música de la radiola, mezclada con el olor agrio de las fábricas de harina de pescado. Un humo espeso flotaba en el aire.

Pidieron cervezas. Afuera pasaban mujeres con vestidos cortos, marineros con plata en el bolsillo, hombres que hablaban fuerte. Se sentía que había dinero dando vueltas.

—Mi mamá dice que estas cosas siempre empiezan así...

—Tu mamá ha visto de todo.

Edmundo dejó los lentes de sol sobre la mesa.

—¿Y Yolanda?

—Bien. Trabajando en el colegio. Los chicos crecen, mi madre en casa.

—¿Enrique sigue con el fútbol?

—No para quieto. Frank anda con sus libros… o con un cuaderno donde escribe su diario.

Edmundo volvió a reír. Pensó en los cuentos que les leería a sus hijos. Pensó en Elsa.

—El tiempo se va rápido.

—Las madres siempre dicen eso.

Más tarde bajaron al muelle. Ya era de noche. Rossi llegó sin apuro. Habló del motor, del mar caprichoso.

—La próxima salimos. Así cerramos bien.

Edmundo asintió.

Quique se quedó más atrás, apoyado en un pilote. Miraba una lancha amarrada, el vaivén corto contra el muelle. Rossi tiró el cigarrillo al agua. La colilla flotó un segundo antes de apagarse.

Pasaron las semanas. Siempre había una razón. El mar, el motor, el combustible.

Edmundo preguntaba, escuchaba, asentía. No siempre bajaba al muelle. Rossi decía que no hacía falta.

Un día la lancha ya no estaba.

Rossi explicó que la había llevado a otro puerto. Las cuentas llegaron tarde. Luego no llegaron.

Cuando Justino volvió a bajar a la costa, no encontró la lancha. Encontró justificaciones. Caminó. Escuchó versiones que se parecían demasiado entre sí.

Al final dio con Rossi en un local pequeño, cerca del puerto.

—Quince mil soles no son unas semanas.

—Esto no es la chacra.

—Entonces devuelva. Lo que queda.

—Ahora no se puede.

Justino no retrocedió.

Más tarde, en la casa de su hija, Elsa apagó el cigarrillo.

—No ha vuelto. Se fue a Lima.

Justino se sentó. No habló.

Elsa estaba frente a él. Cuidaba el cuerpo al sentarse. Una mano, sin darse cuenta, sobre el vientre.

—Edmundo no es dejado —dijo Justino—. Solo… no le gusta apurarse. Ni siquiera ahora.

—No todos nacen apurados —respondió Elsa.

El silencio volvió a caer.

—El mundo no regala nada —dijo Justino—. Hay que hacerlo uno mismo.

—Pero no sola.

Elsa se asomó a la ventana.

—Edmundo es buen hombre.

—Eso alcanza para vivir —dijo Justino—. No siempre alcanza para subir.

Elsa no respondió. Sonrió apenas.

—Cuando vuelva —dijo él—, que vaya por Huancho.

En Huallunquía, Eliza seguía con sus animales y la chacra que ahora administraba con su esposo. Hablaban poco del incidente. En la quebrada, el agua golpeaba las piedras con el mismo sonido de siempre.

39

Edmundo se quedó solo en la cocina cuando Elsa salió del cuarto con la niña en brazos. La oyó cerrar la puerta con cuidado. Se sentó. No tenía hambre, pero se sirvió de la botella de pisco.

Sacó del bolsillo una libreta doblada. Había anotado los gastos del mes en la última página. La abrió. Tachó una cifra. La volvió a escribir. Hizo

otra suma y el resultado cambió por unos cuantos soles. Dejó el lápiz sobre la mesa y se sirvió otro poco de pisco.

Recordó la casa de sus padres. Su madre decía que las cosas se acomodan solas si uno no las fuerza. Su padre se reía y asentía.

Entonces oyó llorar a la otra niña. El llanto le entró como una presión en el pecho. Se levantó de golpe.

—No grites —dijo, sin saber a quién se lo decía.

Elsa volvió a entrar. Lo miró como si ya lo hubiera decidido todo.

—Esto no da para más.

Edmundo apretó los dientes.

—¿Otra vez, Elsa?

—Porque no quiero quedarme acá.

Elsa se acomodó a la niña sobre el hombro. La pequeña dejó de llorar y le agarró un mechón de cabello.

—¿No entiendes?

—Yo no te prometí otra vida. Nunca te prometí...

—Pero yo creí que ibas a buscarla.

—¿Buscar qué? ¿Para quién? ¿Para ti? ¿Para que siempre falte algo más?

Las niñas lloraban. El ruido se le metía en la cabeza.

—No las pongas en esto.

La mayor apareció descalza en la puerta del cuarto, con la manta todavía arrastrando por el suelo. Miró a su madre, después a él, sin entender por qué estaban hablando tan fuerte.

—Ellas están en esto desde que decidiste mirar afuera.

Eso fue injusto pero no se retractó.

Fue entonces cuando pensó en Lima. Sus hermanas estaban allá, podía conseguir un trabajo fijo sin que lo juzgaran. Nadie mirando por encima del hombro. Nadie comparándolo con otros hombres de la quebrada.

—Me voy —dijo—. Con ellas.

Elsa gritó. Edmundo no la oyó del todo. Ya estaba en otra cosa. En la maleta, en la ropa, en salir antes de que dudara.

Cuando tomó a la mayor de la mano, sintió el tirón. Ella no quería. Le dolió, pero no la soltó.

—¿Y mamá? —preguntó la niña.

Él se agachó para ponerle el zapato que se le había salido. No respondió. La niña volvió a preguntar algo que él ya no alcanzó a escuchar.

Se dijo que después lo entendería. Que más adelante iba a ser mejor.

Al cruzar la puerta, no miró atrás.

En el camino pensó que Elsa nunca iba a perdonarlo. Pensó también que él tampoco iba a perdonarse haber cedido si se quedaba.

No sabía si estaba bien, pero sabía que era lo único que podía hacer.

María Jesús se enteró por otra persona.

Elsa no se lo dijo.

Justino no sabía todo. Se lo dijo Belén:

—Dicen que Edmundo se ha ido a Lima —comentó, como quien dice algo trivial—. Con las niñas.

María Jesús no respondió enseguida. Siguió jalando el telar, contando los hilos de la urdiembre. Recién después preguntó:

—¿Con las dos?

Belén asintió.

—Y Elsa se quedó.

Ahí María Jesús dejó el telar. Miró a Belén con ganas de preguntar más, pero se resistió al impulso. Tendría que hablar con Justino.

Cuando Justino llegó, ella no esperó la cena. Se lo dijo apenas lo vio entrar.

—Elsa está sola —dijo—. Y sin las niñas.

Justino la miró.

—Ya sabía.

Eso la enfureció.

—¿Y no dices nada? ¿No haces nada?

—Es cosa de ellos —dijo Justino—. De pareja.

María Jesús apretó los labios.

—No es solo cosa de ellos cuando hay criaturas de por medio —dijo con aspereza—. Eso nunca es solo de ellos.

Se sentó. Empezó a hablar sin orden, como le salía.

—¿Tú sabes lo que va a decir la gente? ¿Sabes cómo van a mirar a Elsa? —¿Tú sabes lo que va a decir la gente? ¿Sabes cómo van a mirar a Elsa? Ñam qawashankuña, taytay. Ñam paymanta rimashankuña.

Justino no respondió. Se sirvió comida.

—Siempre igual —continuó ella—. Tú te lavas las manos y listo.

—No me lavo las manos. No me meto.

—Es lo mismo.

Justino terminó de masticar antes de responder. Empujó el plato unos centímetros y miró hacia el patio, donde ya no se veía nada.

—A veces es lo mismo.

Se levantó de golpe.

—Esa chica siempre quiso más.

Justino levantó la vista.

—No ha terminado. Todavía no.

—¿Y las niñas? ¿Eso tampoco ha terminado?

El silencio cayó pesado.

—Edmundo no debió llevárselas así —dijo María Jesús—. Eso no se hace.

—Tampoco debió Elsa ponerlas en medio —respondió Justino, sin dureza.

María Jesús lo miró con rabia.

—¿Ahora también es culpa de ella?

—No dije eso —respondió—. Dije que no es blanco y negro.

Ella negó con la cabeza.

—Tú siempre ves todo parejo. Como si nadie perdiera más que otro.

Justino pasó el pulgar por el borde del vaso. Parecía estar pensando en otra cosa.

Se quedó callada un momento. Bajó la voz.

—Es mi hija.

Eso fue lo único que dijo distinto.

Justino se levantó despacio.

—Si ella viene, se la recibe.

—¿Y si no viene?

Justino se encogió de hombros.

—Cuando vuelva.

María Jesús lo miró como si no entendiera esa calma.

—Tú puedes esperar. Siempre has podido.

No era un reproche nuevo. Justino no contestó.

Esa noche María Jesús no durmió bien. Pensó en Elsa chica. En las niñas ahora lejos. Pensó también que, aunque se enojara, no podía ir a buscarla.

Al día siguiente habló menos.

Pero el enojo se le quedó adentro.

El Volkswagen avanzaba lento por el camino de tierra. Quique manejaba sin apuro, como siempre. Adelante no se hablaba mucho. Atrás, Enrique iba mirando por la ventana, siguiendo las chacras que pasaban como si todas fueran parecidas y ninguna lo fuera del todo.

Yolanda rompió el silencio.

—Es ahí —dijo, señalando apenas con la cabeza, cuando pasaron por Huachinga.

Quique miró. La chacra estaba bien cuidada. Surcos alineados, cercos derechos. Animales en sus corrales. Agua corriendo por las acequias. No era ostentosa, pero se notaba que funcionaba.

—¿Ahí está viviendo ahora?

—Dicen —respondió Yolanda—. Con el hombre ese.

Quique no contestó. Siguió mirando mientras el carro avanzaba.

—No es mala tierra —dijo al rato—. Mejor que muchas.

—Eso es lo que le gustó a Elsa —respondió Yolanda—. Siempre le gustó eso. Ver que las cosas caminen.

Quique sonrió apenas.

—Siempre fue así.

—Sí —dijo Yolanda—. Desde chica. ¿Te acuerdas cómo era? Nunca le alcanzaba nada.

—No exageres.

—No dije que fuera mala. Dije que quería más.

Quique no respondió enseguida. Se quedó mirando la chacra hasta que desapareció detrás de unos eucaliptos.

El carro dio un salto al pasar por una piedra. Frank, que iba medio dormido, abrió los ojos. No dijo nada. Se acomodó mejor. Enrique iba a su lado, ahora con los audífonos puestos.

—Edmundo tampoco ayudó mucho —dijo Yolanda—. Siempre tan tranquilo. Como si el tiempo fuera de él.

—Así lo criaron.

—Y ahora se fue a Lima con las niñas. Eso no se hace.

Quique suspiró.

—No sé. No es tan fácil.

Se acordó de Elsa de muchacha, sentada sobre una piedra junto al río, diciendo que algún día iba a conocer el mundo. No supo por qué se acordó de eso precisamente ahora.

—Para Elsa sí fue fácil irse —respondió Yolanda—. Lo difícil fue quedarse sin ellas.

Quique no contestó de inmediato. Miró otra vez hacia la chacra, que ya quedaba atrás.

—Ella eligió.

—¿Y las niñas qué eligieron?

El silencio se estiró.

Frank apretó los ojos. No entendía todo, pero entendía suficiente. Sabía quién era tío Edmundo. Sabía quién era tía Elsa. Sabía que había algo raro, algo que no se decía completo nunca.

—Mi mamá está molesta —dijo Yolanda, bajando la voz—. Con Elsa.

—Tu madre siempre anda molesta —respondió Quique—.

—No es lo mismo. Esta vez le dolió.

Quique asintió.

—A todos les dolió —dijo—. Solo que cada uno lo acomoda como puede.

El carro siguió avanzando.

Nadie habló por un rato.

Al pasar una curva apareció el río, abajo, brillando apenas entre los árboles. Frank pensó en sus primas y trató de acordarse de la cara de la menor. No pudo.

Más adelante, el camino se estrechó y el polvo volvió a levantarse. Huancho todavía estaba lejos.

40

Cuando se fueron, nada quedó en su sitio.

El puente estaba abajo. Las tablas despedazadas, el fierro torcido como si alguien lo hubiera doblado con rabia. El río seguía corriendo, encrespado, entre el disfuerzo del metal retorcido. De la casa grande,

solo quedaba la mitad, los cuartos sin techos ni de tejas ni de calaminas las paredes agrietadas.

Se habían llevado sacos de maíz, papas, aceite, la harina guardada para el invierno. Los animales que quedaban no duraron mucho. Algunos desaparecieron esa misma noche.

Justino se había ido antes, sin avisar. Valentín lo supo porque no volvió a verlo. Porque la casa quedó cerrada, con las ventanas atrancadas desde dentro, como si todavía alguien estuviera ahí.

Los días siguientes fueron raros. Nadie preguntaba mucho. Algunos peones sacaron cosas de la casa. Una manta, un poncho, herramientas. Valentín no dijo nada. Tampoco autorizó.

Al tercer día apareció la patrulla.

Venían desde la cordillera, un helicóptero los dejó en Pauranga, desde donde descendieron recorriendo el flanco oriental de la quebrada. Eran ocho. Uniformes verdes, armas limpias, mochilas cargadas. Avanzaban sin apuro, atentos al terreno.

—Ejército —dijo uno—. Salgan.

Valentín salió primero. Despacio. Las manos visibles.

—¿Quién está a cargo? —preguntó el que iba adelante.

—Trabajo acá —dijo Valentín.

—¿El dueño?

—Se fue.

—¿Cuándo?

—Hace días.

—¿Por qué?

Valentín miró hacia el puente caído. Guardó silencio.

Un soldado entró al galpón. Otro cruzó la casa. Las botas resonaron en los cuartos vacíos.

—Han pasado terroristas por acá —dijo el oficial—. ¿Los vio?

—Pasaron.

—¿Cuántos?

—No conté.

El oficial lo observó con detenimiento. Sacó una libreta y revisó:

Lat. −13.3569. Lon: −75.9986. Luego pregunto:

—¿Nombre?

—Valentín.

—¿Familia?

Valentín dudó apenas.

—Tenía.

El oficial levantó la vista.

—¿La mujer?

—Murió.

El oficial asintió. Cerró la libreta.

—Revisen bien —ordenó—.

Los soldados siguieron. Abrieron costales vacíos. Patearon restos de grano. Uno levantó una gallina muerta por el pescuezo.

—Aquí no queda nada.

—Eso parece.

El oficial volvió a mirar a Valentín.

—¿Alguna vez trabajó para ellos?

—No.

—¿Los ayudó?

—No.

Se dio vuelta y avanzó unos pasos. Luego se detuvo, como si recordara algo.
—Teobaldo —llamó el oficial—, reúna a la población.

—Sí, mi teniente.

Valentín alzó la vista recién entonces. Lo miró bien. No dijo nada. No apareció nadie.

Las casas más cercanas seguían cerradas. Ninguna puerta se abrió. El viento bajaba desde la quebrada sin traer voces.

La patrulla siguió peinando la zona cuesta abajo. Las botas marcaron el barro fresco. El sonido de los pasos rebotaba entre las piedras.

La patrulla no había avanzado mucho cuando uno de los soldados se detuvo.

—Mi teniente.

El oficial se volvió.

—¿Qué?

—Las huellas.

Señaló el suelo, cerca del galpón. Marcas recientes. No muchas. Un rastro confuso, pisadas de botas, arrastradas por el polvo.

El oficial volvió sobre sus pasos. Se agachó. Tocó la tierra con dos dedos.

—¿Cuándo fue esto?

Valentín no respondió.

—Te pregunté algo —dijo el oficial.

—Han pasado varios —contestó Valentín—. Antes y después.

El oficial se incorporó despacio.

—¿Antes y después de qué?

Valentín miró hacia la casa. Después hacia el cerro.

—De todo.

El oficial lo observó sin apuro. Luego hizo una seña breve.

—Regístrenlo.

Dos soldados se acercaron. Le palparon los bolsillos, el pecho, la cintura. Valentín no se movió. El metal del fusil rozó su hombro.

—¿Arma?

—No.

—¿Papeles?

—No tengo.

El oficial se acercó más.

—¿ No sabe que esta zona está en emergencia?

El oficial sostuvo la mirada un instante. Luego habló sin levantar la voz.

—Va a venir con nosotros.

Valentín no preguntó adónde.

—Solo para aclarar —añadió el oficial—. Si no tiene nada que ocultar, vuelve.

Uno de los soldados le tomó el brazo.

—Espere —dijo Valentín.

El soldado dudó. Miró al oficial.

—¿Qué?

Valentín señaló el corral.

—Las bestias.

El oficial miró el lugar. Vacío.

—No es asunto suyo —dijo.

Valentín bajó la mano.

Lo hicieron caminar cuesta abajo con las manos en la cabeza. El camino era estrecho. El polvo se levantaba a cada paso. Valentín iba en el medio. Adelante, dos soldados. Detrás, otros dos.

Al llegar a la parte baja, donde el sendero se abría un poco, el grupo se detuvo. Uno de los soldados encendió un cigarro. El humo subió recto.

—Espere acá —ordenó el oficial.

Valentín se quedó de pie. Las manos sueltas. El cuerpo firme.

El oficial se apartó unos metros. Habló en voz baja con otro. Señaló hacia arriba. Luego miró a Valentín otra vez.

—¿Tiene hijos? —preguntó de pronto.

Valentín tardó en responder.

—Uno.

—¿Dónde está?

Valentín levantó la vista.

—No sé.

—Vamos a averiguar —dijo burlón.

Hizo una seña.

—Avanzamos.

Retomaron la marcha. Más arriba, Huancho quedaba solo.

La casa cerrada. El corral vacío. El agua seguía su curso.

41

Una vez, antes de que llegara la desolación y la violencia, fuimos a Huancho a pasar Navidad. Pocos días antes del veinticinco, nos encaminamos rumbo al KM 65 en el viejo Volkswagen amarillo —ya no en los antiguos camiones de carga y pasajeros que salían desde la entrada del cementerio de Alto Larán, en Chincha—

Durante el viaje, después de pasar La Culebrilla, me fui quedando dormido. Desperté al sentir que nos habíamos detenido: mi padre decía que había entrado agua al zanjo de Pocolay. Bajamos e intentamos averiguar, pero la noche cerrada nos impidió acercarnos. Las linternas perdían su luz en el camino y nos quedaban solo el ruido del agua bajando contra las piedras y la incertidumbre del camino cortado. Lo mejor era que ni pretendiéramos cruzar.

Dimos la vuelta, regresamos hasta Marcas —el poblado más cercano— y nos estacionamos junto al restaurante. Acababa de llegar un último camión. Ya les habían dicho que la carretera estaba interrumpida: hasta que baje el agua tendrían que quedarse ahí. Los pobladores, acostumbrados a este tipo de percances, tras pedir comida y bebidas se pusieron a conversar animadamente. Seguirían hasta que el frío les ganara, se envolvieran en sus frazadas y se durmieran sobre los pellejos de carnero que el restaurante brindaba a quienes se los requerían.

Cuando nos sentamos a la mesa y pedimos chupe de camarones se hizo un extraño silencio. Se había acabado, nos dijeron. Tampoco había truchas ni pejerreyes. Yo casi no tenía hambre, así que me puse a curiosear por los alrededores. La gente comía o bebía sin mayor preocupación. Un grupo jugaba cartas en una esquina del salón: las monedas iban y venían, y en cada ronda el que ganaba pedía una cerveza más.

En la entrada, bajo el abrigo de un poncho y una botella de calientito, una voz me habló:

—Cómo va a haber camarones, pues niño, ya este río está muerto, lo ha matado la mina.

Miré un instante y traté de acercarme. Su silueta parecía confundirse con la sombra de la puerta y su risa, demasiado hueca para sonar del todo humana, me alcanzó junto con la botella que me ofrecía.

—¿Quieres un trago? —me dijo entre carcajadas.

—No, gracias —le respondí, y salí a mirar el cielo.

Las gotas gruesas anunciaban que las lluvias continuarían desbordando lagunas y causando huaycos e inundaciones. Sylvia había dicho que la mina

contaminaba la quebrada y que a nadie le importaba; quedaba claro que esta contaminación del agua tampoco era algo de lo que todos hablaran. En medio de la oscuridad, solo las luces del camión y ninguna estrella, únicamente luciérnagas; el sonido de los grillos se juntaba al río que cargaba con fuerza cerca de la carretera.

Al poco tiempo regresé, pero ya no estaba el borrachín en la puerta del restaurante. Traté de ubicarlo dentro del recinto, pero no quedaba ni el rastro, como si nunca hubiera estado ahí.

Mis padres estaban lamentando haber viajado en época de lluvias.

—Dicen que la mina ha matado el río, por eso no hay camarones—dije a media voz.

Nuevamente se hizo en todo el salón un silencio que interrumpió por un instante el "vamos al auto" de mi padre, que acababa de terminar su sopa de mote.

Algunas miradas reflejaban miedo, otras, indiferencia.

Nos acurrucamos en el viejo Volkswagen mientras mi madre sintonizaba una de las pocas emisoras que se podía captar en la radio. Huaynos huancavelicanos a bajo volumen velaron nuestra noche. Me tomó bastante tiempo dormirme y soñé extraños presagios difíciles de comprender.

Kawsaynikiq hukllanmi kani, ñanpi puriqllanmi kani. Mana kutimuq puriyta munani, ruwasqaykita qunqaypaq...*Soy uno más en tu vida, un pasajero en tu camino. Quiero viajar sin retorno, para olvidar*...

Para nuestra suerte, al amanecer el agua había amainado. Pudimos cruzar el zanjo y llegar al fundo para la hora del desayuno. El abuelo nos recibió con inusitada alegría; sin embargo, en su voz había un temblor extraño que, años después, recordaría como un anuncio de algo que no sabría nombrar.

42

Pasó mucho tiempo desde entonces. Los nietos de Justino crecimos y continuamos con nuestras vidas. Cuando la abuela falleció, numerosas personas se acercaron a presentar sus condolencias, pero no tantas como al multitudinario funeral del abuelo Justino. El cáncer se lo llevó,

dicen que probablemente tenía el mal desde bastante tiempo atrás, antes de morir hizo todas las gestiones ante el Ministerio de Energía y Minas para denunciar las toneladas de relave que estaban acabando con la vida en la quebrada. Las autoridades alegaron que la prioridad era pacificar la región, los militares no los dejaban actuar, que la mina abandonada no era un peligro urgente. Pero lo cierto es que sí lo era: los desechos tóxicos iban drenando y avanzando a lo largo del lecho del río San Juan.

Sin su presencia, el fundo Huancho fue quedando en el recuerdo. La mayoría de pobladores de la quebrada emigró a las ciudades huyendo de la violencia y la contaminación, pero con el paso de los años, poco a poco, la región volvió a poblarse. El Gobierno había terminado de pavimentar la carretera que la mina había dejado a medio construir. Después de la pacificación del país a sangre y fuego, las cosas en la quebrada San Juan volvían a la normalidad.

Para inicios del milenio se planeó una visita con todos los nietos que estaban en el país para la recordada fecha de 28 de julio. Estábamos yendo con Sylvia y sus dos hijos en una camioneta para ver el estado de la casa y las cosas que había que refaccionar.

Ella vivía en Nueva York y, ahora divorciada, aprovechaba las vacaciones del verano boreal para visitar a su madre, que estaba delicada de salud.

—Dice Francis que esta vez no podrá venir, que está en un programa de plantación de árboles en Canadá. Qué bueno, ¿no?

—Sí, que bueno —contesté mecánicamente. Aunque hacía mucho que no veía a Yuri ni a Francis, era bueno saber que alguien de la familia se preocupara por reforestar.

—¿Te acuerdas de la mina? —le dije de pronto.

—¿La mina? —El sonido del río San Juan arrullaba a los pequeños hijos de Sylvia—. Claro, fue un desastre ambiental, en esa época desaparecieron los peces, ¿no?

—Así es, pero ahora están volviendo —le dije, animado.

—¿En serio? Esa sí que es una buena noticia —dijo Sylvia. Se puso sus lentes de sol y abrió un poco la ventanilla. El intenso olor de los eucaliptos entraba en el auto trayendo saudades de la infancia en esas tierras andinas.

—Detén el auto, ¡vamos a estirar las piernas!

En los asientos de atrás los chicos se entusiasmaron con la idea de salir a caminar, así que me estacioné cerca del puente de Aylloque, que estábamos por cruzar.

Sylvia no esperó nada, se bajó corriendo y no paró hasta la orilla del río. Mientras nos acercábamos, me preguntaba si después de tantos años, desde la desaparición de los peces, propagación de enfermedades por contaminación con plomo y mercurio, el impacto de los deshechos en los terrenos agrícolas, la violencia subversiva que le siguió, era posible que la naturaleza se regenerara y volviera la vida como era antes. Los chicos se tomaron de mis manos para bajar hacia el cauce. En la orilla, Sylvia, emocionada, miraba a los peces que daban pequeños saltos en medio de una poza.

Nos quitamos los zapatos y avanzamos. El sol, en su cénit, quemaba con fuerza sobre la quebrada. Entonces sentí dolor en uno de mis dedos. Me sumergí rápidamente y lo atrapé: un camarón trataba de ocultarse bajo una piedra.

—Mira —le dije a Sylvia con gesto triunfal—: han vuelto.

43

El walkman seguía funcionando. Sylvia lo comprobó al tercer vodka, cuando el hielo ya se había rendido en el vaso y las sirenas, allá afuera, seguían cruzando la noche como animales desbocados. La cinta retrocedió apenas antes de comenzar: un pequeño chillido, una pausa,

luego los primeros acordes. Se los acomodó en el oído izquierdo, el mismo donde llevaba un pendiente pequeño, plateado. Lo había encontrado años atrás en Lima, casi sin querer.

El apartamento estaba en penumbra. El olor a trementina flotaba desde el estudio, donde un lienzo sin terminar mostraba manchas que en ciertas luces formaban la silueta de un cerro. No sabía cuál. A veces parecía el cerro de Huancho. A veces, una sombra sin nombre. A veces nada.

Abrió la puerta y bajó las escaleras. Los chicos dormían. Dejó el celular sobre la repisa, sin pensarlo demasiado. Llevaba puestos los audífonos, pero uno de ellos colgaba suelto, como solía hacerlo Frank. "Para los pájaros", decía él. Sylvia nunca entendió si hablaba en broma. Pero ahora lo hacía igual.

Costumbre, tal vez. O superstición.

En la calle, la nieve comenzaba a ensuciarse. Caminó sin prisa. Las vitrinas aún estaban encendidas, maniquíes congelados en ropa de liquidación. En un escaparate, su reflejo se cruzó con un vestido rojo. Se detuvo un momento. No por deseo. Más bien por una especie de reconocimiento lateral. Como si algo en ese corte le hablara de alguien que ya no era.

El café de la esquina seguía abierto. Sin nombre ni letrero. Solo una puerta de vidrio y un timbre oxidado que sonaba como un pájaro enfermo. Entró. El griego de ojos pálidos la reconoció. Sirvió el café como siempre: espeso, intacto. Sylvia lo probó. El sabor le hizo cerrar los ojos por un segundo, como si algo áspero le recorriera la espalda y se disipara al llegar a los hombros.

Las dos mujeres de la mesa del fondo hablaban bajo, en una lengua que no supo identificar. Compartían un pastel. Sylvia volvió a ponerse un solo auricular y dejó el otro sobre el pecho. La música seguía

avanzando como si no hubiera pasado el tiempo. Afuera, el ruido del tren se mezclaba con algo más lejano, como un río que no estaba allí.

Volvió a salir. Cruzó la avenida vacía, llegó hasta la baranda oxidada. Desde allí, el East River parecía otro país. No era el San Juan, no se le parecía, pero esta noche —con las luces temblando sobre el agua oscura— bastaba con fingir que sí.

Sostuvo el walkman contra el vientre. No pensó en nadie. Solo en el ruido del agua, que siempre regresa a su forma, incluso cuando la han llenado de plomo.

Se quedó un rato así, de pie, con los ojos cerrados. El auricular colgaba. A veces —pensó— basta con eso para seguir escuchando.

AVISO

Ante la Sociedad de Beneficencia de Chincha, se tramita el traslado interno de los restos mortales de Justino del Río Abregú, fallecido el 14 de junio de 1994, a la edad de 87 años.

Actualmente sepultado en el Cuartel Melesio Tasayco, Nicho N.º 88 Letra D, será trasladado al Mausoleo del Sector 12, Lote 23, Zona 2, del mismo Cementerio General de Chincha.

La ceremonia se realizará el 1 de marzo de 2020, a las 9:30 a.m.

Chincha, 11 de febrero de 2020

Simón Tadeo del Río Rojas

DNI 21792883

Calle Lima N.º 439, Chincha

Sobre el autor:

Franco Salcedo del Rio (Fulgor Sedano). Chincha, Siglo XX.

Egresado de la PUCP en la especialidad de Literatura Hispánica. Ha publicado: *Como Dulce Trueno* (palimpsestos); *El Solitario –crónicas de viaje-*; *Homo Demens* (novela); *El Enemigo* (novela) y *Breve historia de la física* (novela). Es poeta, docente de física y matemáticas; enamorado del mar y apasionado de los atardeceres y el ajedrez.